

EDITORIAL TROTTA

EL CUIDADO
ESENCIAL

Leonardo
BOFF

ÉTICA DE LO HUMANO
COMPASIÓN POR LA TIERRA

«Cuidar es más que un acto; es una actitud. Por lo tanto, abarca más que un momento de atención, de celo y de desvelo.» Sin embargo, ¿a qué ha quedado reducido el *cuidado* en la sociedad contemporánea? El ser humano ha experimentado en su quehacer un desvío a través del poder de la ciencia y la técnica, padece una crisis de civilización y se comporta como mero observador ante el final de un tipo de mundo. La aparición del fenómeno del descuido, la indiferencia y el abandono conducen a la pérdida de la conexión con el Todo. Por ello, surge la necesidad de una nueva filosofía que «se presenta como holística, ecológica y espiritual. Constituye una alternativa al realismo materialista, con capacidad de devolver al ser humano el sentimiento de pertenencia a la familia humana, a la Tierra, al universo y al propósito divino».

Leonardo Boff reivindica, en estas páginas, al sujeto como ser participante en la gran casa común, la Tierra, la cual está retornando de su largo exilio para encontrarse a sí misma como planeta Tierra unificado. Y en la Madre Tierra el ser humano, como huésped, ha de asumir el *ethos* en su sentido originario, como «aquella porción del mundo que reservamos para organizar, cuidar y hacer nuestro hábitat». Por lo tanto, hay que recuperar el cuidado como *ethos* fundamental de lo humano, el «cuidado como modo-de-ser esencial».

El cuidado esencial
Ética de lo humano, compasión por la Tierra

Leonardo Boff

Traducción de Juan Valverde

Revisión de José Francisco Domínguez

EDITORIAL TROTTA

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Religión

© Editorial Trotta, S.A., 2002
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: trotta@infonet.es
<http://www.trotta.es>

© Leonardo Boff, 2002

© Juan Valverde y José Francisco Domínguez, 2002

ISBN: 84-8164-517-6
Depósito Legal: M-22.850-2002

Impresión
MARFA Impresión, S.L.

*A Marcia, que con su ejemplo de cuidado,
inspiró este libro,
y por su colaboración
se convirtió en verdadera coautora*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: El tamagochi y el cuidado.....	13
1. LA FALTA DE CUIDADO: ESTIGMA DE NUESTRO TIEMPO.	17
1. Síntomas de la crisis civilizacional.....	18
2. Remedios insuficientes.....	20
3. Insuficiencias del realismo materialista.....	23
4. Indicaciones para el camino correcto.....	25
5. Una nueva ética a partir de una nueva óptica.	26
2. EL «CUIDADO»: <i>ETHOS</i> DE LO HUMANO.....	29
1. El cuidado como «modo-de-ser esencial».....	30
2. Los mitos: conocimiento ancestral de la esencia humana	32
3. LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO.....	37
4. UN ESCLAVO GENIAL: GAIUS JULIUS HYGINIUS.	39
1. La historia de Higino.....	39
2. La obra de Higino.....	41
V. EXPLICACIÓN DE LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO.	43
I. ¿Qué es una fábula? ¿Qué es un mito?.....	43
/ . Mitos y fábulas ejemplares.....	47
I. 1 a dimensión de Cielo: Júpiter.....	49

4.	La dimensión de Tierra: Tellus/Terra	50
5.	La dimensión de historia y de utopía: Saturno	53
6.	DIMENSIONES DEL CUIDADO.....	57
1.	Tierra: la dimensión material y terrenal de la existencia	58
a)	El teatro cósmico	59
b)	¿Qué significa ser Tierra?.....	62
2.	Cielo: la dimensión espiritual y celestial de la existencia	64
3.	Historia y utopía: la condición humana fundamental ...	67
7.	NATURALEZA DEL CUIDADO.....	71
1.	La etimología de la palabra «cuidado».....	72
2.	Dos «modos-de-ser-en-el-mundo»: el trabajo y el cuidado	74
a)	El «modo-de-ser-trabajo».....	75
b)	El «modo-de-ser-cuidado».....	77
3.	La dictadura del «modo-de-ser-trabajo»	79
4.	La recuperación del «modo-de-ser-cuidado».	81
8.	REPERCUSIONES DEL CUIDADO.....	87
1.	El amor como fenómeno biológico.....	88
2.	La regla de oro: la justa medida	90
a)	Medida justa y naturaleza	91
b)	Medida justa y <i>pathos</i>	94
3.	La ternura vital	95
4.	La caricia esencial	97
5.	La amabilidad fundamental.....	99
6.	La convivencialidad necesaria.....	100
7.	La compasión radical.....	103
9.	CONCRETIZACIONES DEL CUIDADO.....	107
1.	El cuidado de nuestro único planeta.....	107
2.	El cuidado del propio nicho ecológico	109
3.	El cuidado de una sociedad sostenible.....	110
4.	El cuidado del otro, <i>animus</i> y <i>anima</i>	112
5.	El cuidado de los pobres, oprimidos y excluidos.	114
6.	El cuidado de nuestro cuerpo en la salud y en la enfer- medad.....	116

7.	El cuidado de la curación integral del ser humano	119
8.	El cuidado de nuestra alma, de los ángeles y de los de- monios interiores_____	121
9.	El cuidado de nuestro espíritu, de los grandes sueños y de Dios.....	123
10.	El cuidado de nuestra gran travesía, la muerte.	125
10.	PATOLOGÍAS DEL CUIDADO.....	129
1.	La negación del cuidado esencial.....	130
2.	El exceso de cuidado: la obsesión.....	131
3.	La falta de cuidado: la incuria.....	132
11.	FIGURAS EJEMPLARES DEL CUIDADO.....	133
1.	El cuidado de nuestras madres y abuelas.	133
2.	Jesús, encarnación del cuidado.....	134
3.	Francisco de Asís: la fraternidad y la ternura del herma- no universal.....	135
4.	La Madre Teresa de Calcuta: el «principio misericordia»	136
5.	El hermano Antonio: cazador de sonrisas en caras tristes.	138
6.	Mahatma Gandhi: la política como cuidado para con el pueblo.....	141
7.	El cuidado de Olenka y Tania: la hospitalidad que salva	144
8.	Un profeta del «principio amabilidad».....	145
9.	El <i>Feng Shui</i> : la filosofía china del cuidado.	149
12.	CONCLUSIÓN: EL CUIDADO Y EL FUTURO DE LOS DESPOSEÍDOS Y DE LA TIERRA.....	155
	<i>Glosario</i>	159

NOTA DEL TRADUCTOR

El texto original contiene términos y expresiones que, aunque tienen un significado evidente, han sido creadas por el autor y no pertenecen al vocabulario «oficial» portugués. En la traducción hemos mantenido esa creatividad sobre la ortodoxia del vocabulario español, utilizando el entrecomillado para indicar la creación de neologismos o las expresiones compuestas.

Introducción

EL TAMAGOCHI Y EL CUIDADO

[La sociedad contemporánea, llamada sociedad del conocimiento y de la comunicación, está creando, contradictoriamente, cada vez más incomunicación y soledad entre las personas. Internet puede conectarnos con millones de personas sin que tengamos que encontrarnos con nadie. Se puede comprar, realizar pagos, trabajar, pedir comida, ver películas sin hablar con nadie. Para viajar, conocer países, visitar pinacotecas no necesitamos salir de casa. Todo nos viene a casa vía *on Une*.

La relación con la realidad concreta, con sus olores, colores, fríos, calores, pesos, resistencias y contradicciones, está mediada por la imagen virtual que es solamente imagen. El pie ya no siente la suavidad de la hierba verde. La mano ya no coge un puñado de tierra oscura. El mundo virtual ha creado un nuevo hábitat para el ser humano, caracterizado por el encapsamiento en uno mismo y por la falta de toque, de tacto y de «con-tacto» humano.

Esta antirrealidad afecta a la vida humana en aquello que posee de más fundamental: el cuidado y la «com-pasión». Mitos antiguos y pensadores contemporáneos de los más profundos nos enseñan que la esencia humana no se encuentra tanto en la inteligencia, en la libertad o en la creatividad, cuanto básicamente en el cuidado. El cuidado es, verdaderamente, el soporte leal de la creatividad, de la libertad y de la inteligencia. En el

cuidado se encuentra el *ethos** fundamental de lo humano. Es decir, en el cuidado identificamos los principios, los valores y las actitudes que convierten la vida en un vivir bien y las acciones en un recto actuar.

El tipo de sociedad del conocimiento y de la comunicación que hemos desarrollado en las últimas décadas amenaza la esencia humana. ¿Acaso no ha descartado a las personas concretas, con los rasgos de su cara, con las líneas de sus manos, con la irradiación de su presencia, con sus biografías marcadas por búsquedas, luchas, perplejidades, fracasos y conquistas? ¿No ha puesto bajo sospecha e incluso ha difamado como obstáculo para el conocimiento objetivo, el cuidado, la sensibilidad y la ternura, realidades tan necesarias sin las cuales nadie puede vivir y sobrevivir con sentido? En la medida en que avanza tecnológicamente en la producción y servicio de bienes materiales, ¿no produce más empobrecidos y excluidos –casi dos tercios de la humanidad– condenados a morir antes de tiempo?

Nuestras reflexiones pretenden denunciar esta desviación. Nos atrevemos a presentar caminos para curar y rescatar la esencia humana, caminos que pasan todos por el cuidado.

Tenemos la profunda convicción de que el cuidado, por el hecho de ser esencial, no puede ser suprimido ni descartado. Acaba por vengarse e irrumpe a través de algunas brechas de la vida. Si no fuera así, insistimos, no sería esencial. ¿Dónde aparece el cuidado en nuestra sociedad? En algo muy común, casi ridículo, pero muy indicativo: en el tamagochi.

¿Qué es el tamagochi? Es un invento japonés de principios de 1997. Un llaverito electrónico, con tres botones debajo de una pantallita de cristal, que alberga en su interior un animalito de compañía virtual. El animalito tiene hambre, come, duerme, crece, juega, llora, se pone enfermo y puede morir. Todo depende del cuidado que reciba de su dueño o de su dueña.

El tamagochi da mucho trabajo. Igual que a un niño, hay que cuidarlo continuamente; de lo contrario, se queja con un pitidito; si no se le atiende, peligra su existencia. ¿Y quién tiene tan poco corazón como para llegar a dejar morir un animalito de compañía?

Este juguete se ha convertido en una manía y ha cambiado el ritmo de vida de muchos niños, jóvenes y adultos que ponen todo su empeño en cuidar el tamagochi, dándole de comer, dejándole descansar y haciéndole dormir. El cuidado obra incluso el milagro de resucitarlo en caso de que haya muerto por falta de dedicación y atenciones.

Bien dijo un ingenioso cronista carioca: «soledad, tu nombre es tamagochi»!. La preocupación por este animalito virtual de compañía denuncia la soledad en que viven los hombres y mujeres de la incipiente sociedad de la comunicación. Pero también anuncia que, a pesar de la deshumanización de gran parte de nuestra cultura, la esencia humana no se ha perdido] Ahí está, en forma de cuidado, en las atenciones que prodigamos a un aparatito electrónico en vez de dedicarlo a las personas concretas que nos rodean, a la abuela enferma, a un compañero de escuela discapacitado, a un niño o niña de la calle, al viejecito que vende pan por la mañana, a los pobres y marginados de nuestras ciudades o incluso a un animalito de compañía vivo como un hámster, un loro, un gato o un perro.

El cuidado sirve de crítica a nuestra civilización agonizante y también de principio inspirador de un nuevo paradigma de convivencia. Esto es lo que vamos a proponer en el presente libro.

Soñamos con un mundo futuro en el que ya no necesitaremos aparatos electrónicos ni seres virtuales para superar nuestra soledad y realizar nuestra esencia humana de cuidado y de amabilidad.!] Soñamos con una sociedad mundializada, la gran casa común, la Tierra, en la que los valores estructurantes se construirán en torno al cuidado de las personas, sobre todo aquellas que son culturalmente diferentes, aquellas a las que la naturaleza o la historia han tratado mal, cuidado con los desposeídos y excluidos, los niños, los viejos, los moribundos; cuidado con las plantas, los animales, los paisajes queridos y, especialmente, cuidado con nuestra gran y generosa Madre, la Tierra. (Soñamos con la aceptación del cuidado como *ethos* fundamental de lo humano y como «com-pasión» imprescindible para con todos los seres de la creación.

LA FALTA DE CUIDADO:
ESTIGMA DE NUESTRO TIEMPO

Este libro está escrito desde una perspectiva de urgencia.) Por todas partes aparecen síntomas que señalan grandes destrucciones en el planeta Tierra y en la humanidad. El proyecto de crecimiento material ilimitado, mundialmente aceptado, sacrifica a dos terceras partes de la humanidad, agota los recursos de la Tierra y compromete el futuro de las generaciones venideras, j Nos encontramos ante terribles disyuntivas. ¿Cuál es el límite que puede soportar el superorganismo-Tierra? ¿Nos estamos dirigiendo hacia una civilización del caos?

La Tierra, en su biografía, ha conocido cataclismos inimaginables, pero siempre ha sobrevivido. Siempre ha salvaguardado el principio de la vida y de su diversidad.

Creemos que ahora no será diferente.} Hay posibilidad de salvación. Pero para ello debemos recorrer un largo camino de conversión de nuestros hábitos cotidianos y políticos, privados y públicos, culturales y espirituales.\La degradación creciente de nuestra casa común, la Tierra, denuncia nuestra crisis adolescente. Tenemos que entrar en la edad madura y mostrar signos de sabiduría. Sin ello no garantizaremos un futuro prometedor.

Precisando la cuestión podemos decir que más que el fin del inundo, estamos presenciando el fin de un *tipo* de mundo. Nos enfrentamos a una crisis civilizacional generalizada. Necesitamos un nuevo paradigma de convivencia que funde una rela-

ción más caritativa con la Tierra e inaugure un nuevo pacto social entre los pueblos en cuanto al respeto y a la preservación de todo lo que existe y vive. Sólo a partir de esta mutación tiene sentido que pensemos en alternativas que representen una nueva esperanza.

1. *Síntomas de la crisis civilizacional*

El síntoma más doloroso, ya constatado hace décadas por serios analistas y pensadores contemporáneos, es un difuso malestar de la civilización. Aparece bajo el fenómeno del descuido, de la indiferencia y del abandono, en una palabra, de la falta de cuidado.

¡Tlay un descuido y una indiferencia por la vida inocente de los niños utilizados como «combustible» en la producción para el mercado mundial. Los datos de UNICEF referidos a 1998 son aterradores. En América Latina tres de cada cinco niños trabajan. En África, uno de cada tres. Y en Asia, uno de cada dos. Son pequeños esclavos a quienes se niega la infancia, la inocencia y la posibilidad de soñar. No sorprende que sean asesinados por escuadrones de exterminio en las grandes metrópolis de América Latina y de Asia.

Hay un descuido y una indiferencia manifiesta por el destino de los pobres y marginados de la humanidad, castigados por el hambre crónica, sobreviviendo de mala manera a mil enfermedades antes erradicadas y que vuelven en la actualidad con mayor virulencia.

3 1 Hay un descuido y una indiferencia inmensa por la suerte de los desempleados y jubilados, indiferencia sobre todo ante los millones y millones de excluidos del proceso de producción, considerados prescindibles y sin valor económico. Ni siquiera pasan a la tropa de reserva del capital. Han perdido el «privilegio» de ser explotados por el salario mínimo y a cambio de una escasa seguridad social.

M Hay un descuido y un abandono de los sueños de generosidad, ahogados por la hegemonía del neoliberalismo, con el indi-

vidualismo y la exaltación de la propiedad privada que éste implica. Se menosprecia la tradición de solidaridad. Se quita valor a los ideales de libertad y de dignidad para todos los seres humanos. Esa situación se ha agravado con la caída del socialismo real y el derrumbamiento del bloque soviético. A pesar de sus contradicciones, esas realidades mantenían siempre activa la retórica de lo social, mantenían encendida la conciencia de la cooperación y del internacionalismo.

5" Hay un descuido y un abandono creciente de la condición social en las ciudades. La mayoría de los habitantes se siente desarraigada culturalmente y alienada socialmente. Predomina la sociedad del espectáculo, del simulacro y del entretenimiento.

& Hay descuido e indiferencia por la dimensión espiritual del ser humano, por el *esprit de finesse* (espíritu de delicadeza) que cultiva la lógica del corazón y de la ternura por todo lo que existe y vive. No hay cuidado por la inteligencia emocional, por lo imaginario y por los ángeles y demonios que lo habitan. Los medios de comunicación muestran todo tipo de violencia y de excesos, sin pudor ni escrúpulo alguno.

} ^Hay descuido e indiferencia por los asuntos públicos^j- Se organizan políticas pobres para los más desfavorecidos; las inversiones sociales en seguridad alimentaria, en salud, en educación y en vivienda son, en general, insuficientes. KHay un descuido vergonzoso por el nivel moral de la vida pública marcada por la corrupción y por el juego explícito entre grupos que se disputan el poder y se revuelcan en el lodazal de los intereses corporativos./

Hay un abandono de la reverencia, indispensable para cuidar de la vida y de su fragilidad. De continuar este proceso, a mediados del siglo XXI habrán desaparecido definitivamente más de la mitad de las especies animales y vegetales que existen en la actualidad; así lo describe el prestigioso y reciente informe sobre el estado de la Tierra (*The State of the Environment Atlas*) de los Estados Unidos. Con ellas desaparecerá un inmenso lugarcito de conocimientos acumulados por el universo durante 15.000 millones de años de arduo trabajo evolutivo.

I hay descuido e indiferencia en cuanto a la protección de IIIH^{mra} casa común, el planeta Tierra. Se envenenan los suelos,

se contaminan los aires y las aguas, se diezman los bosques, se exterminan especies de seres vivos; \un manto de injusticia y de violencia pesa sobre dos tercios de la humanidad.]Se encuentra activo un principio de autodestrucción, capaz de acabar con el frágil equilibrio físico-químico y ecológico del planeta y de arruinar la biosfera, poniendo en riesgo de este modo la continuidad del experimento de la especie *Homo sapiens* y *demens*.

|\t) Hay descuido y una indiferencia generalizada en el modo de organizar la vivienda, una vivienda pensada para familias minúsculas, obligadas a vivir en aposentos insalubres. Millones y millones de personas están condenadas a vivir en chabolas sin la mínima calidad de vida, bajo la permanente amenaza de corrimientos de tierra y hundimientos que se cobran cada año miles de víctimas. La manera de vestir de importantes sectores de la juventud revela una decadencia de los gustos y de las costumbres. Se recurre frecuentemente a la violencia para resolver conflictos interpersonales e institucionales, normalmente superables por medio del diálogo y de la comprensión mutua.

Saturados de aparatos tecnológicos, vivimos tiempos de crueldad y de insensatez. En ciertos aspectos, sufrimos una regresión a la barbarie más atroz. ¹

\ 2. Remedios insuficientes

Frente a esta situación de falta de cuidado, muchos se rebelan. Convierten su actividad y su discurso en crítica permanente. Pero, ellos solos, se sienten impotentes a la hora de ofrecer una solución liberadora. Han perdido la esperanza.

Otros han perdido la fe en la capacidad de regeneración del ser humano y de proyección de un futuro mejor. Ven más la dimensión de demencia que la de sabiduría en el ser humano. Se han resignado en medio de la amargura. Exceptuando la muerte, ¿hay algo peor para la vida que el que ésta pierda su brillo?

/ Otros tienen fe y esperanza. Pero proponen remedios inadecuados para los síntomas de una enfermedad colectiva. No van a la causa real de los males. Sólo tratan sus manifestaciones.

Por ejemplo: muchos creen que el malestar generalizado resulta del abandono de la *religión*. «Cuando olvidamos a Dios –afirman– todo es posible». En efecto, el ser humano de la modernidad ha entrado en un aceleradísimo proceso de secularización. No necesita a Dios para legitimar y justificar los pactos sociales. La religión persiste pero no consigue ser fuente de sentido trascendente para el conjunto de la sociedad.

Al ser humano moderno le ha entrado un «complejo de Dios». Se ha comportado como si fuera Dios. A través del proyecto de la «tecnociencia», ha creído que lo podía todo, que su pretensión de conocerlo todo, de dominarlo todo y de proyectarlo todo no tendría límites. Con esa pretensión se ha puesto demasiadas exigencias a sí mismo. Ya no aguanta tanto desarrollo, que está empezando a mostrar su componente destructivo al amenazar el destino común de la Tierra y de sus habitantes. El «complejo de Dios» que padece le está abrumando.

¡Por otro lado, cabe preguntar: ¿la religión, por sí sola, es capaz de corregir esta desviación? ¿Basta conseguir que las personas sean más piadosas? La religión seguramente puede revitalizar una dimensión de la existencia, el espacio institucional de lo sagrado, y reforzar su poder histórico-social. Pero no engendra necesariamente una manera de ser más solidaria y compasiva. Ni origina *ipso facto* una espiritualidad capaz de «re-ligar» y fundar todo en la Fuente originaria.

(Lo decisivo no son las religiones,) sino la espiritualidad que subyace en las religiones. Es la espiritualidad que une, liga, re-liga e integra. Ésta, y no la religión, ayuda a constituir las alternativas de un nuevo paradigma de civilización.

Frente al «complejo de Dios», debemos proponer «el nacimiento de Dios» dentro de cada persona y en la historia de la humanidad, y su epifanía en el universo.

¡Otros grupos opinan que para resolver la crisis actual hay que reforzar la *moral* y moderar las costumbres. En nombre de esa propuesta se movilizan millones de personas en defensa de la vida inocente, contra el aborto, por la paz contra la guerra, por una nueva tecnología más respetuosa con el medio ambiente. Y la moral es importante. Pero si no nace de una nueva rede-

finición del ser humano y de su misión en el universo, en el contexto de una nueva alianza de paz y de sinergia* con la Tierra y con los pueblos que habitan en ella, puede degenerar en un moralismo fastidioso y farisaico y convertirse en una pesadilla para las conciencias. Una ética nueva presupone una óptica nueva. Hay que trabajar en esa nueva óptica, como vamos a intentar a lo largo y ancho de nuestras reflexiones.

Otros piensan que necesitamos más *educación*, más formación y más información. Evidentemente, es importante socializar los conocimientos, aumentar la masa crítica de la humanidad y democratizar los procesos de toma de poder por parte de los ciudadanos. NRealmente el saber es imprescindible. Sin él no podemos vencer a los principales enemigos de la humanidad: el hambre, la enfermedad y la incomunicación. El saber nos confiere poder. El saber y el poder nos han llevado a 'a Luna e incluso fuera del sistema solar. Pero ¿al servicio de qué proyecto de ser humano, de sociedad y de mundo utilizamos el poder de la ciencia y de la técnica? Lg ciencia y la técnica no bastan para responder a esta pregunta. Hace falta una filosofía del ser y una reflexión espiritual que nos hable del Sentido de todos los sentidos y que sepa organizar la convivencia humana bajo la inspiración de la ley más fundamental del universo: la sinergia, la cooperación de todos con todos y la solidaridad cósmica. Más ¹ importante que saber es no perder nunca la capacidad de aprender cada vez más. Más que poder, necesitamos sabiduría, pues sólo ésta hará que el poder conserve su carácter instrumental, convirtiéndolo en medio de potenciación de la vida y de la salvaguardia del Planeta. ;

Todas estas propuestas, por muy sugestivas que sean, no van a la raíz de la cuestión esencial. Si descubrimos, por ejemplo, una grieta en la pared, sería engañoso e irresponsable coger cemento y cal y limitarse a tajarla. ¿No habría que examinar los cimientos que sostienen el edificio, que no suelen estar a la vista, y detectar ahí la causa de la grieta y arreglarla desde la base? ¿No sería ésa la actitud más racional y más sabia? Si un hijo empieza a mostrar problemas en los estudios, a caer en la droga, a volver de madrugada, de poco sirve echarle la culpa y

atarle corto. Tal vez el problema no esté en él, sino en la incapacidad para reconstruir unas relaciones familiares destruidas por la continua tensión entre el padre y la madre, y por los problemas económicos del padre que frustran los sueños del hijo y comprometen el futuro de toda la familia.

4 3. *Insuficiencias del realismo materialista*[^]

Haciendo un análisis más profundo, descubrimos detrás del edificio de la modernidad científico-técnica el funcionamiento de una determinada filosofía: el *realismo materialista*.

Se llama *realismo* a esta filosofía porque imagina que las realidades existen como objetos independientes del sujeto que las observa. En realidad, no son independientes.[^]No hay objeto sin sujeto, ni sujeto sin objeto.^{Tj}Hay una unidad sagrada de la realidad que, como en un juego,['] siempre incluye a todos como participantes y nunca como meros espectadores. | Este realismo es poco «realista» porque reduce el ámbito de la realidad, al no incluir en ella el fenómeno de la subjetividad, de la conciencia, de la vida y de la espiritualidad.

Desde tiempos inmemorables todos los pueblos y culturas han mostrado veneración ante la realidad de lo Divino que impregna todo el universo; han experimentado el significado sagrado de todas las cosas y han cultivado la espiritualidad como aquella visión interior que lo unía todo a su Fuente divina. Sólo en los últimos cuatro siglos ha surgido un tipo de humanidad ciega a estas dimensiones y, por lo tanto, profundamente empobrecida en su realización en el mundo. Ha reducido la realidad a la medida de los cinco sentidos, organizados por la razón analítica.

Esta filosofía es *materialista*, en el sentido antiguo, porque presupone que la materia (átomos, partículas elementales, vacío cuántico["], etc.) constituye la única realidad consistente; los otros fenómenos son derivaciones secundarias de ella. Aún no se ha asimilado el hecho de que la materia no es simplemente «mate- i.i.l» sino que es energía estabilizada, llena de interacciones com-

plejas. La materia, como la etimología misma de la palabra sugiere, es la madre de todas las cosas, incluso de la vida, que es la autoorganización de la materia. Aún no se ha tomado conciencia de que lo visible es parte de lo invisible.\

I Hoy las campanas doblan por el realismo materialista. La física cuántica ha demostrado la profunda interconexión que hay de todo con todo, y el vínculo indestructible entre realidad y observador; no existe la realidad en sí, desconectada de la mente que la piensa; ambas son dimensiones de una misma realidad compleja.] El universo está consciente. La cosmología moderna ha demostrado que este universo es matemáticamente inconsistente sin la existencia de un Espíritu Sagrado y de una Mente infinitamente ordenadora.

La nueva filosofía se presenta como *balística* % ecológica y espiritual. Constituye una alternativa al realismo materialista, con capacidad de devolver al ser humano el sentimiento de pertenencia a la familia humana, a la Tierra, al universo y al propósito divino.

{Así se supera el dato más grave que se esconde detrás de la falta de cuidado: la pérdida de conexión con el Todo; el vacío de la conciencia que ya no se percibe como parte del universo; la disolución del sentimiento de lo Sagrado ante el cosmos y ante cada uno de los seres; y la ausencia de la percepción de la unidad de todas las cosas, ancladas en el misterio del Supremo Creador y Organizador de todo!]

{ Debemos reflexionar con atención sobre el conjunto de estas cuestiones, hasta construir un nuevo estado de conciencia:] Es la condición previa para poder engendrar una actitud de madurez y de sabiduría que nos ayudará a buscar otros caminos, diferentes de los recorridos hasta ahora.[Tras siglos de cultura material, buscamos hoy ansiosamente una espiritualidad sencilla y sólida, basada en la percepción del misterio del universo y del ser humano, en la ética de la responsabilidad, de la solidaridad y de la compasión, basada en el cuidado, en el valor intrínseco de cada cosa, en el trabajo bien hecho, en la competencia, en la honradez y en la transparencia de las intenciones.\

4. *Indicaciones para el camino correcto*

(Es importante buscar respuestas para el Planeta y para la humanidad que se inspiren en otras fuentes y en otras visiones de futuro.

Estas respuestas no se encuentran ya listas en algún rincón privilegiado de la Tierra. Ni en ningún libro ancestral. Ni en maestros ni en gurús con nuevas o antiguas técnicas de espiritualización. Ni en alguna profecía escondida. Ni en iniciaciones rituales y mágicas. Ni sencillamente en caminos terapéuticos a base de productos naturales. Debemos aprender de todas estas propuestas, pero también cavar más hondo, ir más lejos y evitar soluciones basadas en una razón única. ¡Hay que incorporar otras dimensiones para enriquecer nuestra visión\

|En este sentido, las personas que intentan realizar prácticas significativas en todos los lugares y situaciones del mundo actual están ya formulando respuestas concretas. Por lo tanto, no hay un sujeto histórico único. Son muchos los sujetos de estos cambios.[Se orientan por un nuevo sentido de vivir y de actuar, por una nueva percepción de la realidad y por una nueva experiencia del Ser. Emergen de un camino colectivo que se hace al andar.

^En efecto, está germinando un nuevo paradigma" de «religación» con la naturaleza, que vuelve a fascinar, y de «compasión» por los que sufren; estamos estrenando una nueva ternura para con la vida y un sentimiento auténtico de pertenencia amorosa a la Madre Tierra. Ese giro se muestra a través del crecimiento de los grupos que cultivan la ecología, la meditación y la espiritualidad;)crece el número de los que siguen con atención el impacto ambiental de los proyectos realizados por las empresas privadas o por el Estado; son muchos los que, en todos estos temas, incorporan la perspectiva de la Tierra como un todo vivo y orgánico.iCada vez más gente busca alimentarse con productos naturales y mantiene bajo estricto control el nivel de contaminación y la presencia de elementos químicos en los productos. Aumenta la conciencia de corresponsabilidad por el único planeta que tenemos, por su inmensa biodiversidad y por

cada ser amenazado de extinción. Xumenta el sentido de solidaridad con las poblaciones diezmadas por el hambre o por alguna catástrofe natural. ^e movilizan grupos y la opinión pública en defensa de los derechos de los animales y de los derechos humanos sociales y culturales; hay un notable esfuerzo de superación del patriarcalismo y a favor del fortalecimiento de la dimensión de *ánima** en el hombre y en la mujer; existe un claro compromiso de apoyo a las mujeres, a las minorías discriminadas, que pueden representar millones y millones de personas como los negros, los pueblos autóctonos, los portadores de alguna deficiencia o enfermedad socialmente discriminadas.¹ La espiritualidad cósmica vuelve a animar a los espíritus sensibles al mensaje que emana del universo y de la naturaleza. Las tradiciones religiosas y espirituales se revitalizan en contacto con los desafíos de nuestro tiempo. /

Se siente la urgencia de un nuevo *ethos** civilizacional que nos permita dar un salto cualitativo hacia formas más cooperativas de convivencia, de una renovada veneración por el Misterio que acompaña y que sostiene el proceso evolutivo.

Por todas partes se formula el deseo de una nueva alianza de paz perenne con las demás especies y con la Tierra. Ese nuevo contrato social descansa en la participación respetuosa del mayor número posible de personas, en la valoración de la diferencia, en la aceptación de las complementariedades y en la convergencia construida a partir de la diversidad de culturas, de modos de producción, de tradiciones y de sentidos de vida.

5. *Una nueva ética a partir de una nueva óptica*

En momentos críticos como los que estamos viviendo recurrimos nuevamente a la sabiduría ancestral de los pueblos y acudimos a las escuelas de unos y otros. Todos nos convertimos en alumnos y aprendices. Hay que construir un nuevo *ethos* que permita una nueva convivencia entre los seres humanos y los demás seres de la comunidad biótica, planetaria y cósmica; que propicie nuevamente la fascinación ante la majestad del univer-

so y la complejidad de las relaciones que sustentan a todos y cada uno de los seres.

¡*Ethos* en su sentido griego original designa tanto la madri-guera del animal como la casa humana, es decir, aquella porción del mundo que reservamos para organizar, cuidar y construir nuestro hábitat. ¡Tenemos que reconstruir la casa humana común —la Tierra— para que quepan todos en ella. Urge modelarla de tal forma que pueda alimentar un nuevo sueño civilizacional sostenible. La casa humana, hoy en día, ya no es el estado-nación, sino la Tierra como patria/matria común de la humanidad, que se encontraba en el exilio dividida en estados-naciones, aislada en culturas regionales, limitada por infinitas lenguas y lenguajes. Ahora, está retornando lentamente de su largo exilio. Se está volviendo a encontrar a sí misma en un mismo lugar: [en el planeta Tierra unificado] En él escribirá una única historia, la historia de la especie *Homo*, en una única y colorida sociedad mundial, desde la conciencia de un mismo destino y de un origen común.

Ese *ethos* (modelar de la casa humana) adquirirá cuerpo en morales* concretas (valores, actitudes y comportamientos prácticos), dependiendo de las diversas tradiciones culturales y espirituales. ¡Á pesar de ser diversas, todas las propuestas morales alimentarán el mismo propósito: salvaguardar al planeta y garantizar las condiciones de desarrollo y de coevolución del ser humano hacia formas cada vez más colectivas, más interiorizadas y espiritualizadas de realización de la esencia humana.!

¿De dónde hacer que derive ese nuevo *ethos* civilizacional? Debe surgir de la naturaleza más profunda de lo humano. De dimensiones que sean, por un lado, fundamentales y, por otro, comprensibles para todos. Si no nace de la médula esencial del ser humano, no tendrá savia suficiente para hacer sostenible una nueva floración humana que dé frutos saludables para la posteridad.

Todos debemos beber de nuestra propia fuente, auscultar nuestra naturaleza esencial, consultar nuestro verdadero corazón. Esa dimensión fontal deberá sustituir la desesperanza inmóvil/adora y la resignación amarga. Tendrá, eso sí, que comple-

tar los caminos insuficientes que hemos mencionado. Es decir, esa dimensión fontal será la base de un nuevo sentimiento religioso. Creará un nuevo sentido ético y moral.]Propiciará una nueva razón, instrumental, emocional y espiritual que convertirá la ciencia, la tecnología y la crítica en medicinas para la Tierra y para la humanidad. Una nueva ética nacerá de una nueva óptica. I

¿Cuál será esa óptica? ¿Cuál será esa dimensión germinal de lo humano, capaz de sostener una nueva aventura histórica? ¿Cuál es el *ethos* que necesitamos? ¿Qué es lo que se opone a la falta de cuidado, a la indiferencia y al abandono?

Bibliografía

- Araújo de Oliveira, M., *Ética e praxis histórica*., Atica, Sao Paulo, 1995.
- Assmann, H., *Metáforas novas para reencantar a educação*, UNIMEP, Piracicaba, 1996.
- Assmann, H., *Reencantar a educação. Rumo á sociedade aprendente*, Vozes, Petrópolis, 1998.
- Bloom, H., *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona, 2001.
- Boff, L., *Nueva Era: la civilización planetaria: desafíos a la sociedad y al cristianismo*, Verbo Divino, Estella, 1995.
- Boff, L., *Ecología: grito de la Terra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid, 2002.
- Boff, L. y Frei Betto, *Mística y espiritualidad*, Trotta, Madrid, 2002.
- Boff, L., *El despertar del águila*, Trotta, Madrid, 2000.
- Capra, F., *La trama de la vida: una nueva perspectiva de los sistemas vivos*, Anagrama, Barcelona, 1998.
- Ferguson, M., *La conspiración de acuario: transformaciones personales y sociales en este fin de siglo*, Kairós, Barcelona, 1998.
- Ferry, L., *El nuevo orden ecológico*, Tusquets, Barcelona, 1994.
- Freud, S., *El malestar de la civilización*, en *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 9 volúmenes.
- Guitton, J., *Dios y la ciencia*, Debate, Barcelona, 1994.
- Ladrière, J., *El reto de la racionalidad*, Sigüeme, Salamanca, 1978.
- Lovelock, J., *Las edades de Gaia*, Tusquets, Barcelona, 1993.
- Sagan, C., *El mundo y sus demonios*, Planeta, Barcelona, 1999.
- Sagan, C., *Un punto azul pálido*, Planeta, Barcelona, 1995.
- Serres, M., *El contrato natural*, Pre-Textos, Valencia, 1991.

EL «CUIDADO»: *ETHOS** DE LO HUMANO

| Lo que se opone al desinterés y a la indiferencia es el cuidado. Cuidar es más que un *acto*; es una *actitud*. Por lo tanto, abarca más que un *momento* de atención, de celo y de desvelo. Representa una *actitud* de ocupación, de preocupación, de responsabilización y de compromiso afectivo con el otro.

[La actitud es una fuente, genera muchos actos que expresan la disposición de fondo. (Cuando decimos, por ejemplo, «cuidamos de nuestra casa», se sobreentienden múltiples actos tales como: preocuparse de las personas que viven en ella, prestándoles atención, garantizándoles provisiones e interesándonos por su bienestar. Cuidamos el ambiente acogedor que ha de tener cada habitación, el salón, el dormitorio y la cocina. Somos celosos con las relaciones de amistad con los vecinos y de calor con los huéspedes. Nos desvelamos por conseguir que la casa sea un lugar entrañable, de modo que la echemos de menos al irnos y sintamos alegría cuando volvamos a ella. Alimentamos una actitud general de diligencia por el estado físico de la casa, por su terreno y por el jardín. Nos ocupamos del gato y del perro, de los peces y de los pájaros que pueblan nuestros árboles. Todo eso pertenece a la actitud del cuidado material, personal, social, ei ológico y espiritual de la casa.

1. El cuidado como «modo-de-ser esencial»

Por otro lado, ¡el cuidado es algo más que un acto y una actitud (entre otras. Lo dijo el filósofo que mejor vio la importancia esencial del cuidado, Martín Heidegger (1889-1976), en su famosa obra *El ser y el tiempo*: «En cuanto totalidad estructural original, el cuidado es existencialmente *a priori* de toda "posición" y "conducta" fáctica del "ser-ahí", es decir, se halla siempre ya *en ella*»¹. Esto significa que el cuidado se encuentra en la raíz primera del ser humano, antes de que haga nada. Y todo cuanto haga irá siempre acompañado de cuidado e impregnado de cuidado. Significa reconocer que el cuidado es un *modo-de-ser* esencial, siempre presente e irreductible a otra realidad anterior. Es una dimensión fontal, originaria, ontológica*, imposible de desvirtuar totalmente. \

¡Un «modo-de-ser» no constituye un nuevo ser. Es el modo en que un ser se estructura y se da a conocer. El cuidado forma parte de la naturaleza y de la constitución del ser humano. El cuidado como «modo-de-ser» revela de forma concreta cómo es el ser humano.

^Sin cuidado, deja de ser humano. Si no recibe cuidado, desde el nacimiento hasta la muerte, el ser humano se desestructura, se marchita, pierde el sentido y se muere. \Si, a lo largo de la vida, no se hace con cuidado todo lo que uno emprende, acaba por perjudicarse a sí mismo y por destruir lo que le rodea. Por eso el cuidado debe ser entendido en la línea de la esencia humana (que responde a la pregunta «¿qué es el ser humano?»). El cuidado debe estar presente en todo. En palabras de Martín Heidegger, «el término "cuidado" mienta un fenómeno ontológico-existencial fundamental»². Con otras palabras, designa un fenómeno que posibilita la existencia humana, en cuanto humana.

Podemos responder de muchas y diferentes maneras a la pregunta «¿qué es el ser humano?». La pregunta y su correspon-

1. M. Heidegger, *El ser y el tiempo*, trad. de José Gaos, FCE, Madrid, 2000, § 41, p. 214.

2. *Ibid.*, p. 216.

diente respuesta subyacen en las formaciones sociales, en las diferentes visiones de mundo, en las diversas filosofías, ciencias y proyectos elaborados por el ingenio humano.

La respuesta latente e inconsciente, sin embargo, se vuelve patente y consciente cuando formulamos la siguiente pregunta: «¿qué imagen del ser humano está sepultada en una cultura como la nuestra, que privilegia por encima de todo la racionalidad científico-técnica?». La respuesta natural será: el ser humano es un animal racional. ¿Qué imagen se oculta en el modo de producción capitalista y en la economía exclusivamente de mercado? La respuesta más obvia será: el ser humano es esencialmente un ser de necesidades (un animal hambriento) que deben ser satisfechas y, por tanto, es un ser de consumo. ¿Qué imagen de ser humano está en la base del ideal democrático? La respuesta correspondiente será: el ser humano es un ser participativo, un actor social, un sujeto histórico individual y colectivo, un ser constructor de relaciones sociales lo más igualitarias, justas, libres y fraternas que sea posible, dentro de determinadas condiciones histórico-sociales. ¿Qué idea de ser humano se presupone en la lucha por los derechos humanos? La respuesta clara será: el ser humano está dotado de sacralidad porque es sujeto de derechos y de deberes inalienables y se muestra como un proyecto infinito. ¿Qué comprensión de ser humano se sobreentiende en el proyecto científico-técnico de dominación de la naturaleza? La respuesta más probable será: el ser humano se entiende (ilusoriamente) como la cumbre del proceso de evolución, el centro de todos los seres (antropocentrismo), y considera que las demás cosas, especialmente la naturaleza, sólo tienen sentido en cuanto subordinadas al ser humano, que puede disponer de ellas a su antojo. Cuando el místico san Juan de la Iruz dice que el ser humano está llamado a ser Dios por participación, ¿qué imagen presupone del ser humano? La respuesta que nos atrevemos a dar es: el ser humano tiene la capacidad de dialogar con el Misterio del mundo, de preguntar por un Sentido último y de entrar en comunión con El y ser uno con Él. **Finalmente**, ¿qué imagen de ser humano proyectamos cuando le descubrimos como un «ser-en-el-mundo-con-otros», siempre re-

lacionándose, construyendo su hábitat, ocupándose de las cosas, preocupándose por las personas, dedicándose a aquello a lo que atribuye importancia y valor, y disponiéndose a sufrir y a alegrarse con aquellos a los que se siente unido y a quienes ama? La respuesta más adecuada será: el ser humano es un ser de cuidado; más aún, su esencia se encuentra en el cuidado. Poner cuidado en todo lo que proyecta y hace: he aquí la característica singular del ser humano.

Conviene siempre explicitar la imagen de ser humano que subyace en nuestras visiones del mundo, en nuestros proyectos y en nuestras prácticas. Pues así tomamos conciencia de lo que queremos ser y podemos someter a crítica esa imagen constantemente y tratar de perfeccionarla.

\La humanidad ha abierto muchos caminos en la interpretación de la esencia del ser humano. Ha utilizado las artes, la pintura en las cuevas rupestres, los dibujos en vasijas de barro. Se ha expresado a través de grandes monumentos, de miniaturas de marfil y de una inmensa gama de músicas folclóricas. Ha utilizado la palabra a través de mitos, fábulas, poemas y narraciones. Ha utilizado el pensamiento a través de la filosofía y de las cosmovisiones. Las religiones, a través de los mitos de creación, del fin del mundo y de la formación del ser humano, han ofrecido las interpretaciones más audaces de la naturaleza humana. Hoy en día, se prefiere el cine, el universo virtual de la comunicación y, principalmente, las ciencias empíricas, hermenéuticas y *holísticas*. Todas ellas contienen, implícitamente, una antropología, esto es, una determinada comprensión del ser humano, hombre y mujer]

2. Los mitos: conocimiento ancestral de la esencia humana

\ Todo ese material es de inmenso valor. En la medida de lo posible, incorporaremos a nuestro trabajo sus diversas contribuciones. No obstante, por nuestra parte, vamos a dar preferencia a otro camino, el de los mitos. Creemos que las mitologías, más que las ciencias y las filosofías, contienen, junto con las religiones, las

mejores explicaciones de la esencia humana. Las culturas han proyectado en ellos, generación tras generación, grandes visiones; han acumulado reflexiones, han hecho indagaciones y las han legado a las siguientes generaciones. Han sabido utilizar un lenguaje plástico, con imágenes sacadas de las profundidades del inconsciente colectivo, accesible a todas las edades y a todos los tiempos. Además de visiones y símbolos, han suscitado y continúan suscitando grandes emociones. Y son éstas las que quedan y las que movilizan a las personas y los pueblos en la historia.]

] No está garantizado que nosotros, los modernos, con nuestra inteligencia instrumental, con toda nuestra tradición de investigación empírica, de crítica y de acumulación de conocimientos prácticamente sobre todo, conozcamos al ser humano mejor que los antiguos creadores de mitos) Estos resultaron ser unos observadores meticulosos y unos sabios eximios en lo referente a cada situación y a cada pliegue de la existencia. Tenemos que volver a ellos, valorar sus aportaciones y escuchar sus lecciones, siempre actuales, j

Vamos, pues, a seguir el camino de los mitos. Pero hay que comprender los mitos correctamente. No son cosas de un pasado arcaico, productos aleatorios del pensamiento primitivo o de la fantasía incontrolada. Siguen vigentes, visto que nosotros, los modernos, también creamos mitos.

\Los mitos son el lenguaje con que traducimos fenómenos profundos, fenómenos que la razón analítica no es capaz de describir. ¿Cómo hablar del enamoramiento, del amor, del cuidado esencial, de la traición de la persona amada, de las crisis de la vida, de las enfermedades incurables, del nacimiento y de la muerte, sino desde el sentimiento, contando historias ejemplares? Los conceptos abstractos y fríos no consiguen traducir los colores de la realidad. No crean representaciones en la imaginación. Por eso, en cierta forma, falsean nuestra experiencia de los fenómenos vividos.

Como bien se ha dicho, el lenguaje consagrado de la psicología científica vigente constituye, en buena medida, un insulto al alma porque, en la elaboración de sus instrumentos de análisis, deja fuera las energías poderosas, verdaderos dioses y diosas

que habitan en la profundidad humana, las imágenes y los símbolos. Se prefieren los conceptos abstractos, extraídos de un paradigma que privilegia la física y la mecánica. Debemos, pues, saber combinar la inteligencia instrumental-analítica, de donde nos viene el rigor científico, con la inteligencia emocional-cordial, de donde derivan las imágenes y los mitos.

No hay que considerar a las diosas y los dioses mitológicos como existentes en sí mismos, como seres substanciales e independientes de nuestra existencia. Constituyen arquetipos¹¹ del inconsciente colectivo, es decir, centros de gran energía y significado, que sólo a través del lenguaje de los héroes y de las heroínas, de los dioses y de las diosas, pueden ser expresados adecuadamente. Son figuras cargadas de emoción, convertidas en referencias paradigmáticas e inspiraciones que movilizan los comportamientos humanos.

El politeísmo no representa un nivel inferior en la evolución religiosa hacia el monoteísmo. Entendido correctamente, no pretende tanto afirmar la multiplicidad de divinidades, como las mil caras de la misma y única Divinidad, del único Misterio de comunión, vinculado a la dinámica abierta del mundo y del espíritu. El monoteísmo, por otro lado, camina *parí passu* con el surgimiento de visiones imperiales unitaristas que empobrecen la polivalencia de lo sagrado.

| Entendidas como fuerzas espirituales poderosas, las múltiples divinidades representan los numerosos centros energéticos y las diferentes fuentes de sentido que estructuran la interioridad humana. Esta interioridad está habitada por la Divinidad. Por eso somos seres espirituales además de corporales y psíquicos⁷ |;Espiritual y psíquicamente no somos monoteístas, sino plurales. Tenemos muchos centros vitales y no sólo uno. No estamos dominados por uno de ellos, sea la razón, el poder, el deseo o el corazón. Más bien estamos rodeados y penetrados por muchos de ellos; hacen que la vida humana sea dinámica y también dramática. Todos, pues, se encuentran articulados en la existencia singular de cada persona. A través de cada una de esas energías tenemos acceso a la Energía suprema que habita en el universo y en el corazón humano.

Vamos a analizar una fábula-mito que nos habla de la esencia humana de una forma que responde a las necesidades más urgentes de nuestro tiempo. Es la fábula-mito del cuidado. En el cuidado vamos a encontrar el *ethos* necesario para la socialidad humana y, principalmente, para identificar la esencia fontal del ser humano, hombre y mujer. (Cuando hablamos de *ethos*, queremos expresar el conjunto de valores, principios e inspiraciones que dan origen a actos y actitudes (las diversas morales) que conformarán el hábitat común y la nueva sociedad naciente. Urge un nuevo *ethos* de cuidado, de sinergia", de «re-ligación», de benevolencia, de paz perenne para con la Tierra, para con la vida, para con la sociedad y para con el destino de las personas, especialmente de las grandes mayorías empobrecidas y condenadas de la Tierra. /

Bibliografía

- Arendt, H., *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Araújo de Oliveira, M., *Ética e racionalidade moderna*, Loyola, Sao Paulo, 1993.
- Benhabib, S. y Cornell, D., *Teoría feminista y teoría crítica*, Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990.
- Boff, L., *El destino del hombre y del mundo*, Sal Terrae, Santander, 1985.
- Boff, L., *El rostro materno de Dios*, San Pablo, Madrid, 1991.
- Boff, L., *La resurrección de Cristo, nuestra resurrección en la muerte*, Sal Terrae, Santander, 1986.
- Liolen, J. S., *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina*, Kairós, Barcelona, 1993.
- Iiuytendijk, J. F. F., *La mujer: naturaleza, apariencia, existencia*, Revista de Occidente, Madrid, 1970 (todo un capítulo dedicado al cuidado).
- C'ainpbell, J., *Las máscaras de Dios. Obra completa*, Alianza, Madrid, 4 vols., 1999.
- (apra, F., *El tao de la física*, Luis Cárcamo, Madrid, 1984.
- Curdos» et al., *Os sentidos da paixão*, Companhia das Letras, Sao Paulo, 1998.
- < i.iissircr, E., *Antropología filosófica*, FCE, Madrid, 1983.
- < Hurón, J., *O espírito, esse desconhecido*, Melhoramentos, São Paulo, 1990.

- Coveny, P. y Highfield, R., *La flecha del tiempo*, RBA, Barcelona, 1993.
- Davies, P., *Proyecto cósmico*, Pirámide, Madrid, 1989.
- Ferris, T., *El firmamento de la mente*, Acento, Madrid, 1992.
- Fox, M., *A vinda do Cristo cósmico. A cura da Mae Terra 6 o surgimento de urna renascença planetária*, Record, Rio de Janeiro, 1995.
- Galbraith, J. K., *Una sociedad mejor*, Crítica, Barcelona, 1996.
- Giddens, A., *La transformación de la intimidad*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Gleick, J., *Caos: la creación de una nueva ciencia*, Seix Barral, Barcelona, 1998.
- Heidegger, M., *El Ser y el tiempo*, FCE, Madrid, 2000 (todo el sexto capítulo, dedicado a la cura-cuidado).
- Margulis, L. y Sagan, D., *Microcosmos*, Tusquets, Barcelona, 1995.
- Maturana, H. y Varela, F., *El árbol del conocimiento*, Debate, Madrid, 1996.
- May, R., *Amor y voluntad*, Gedisa, Barcelona, 1985.
- Morin, E., *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1995.
- Oliveira, A. B., *A unidade perdida homem-universo. Urna visáo aberta da physis no fim do milenio*, Espago e Tempo, Rio de Janeiro, 1989.
- Pearson, C. S., *El héroe interior*, Mirach, Villaviciosa de Odón, 1991.
- Restrepo, L. C., *El derecho a la ternura*, Península, Barcelona, 1997.
- Sagan, C., *Un punto azul pálido*, Planeta, Barcelona, 1995.
- Smart, J. J. C., *Nuestro lugar en el universo*, Tecnos, Madrid, 1992.
- Teilhard de Chardin, P., *El fenómeno humano*, Taurus, Madrid, 1984.
- Todorov, T., *Las morales de la historia*, Paidós, Barcelona, 1993.
- Weber, R., *Díálogos entre científicos y sabios*, Libros de la Liebre de Marzo, Barcelona, 1990.
- Zohar, D., *La conciencia cuántica*, Plaza & Janés, Barcelona, 1992.

LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO

La fábula-mito sobre el cuidado esencial es de origen latino con base griega. Alcanzó su expresión literaria definitiva en Roma, poco antes del nacimiento de Cristo. Vamos a proporcionar la versión original en latín y, a continuación, su traducción al español.

Cura cum fluvium transiret, videt cretosum lutum
 sustulitque cogitabunda atque coepit fingere.
 Dum deliberat quid iam fecisset, Jovis intervenit.
 Rogat eum Cura ut det illi spiritum et facile impetrat.
 Cui cum vellet Cura nomen ex sese ipsa imponere,
 Jovis prohibuit suumque nomen ei dandum esse dictitat.
 Dum Cura et Jovis disceptant, Tellus surrexit simul
 suumque nomen esse vult cui corpus praepuerit suum.
 Sumpserunt Saturnum iudicem, is sic aequus iudicat:
 «Tu Jovis quia spiritum dedisti, in morte spiritum,
 Tuque Tellus, quia dedisti corpus, corpus recipite,
 Cura enim quia prima finxit, teneat quamdiu vixerit.
 Sed quae nunc de nomine eius vobis controversia est,
 homo vocetur, quia videtur esse factus ex humo»*.

II texto latino está accesible en *El ser y el tiempo*, de Martín Heidegger, I ' I , Mullid, 2000, p. 218. Nuestra versión sigue su propio camino, con pe-
 • |H H R, VIII I.U'ioncs con respecto a la de Heidegger.

He aquí una versión libre en español:

Cierto día, al atravesar un río, Cuidado encontró un trozo de barro. Y entonces tuvo una idea inspirada. Cogió un poco del barro y empezó a darle forma. Mientras contemplaba lo que había hecho, apareció Júpiter.

Cuidado le pidió que le soplara su espíritu. Y Júpiter lo hizo de buen grado.

Sin embargo, cuando Cuidado quiso dar un nombre a la criatura que había modelado, Júpiter se lo prohibió. Exigió que se le impusiera su nombre.

Mientras Júpiter y Cuidado discutían, surgió, de repente, la Tierra. Y también ella le quiso dar su nombre a la criatura, ya que había sido hecha de barro, material del cuerpo de la Tierra. Empezó entonces una fuerte discusión.

De común acuerdo, pidieron a Saturno que actuase como árbitro. Éste tomó la siguiente decisión, que pareció justa:

«Tú, Júpiter, le diste el espíritu; entonces, cuando muera esa criatura, se te devolverá ese espíritu.

Tú, Tierra, le diste el cuerpo; por lo tanto, también se te devolverá el cuerpo cuando muera esa criatura.

Pero como tú, Cuidado, fuiste el primero, el que modelaste a la criatura, la tendrás bajo tus cuidados mientras viva.

Y ya que entre vosotros hay una acalorada discusión en cuanto al nombre, decido yo: esta criatura se llamará *Hombre*, es decir, hecha de *humus*, que significa tierra fértil».

Vamos a elaborar nuestras reflexiones acerca del cuidado a partir del texto de esta fábula-mito. Lo consideraremos como la verdadera esencia del ser humano. No obstante, vamos antes a conocer al autor de esta inspirada creación literaria.

UN ESCLAVO GENIAL: GAIUS JULIUS HYGINIUS

Los mitos no tienen autor. Pertenecen a la sabiduría común de la humanidad, conservada por el inconsciente colectivo en forma de grandes símbolos, de arquetipos y de figuras ejemplares. En cada generación, esta sabiduría emerge de manera consciente y se presenta con mil rostros. A través de ellos se transmite siempre el mismo mensaje esencial. Ilumina caminos e inspira prácticas. Sin embargo, hay momentos en los que el mito adquiere una formulación clásica. Hesíodo en Grecia (mediados del siglo VIII a.C.), Ovidio en Roma (43 a.C.-17 d.C.), los hermanos Grimm en Alemania (1785-1863) y Luiz da Cámara Cascudo en Brasil (1898-1986) han sido algunos de esos inspirados escritores.

Así ocurrió con la fábula-mito del cuidado esencial, también conocida como «la fábula de Higino». Como hemos afirmado, lo importante no es el autor de la narración, sino su significado. A pesar de lo cual, no deja de ser interesante conocer quién fue Higino y por qué se convirtió en una figura-mito.

I. *La historia de Higino*

Su nombre completo era Gaius Julius Hyginus¹. Echemos un vistazo al contexto en que aparece.

¹ Los datos más seguros sobre Gaius Julius Hyginus se encuentran en *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, vol. 19, Stuttgart. T. 19, cols. 628-651.

Corría el año 44 antes de Jesucristo. Cayo Julio César (100-44 a.C.), famoso general, cónsul y fundador de la dinastía de los Césares romanos, fue asesinado en pleno Senado por Bruto, su hijo adoptivo. Para sucederle, se formó un triunvirato constituido por tres cónsules: su nieto adoptivo Cayo Julio César Octavio (63 a.C.-14 d.C.), Marco Antonio (83-30 a.C.) y Marco Emilio Lépido (que murió en el año 13 a.C.).

Inmediatamente, los tres empezaron a pelearse. Cada uno disputaba a los demás el poder absoluto. Octavio, más hábil y astuto, venció a sus dos rivales. En el año 27 antes de Jesucristo se hizo proclamar emperador, atribuyéndose el título de *Augustus*, reservado sólo a los dioses. Desde entonces se llamó César Augusto. Bajo su imperio nació Jesucristo, hecho que, para nosotros, los cristianos, no carece de importancia.

En el año 30 antes de nuestra era, aún en plena disputa por el poder, Octavio entró victorioso en Alejandría, importante ciudad del norte de Egipto, famosa por su cultura, por sus escuelas filosóficas y por sus bibliotecas. Fue entonces cuando encontró a Higinio, joven brillante por su inteligencia y por su vasta cultura a pesar de tener sólo 22 años de edad. Fascinado, decidió llevárselo consigo a Roma.

Como era costumbre en aquel tiempo, todo general vencedor podía tomar como esclavos a las personas que le interesaran. Muchas veces los preceptores de sus hijos en lengua y cultura griegas eran esclavos suyos. Como signo público de posesión les imponían su propio nombre. Así sucedió con Higinio, que pasó a llamarse Cayo Julio Higinio, aunque históricamente sea conocido simplemente como Higinio.

En Roma, después de algún tiempo, Augusto lo liberó. Sin embargo, lo mantuvo a su servicio. Le mandó a la mejor escuela que había en aquella época, dirigida por Alejandro Polihistor, antiguo esclavo de Alejandría, también él liberto. Este era director de la famosa Biblioteca Palatina, fundada por Augusto en el año 28 a.C.

Antiguamente las bibliotecas eran más que nuestras actuales bibliotecas. Equivalían a las fundaciones culturales o a las academias de hoy en día. En ellas no había sólo libros, sino que se

impartía todo tipo de cursos, de teología, historia, botánica e incluso de astrología. En ellas se llevaban a cabo frecuentemente discusiones filosóficas y se realizaban encuentros de intelectuales, de poetas y de historiadores.

En ese ambiente de efervescencia cultural Higinio hizo una brillante carrera. Entusiasmado con su antiguo esclavo, César Augusto, al corriente de todo, le confió la Biblioteca de Apolo. Eso significaba que Higinio podía organizar sus propios cursos y actividades intelectuales en contacto directo con los mejores espíritus de la época y con los numerosos libros de la biblioteca. Tenía entonces sólo 30 años.

Tras la muerte de Alejandro Polihistor, César Augusto le nombró director de la biblioteca central, es decir, de la Biblioteca Palatina. Desde entonces, a lo largo de más de 40 años, animó toda la vida cultural de Roma. Se dice que a los 70 años de edad aún estaba trabajando.

El gran poeta Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) era su amigo íntimo. El mismo Virgilio (70-19 a.C.), considerado el mejor poeta latino, fue alumno suyo.

En el año 10 de nuestra era Higinio murió pobre porque, según los historiadores, no sabía administrar bien sus negocios. Ovidio, en solidaridad con su desdicha, le dedicó una oda con el título de «*Tristia Hyginii*», que significa «Los fracasos de Higinio».

2. *La obra de Higinio*

Higinio aprovechó los contactos y las fuentes de la biblioteca para escribir una vasta obra. Elaboró textos teológicos sobre las características de los dioses (*De proprietatibus deorum*), especialmente de los dioses familiares (*De diis penatibus*). Y se especializó en biografías; publicó seis tomos sobre la vida y obra de personas ilustres de Roma y del mundo (*De viribus illustribus in bis liomae* y *De vita rebusque illustrium virorum*). También se dedicó a la ecología e hizo minuciosas descripciones geográficas, acerca de ciudades itálicas (*De situ urbium Italicorum*) y sobre agricultura. Escribió la primera monografía conocida so-

bre las abejas (*De apibus*), y disertó sobre astronomía y astrología (*De mundo et sphaeris*, *De signorum coelestium historiis*, *De astrologia*). Como puede verse, fue un hombre inquieto y de múltiples intereses intelectuales.

Su obra principal, que nos interesa directamente, se llama *Fábulas o Genealogías* (*Fabulae seu Genealogiae*). Se trata de la recopilación de 300 leyendas, historias y mitos de la tradición griega y latina. Una obra inmensa y, sin embargo, desigual. Contiene materiales de las más diversas procedencias, con estilos diferentes; contiene incluso contradicciones. Eso hace pensar que el libro de las *Fábulas* tal vez no sea exclusivamente de Higino. Culto y refinado como era —pensaban algunos—, no podía incurrir en errores y contradicciones tan evidentes. Estas habrían corrido por cuenta de otras manos que habrían intervenido en el texto.

Otros, sin embargo, dieron una interpretación diferente: Higino habría respetado los materiales tal como se los encontró. Solamente los ordenó. Aunque algunos sí fueron reelaborados por él con esmero y estética, pues en eso era un maestro refinado.

Eso parece haber ocurrido con la fábula-mito número 220 que acabamos de transcribir. Su origen sería griego, pero Higino la habría reelaborado en términos de la cultura romana. Resultó concisa y de gran belleza literaria.

A continuación vamos a intentar analizar algunos aspectos antropológicos, filosóficos y éticos del relato.

EXPLICACIÓN DE LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO

Vamos a analizar, ahora, los distintos personajes que intervienen en esta bella fábula-mito. Esta tarea nos proporcionará elementos fundamentales para iluminar la esencia humana y fundamentar el *ethos** para una nueva era.

1. ¿Qué es una fábula? ¿Qué es un mito?

Antes de nada, dejemos claro qué entendemos por fábula y por mito.

^ Una *fábula* es una narración imaginaria cuyos personajes son, por lo general, animales, plantas o la personificación de cualidades, virtudes y vicios, cuyo objetivo es transmitir lecciones morales o concretizar una verdad abstracta.! Son conocidas las fábulas de La Fontaine (1621-1695) como, por ejemplo, la de la zorra y las uvas.

En nuestro caso, la fábula de Higinio* personifica la dimensión de «cuidado». «Cuidado» pasea por la playa, observa el barro, se pone a pensar y acaba modelando un muñeco de arcilla. Discute con Júpiter y con la Tierra. Acata la sentencia de Saturno.

Esta fábula está tejida con figuras mitológicas grecolatinas de gran significado simbólico como Júpiter, la Tierra y Saturno. Por eso llamamos a esta fábula «fábula-mito». ¿Qué es, entonces, un mito?

mito es una realidad muy compleja, por las ambigüedades que contiene. En el lenguaje común de los medios de comunicación de masas el «mito» puede transmitir una visión de la realidad que es reduccionista, ocultadora e interesada. Equivale, entonces, a ideología. Mito designa, per tanto, los clichés o las creencias colectivas acerca de temas relevantes (personas, situaciones, acontecimientos) que circulan por la cultura.; Así, pues, se habla del «mito del buen salvaje», del «mito del sexo débil» o del «mito del negro holgazán».

Con esas expresiones se quiere transmitir la creencia de que el indígena es un salvaje siempre bueno como un ser natural, no contaminado por la cultura; esa comprensión representa un cliché reduccionista, porque el indígena tiene cultura, interviene, a su manera, en la naturaleza, y como otros seres sociales tiene su dimensión sim-bólica y diabólica.

La cultura patriarcal clasificó a la mujer como frágil, y forjó el mito del sexo débil. Lo cual no es verdad. La mujer tiene su forma de ser fuerte. En este caso, lo que cuenta no es tanto la fuerza muscular. En el trato con sus hijos, desde su gestación, en las diversas crisis y en su seguimiento a lo largo de la vida, especialmente en la complejidad que supone llevar una casa y en la capacidad de aguantar sufrimientos y de salvar obstáculos, muestra una fuerza y una tenacidad muy superiores a las del hombre. En muchos aspectos la mujer es el sexo fuerte y el hombre el sexo débil.

La acusación de que los negros son vagos, además de ser falsa, es calumniosa. Casi todo lo que se construyó en los países esclavistas como Brasil, Colombia, el Caribe y el sur de los Estados Unidos se debe a la mano de obra negra esclava. Los negros mostraron gran diligencia a pesar de ser tratados como «piezas» del mecanismo de producción, como el carbón que alimentaba la maquinaria. Además fue el grupo que, posiblemente, más impregnó de valores la cultura brasileña y norteamericana con elementos que van desde la gastronomía, la música y el lenguaje, hasta la dulzura en las relaciones y el misticismo. A pesar de ser esclavos, fueron agentes civilizadores.

¡ Mito, para otros, equivale a una mera fantasía o a una interpretación distorsionada de la realidad. El mito se opondría, entonces, a la realidad. Así, por ejemplo, los efectos positivos de los edulcorantes artificiales en el organismo, tan difundidos entre la gente, son, para los nutricionistas serios, un mito y no una realidad. Si, por un lado, no tienen calorías, por otro, aceleran el proceso de desgaste de las neuronas, posibilitando el avance de la esclerosis. Se dice también que alguien sufre de mitomanía. O sea, que tiene la manía de inventar «mitos», acontecimientos ficticios, hechos inexistentes, o la manía de proyectar interpretaciones fantásticas de la realidad.

No asumimos estas acepciones, pues no nos ayudan a entender el fenómeno que queremos analizar. Por eso, las ciencias modernas las critican y confieren al mito un significado altamente positivo, especialmente en la filosofía, en la antropología, en la psicología profunda y en la teología contemporánea.

La escuela psicoanalítica junguiana afirma, por ejemplo, que una determinada persona se convierte en un mito cuando ha vivido una biografía (un relato existencial o historia personal) con tal densidad que muchos se encuentran a sí mismos en ella, o a través de ella ven realizados ideales y sueños ancestrales. De igual forma, se habla del mito futbolístico de Pelé, del mito cinematográfico de Charles Chaplin, del mito mediático de la princesa Diana, del mito ético-político de Mahatma Gandhi y del mito profético-religioso de Helder Cámara o de Martin Luther King. ¡Esas personas se han convertido en símbolos poderosos, es decir, en mitos capaces de cristalizar energías colectivas, de hablar a lo profundo de las personas y de movilizar muchedumbres^

\Aún hay más. La antropología y la filosofía de las formas simbólicas nos han convencido de que el mito constituye una forma autónoma de pensamiento diferente de la razón y tan legítima como cualquier otra. Constituye una expresión de la inteligencia emocional, por contraposición a la inteligencia funcional. Esta informa sobre objetos; es utilitaria, calculadora e instrumental; es el arma de la ciencia y de la técnica, imprescindible para el funcionamiento de la vida cotidiana. Aquélla, la

inteligencia emocional, se sirve de imágenes, símbolos, parábolas, cuentos y mitos para evocar sentimientos profundos, para expresar lo que da sentido y valor al ser humano. Llega al corazón y provoca emociones. Los poetas, los maestros religiosos y espirituales como Jesús, Isaías, Mahoma, Buda, el místico sufí Rumi, el papa Juan XXIII y el Dalai Lama, así como otros, emplean la inteligencia emocional. También lo hacen los medios de comunicación modernos, especialmente en las estrategias de márketing y propaganda.

Normalmente el mito se comunica mediante relatos que utilizan símbolos e imágenes formidables, como, dioses y diosas, o enfrentamientos entre el cielo y la tierra, para expresar situaciones o historias verdaderas, cargadas de dramatismo y significado, que la humanidad viene viviendo desde siempre. O bien pretenden explicar la aparición de realidades que, para ciertas comunidades, tienen especial significado y valor, como el nombre de un lugar, la importancia de un cierto animal, de una montaña o de determinado comportamiento ejemplar, para bien o para mal. El mito configura siempre representaciones de la conciencia colectiva, que se expresan una y otra vez en cada generación.

Bien decía Joseph Campbell, maestro contemporáneo del análisis de los mitos: «Los sueños son mitos privados; los mitos son sueños compartidos». Con razón el fundador de la psicología profunda, Carl Gustav Jung (1875-1961), entendía los mitos como expresión consciente de arquetipos del inconsciente colectivo. Esto quiere decir que los mitos representan el momento en que emergen las imágenes de las grandes experiencias, los sueños y temores (arquetipos) que la humanidad ha elaborado históricamente en su largo proceso de individualización. Emergen en la conciencia de las personas y de las colectividades. Experimentan metamorfosis que despliegan virtualidades ocultas, garantizando su actualidad histórica. Ayudan a entender la universalidad de ciertas experiencias y señalan las diversas travesías que caracterizan a la aventura humana.

"H; 2. *Mitos y fábulas ejemplares*%

Para ilustrar esas reflexiones teóricas, nada mejor que proporcionar dos ejemplos concretos de mito en el sentido que hemos aclarado antes, uno de los griegos y otro de los pueblos de la selva brasileña.

Es de todos conocido el mito griego de Eros, dios del amor. Notoriamente, el amor es la fuerza más originaria del universo. Según este mito, el amor es anterior al Cielo y a la Tierra. En su versión más antigua, Eros nació del Caos y de la Noche. Por lo tanto, de una realidad anterior y más originaria. La Noche puso un huevo fecundado. De él nació Eros, el amor. De las dos mitades de la cáscara nacieron el Cielo (Urano) y la Tierra (Gaia). Por la fuerza de Eros, el Cielo y la Tierra se enamoraron, se unieron y engendraron las diversas cosas que existen en el mundo. Esas cosas, a su vez, también se atraen y se aman. Intentan unirse a través del amor. Así pues, Eros es responsable de la diversidad (del cielo y la tierra y de todas las cosas) y, al mismo tiempo, de la unidad de todas las cosas (atracción que todo, personas y cosas, sienten las unas por las otras).

Muy bello es también el mito tupí de la mandioca, alimento básico de varias culturas indígenas. Se cuenta que, un día, cierto cacique tuvo una hermosa nietecita. Tenía la piel tan blanca como la nube más blanca. Se llamaba Mandi. Todos se quedaron intrigados y atemorizados cuando vieron el color de la piel de Mandi. En la tribu, las miradas se cruzaban comparando el dorado castaño de su piel con la blancura de la linda niña. Y creyeron que ese hecho representaba un triste presagio. Entonces pidieron al cacique sin rodeos que hiciera desaparecer a su nietecita. El, sin embargo, lleno de amor y de compasión, fue aplazando tal crueldad día tras día. Hasta que, en el silencio de una noche, aún de madrugada, llevó su nieta al río. La lavó y nidadosamente. Al día siguiente, reunió a la tribu y dijo con voz fuerte para no tener que escuchar protestas: «Los espíritus lian recomendado que Mandi se quede con nosotros y que sea bien tratada por toda la tribu». Los indios, aunque con dudas, obedecieron y acabaron resignándose. Con el tiempo, Mandi

fue creciendo con tanta gracia que todos olvidaron el mal presagio y acabaron siendo cautivados por ella. El cacique estaba orgulloso y feliz. Pero un día, inesperadamente, Mandi murió. Sus padres, sabiendo cuánto la quería el abuelo-cacique, la enterraron en su choza. Pero él, inconsolable, se encerró en su dolor y no hacía más que llorar. Lloraba día y noche sobre la tumba de su querida Mandi. Tantas y tantas fueron las lágrimas que del suelo brotó una plantita. Los pájaros venían a picotearla y quedaban extasiados. Cuenta el mito que, un día, la tierra se abrió para exponer las bellas raíces de la planta, nacida del llanto del abuelo. Los indios las cogieron con respeto y entonces vieron que eran blanquísimas como la piel de Mandi. Y, al comerlas, se dieron cuenta de que eran deliciosas. Y así fue como esas raíces se convirtieron en el principal alimento de los indios tupí. Entonces llamaron a esas raíces *mandioca*, que significa «el cuerpo de Mandi».

Como se desprende de estos dos ejemplos,; el mito quiere expresar valores muy difundidos que no pueden ser expresados adecuadamente por conceptos. Entonces se crean historias. Historias que son narraciones cargadas de emoción, de símbolos y representaciones, que dan razón del misterio del amor y la importancia de la mandioca en la alimentación de los pueblos de la selva-iHe aquí la riqueza del mito. Cada cual se encuentra a sí mismo en los grandes mitos, o encuentra[razones para realidades tan fundamentales como el amor y la comida.]

[Algo parecido ocurre con el cuidado. El cuidado es tan importante para la vida humana y para la preservación de todo tipo de vida, que dio origen a una fábula-mito. Fue personalizado, se convirtió en un ser concreto; como tal, Cuidado daba forma a la arcilla, conversaba con el Cielo (Júpiter) y con la Tierra (Tellus), y convocaba a la autoridad suprema del dios del Cielo y de la Tierra que inició la edad de oro y la utopía absoluta del ser humano (Saturno). La fábula-mito del cuidado elaborada por Higino quiere resaltar el significado del cuidado para la vida humana. En su aparición actuaron las fuerzas universales más importantes: el cielo (Júpiter), la tierra (Tellus), la historia y la utopía (Saturno).

Recoge también una experiencia testimoniada en muchas culturas de Oriente y de Occidente: la creación del ser humano con barro de la tierra, modelado a partir del *humus*, que significa tierra fértil. De *humus* deriva su nombre: hombre, hijo e hija de la tierra fecunda (*humus*), como bien dice el relato. Algo semejante señalan los dos primeros capítulos del Génesis: Adán está hecho del barro de la tierra. La palabra hebrea que designa la tierra es *Adamah*. De *Adamah* viene Adán, que significa «hijo e hija de la tierra».

Esta fábula-mito pone de manifiesto también que el ser humano ¹¹⁰ puede ser interpretado sólo a partir de la Tierra (Tellus). Éste posee algo del cielo, de lo divino Júpiter). Por eso, el relato cuenta que ese barro no permaneció inerte. Recibió de la divinidad el principio de vida, el espíritu. Sólo entonces es realmente ser humano completo. Júpiter, la divinidad suprema, es quien le infunde espiritualidad. Para comprenderlo mejor hmos de responder a estas preguntas: ¿quién es Júpiter?, ¿quién es Tellus?

> 3. La dimensión de Cielo: Júpiter

Júpiter es la divinidad central de la religión romana. Es el dios creador del cielo y de la tierra, de los dioses y de los seres humanos. Tal vez la etimología de la palabra Júpiter nos revele la experiencia que oculta su nombre. Tras la palabra Júpiter se esconde la partícula *fóu*) que proviene del sánscrito *dyew*, que significa «luz, brillo y claridad». *Piter*, presente en Júpiter, es la fórmula antigua de *pater*, «padre». Júpiter significa entonces «padre y señor de la luz». De la raíz sánscrita *dyew*, que se conserva en las lenguas griega, latina, germánica, celta y lituana, derivan «Dios» y «día». Dios, en este contexto, remite a una experiencia de luz. La luz, con su brillo y su calor, constituye una de las experiencias fontales de la psique; encarna el sentido y la alegría de vivir, de reconocer en la multitud el rostro de la persona amada, de contemplar el esplendor de la naturaleza y de las estrellas, de identificar un camino y de huir de la angustia

de la oscuridad y del error. ¡Desearle a alguien «buenos días» significa, originariamente, desearle un buen dios y mucha luz en su camino. ¿Quién conserva, hoy en día, esa memoria? ¿agrada presente en una expresión tan trivial como «buenos días»?

Júpiter se manifestaba, en la vivencia religiosa de los romanos, a través del resplandor del día, y también por medio de los rayos, relámpagos y truenos en las tempestades (Júpiter tonante). En este contexto se produjo la identificación de Júpiter con Zeus, el mayor dios del panteón griego, pues poseía el mismo significado. El nombre Zeus viene también del sánscrito *dyeiv pitar*, o también *dyaus pitar*, que significa el padre del cielo luminoso y del día soleado.

La agricultura depende enormemente de la luz y de los fenómenos atmosféricos, como el frío y el calor, la lluvia y el viento. Por eso Júpiter era venerado como el protector y el promotor de la agricultura. Tanto ayer como hoy, de la agricultura provienen los alimentos para la vida. Júpiter está relacionado con la producción y reproducción del misterio de la vida. Y por eso era venerado como la divinidad central.

Como representaba al dios supremo, los emperadores romanos se ponían bajo su protección. O incluso pretendían representar su poder, su justicia, su derecho. Algunos, como Augusto (63 a.C.-14 d.C.) e, irónicamente, Nerón (37-68), se consideraban la encarnación del dios Júpiter.

Cuando Júpiter aparece en la fábula-mito, es presentado como el creador y dador de vida y de espíritu. Él representa la plenitud de la divinidad, o sea, de la dimensión trascendente de la realidad.

\ 4. La dimensión de Tierra: Tellus/Terra %

En la fábula-mito de Higino adquiere especial importancia la diosa Tellus/Tierra. En todas las culturas, y también en la tradición greco-romana, la Tierra constituye uno de los mitos centrales. Recibe muchos nombres: Gaia/VTellus, Deméter/Ceres, Hestia/Vesta, como expondremos más adelante.

Es importante, antes de nada, constatar que en los más antiguos testimonios del periodo paleolítico, cuando regía el matriarcado*, por tanto, hace más de 400 siglos, se representaba el universo como una gran madre, *Mater Mundi*. Ella, por sí misma y sin concurso de nadie, lo engendraba todo: los cielos, los dioses, los seres humanos y todos los demás entes de la naturaleza. La cabeza de este organismo vivo estaba representada por el cielo estrellado; el torso, por la tierra donde se encuentra la vida humana; y la parte inferior, por el *anus mundi* (el ano del mundo), el lugar del infierno.

En una etapa posterior, bajo la égida del patriarcado, a partir del neolítico, por tanto, hace 10.000 años, se elabora una representación más reducida. Ya no se percibe la Tierra como la realidad total, sino como una parte de la realidad junto con la otra, el Cielo. La Tierra representa la Gran Madre (*Magna Mater, Bona Mater*) aquí abajo, esposa del Gran Padre allá arriba en el cielo. Como toda madre humana, engendra, nutre, defiende y continuamente da vida. Siempre se contrapone a la otra parte del todo, al Padre del Cielo (*Pater Coelorum*). Pero del matrimonio entre el Cielo y la Tierra se originan todas las cosas. [El Cielo representa el principio masculino, el semen, la semilla y el elemento organizador. La Tierra, el principio femenino, el útero que recibe el semen, el elemento acogedor. Ambos, a su manera, son principios activos. |

Tres figuras mitológicas representaban, en el imaginario greco-romano que está en la base de nuestra cultura occidental, el misterio de la Tierra: en la versión griega, Gaia, Deméter y Hestia, y sus equivalentes romanos, Tellus, Ceres y Vesta. Estas figuras están relacionadas con experiencias nuestras actuales.

Gaia/Tellus (o también Gea, que deriva de la contracción entre *ge*, «tierra», y *ata*, «grande»), la Gran Madre, representaba el planeta Tierra como un todo vivo y productor de vida.

Deméter/Ceres representaba la parte cultivada de la Tierra. Aquí entra la colaboración humana con el trabajo y el arte del cultivo. Era la diosa de la siembra. De Ceres nos viene la palabra «cereales».

finalmente, Hestia/Vesta simbolizaba aquella parte de la

Tierra que reservamos y delimitamos para construir el hogar humano. En toda casa romana había, en el centro, un fuego que ardía día y noche. Era la señal de Hestia, de que en la casa había vida, comodidad y acogida.

\Gaia/Tellus, Deméter/Ceres y Hestia/Vesta eran las referencias afectivas a través de las cuales los griegos y los romanos elaboraban su ecología, es decir, su relación reverente con el medio ambiente. Todo estaba cargado de respeto y de veneración, pues veían las cosas no como simples seres inertes, sino llenos de irradiación y de significado. La Tierra, en sus diversas expresiones de Gran Madre, de tierra cultivada y de hogar, se percibía como un organismo vivo que no puede ser violado ni explotado, porque, en ese caso, se vengaría a través de tempestades, rayos, sequías, incendios, terremotos y volcanes. !

i El ser humano mantenía una relación de veneración y de temor frente a la Madre Tierra. ¡Ese sentimiento nunca se ha perdido del todo en la humanidad. Siempre ha habido espíritus sensibles a la magia y al encanto de la naturaleza, incluso en la época de la ciencia moderna, que ha desacralizado el mundo y lo ha reducido a un baúl de recursos que la tecnología puede explotar. Hoy en día, ese sentimiento resurge a partir de las llamadas ciencias de la Tierra, que también tienden a ver la Tierra cada vez más como Gaia, un superorganismo vivo, altamente organizado y con un equilibrio sutil, siempre frágil y siempre por rehacer. Esta es la teoría de Gaia, propuesta por el científico de la NASA James Lovelock como una nueva (en realidad, antigua) forma de ver la Tierra como un organismo vivo. A partir de datos científicos y empíricos, tanto este autor como otros quieren expresar lo mismo que expresaban los mitos originarios a través de la intuición y de la comunión: Ja Tierra está viva y produce todas las formas de vida.

En la fábula-mito de Higino la Tierra surge reivindicando su más alta ancestralidad. Ella proporcionó a Cuidado el material con el que modeló al ser humano, la arcilla. La diosa Tierra/Tellus representa la dimensión-tierra, la perspectiva inmanente de la realidad.

5. *La dimensión de historia y de utopía: Saturno*

Finalmente, para poner término al conflicto entre Cielo (Júpiter) y Tierra (Tellus), se convoca a Saturno. ¿Quién es? ¿Por qué precisamente Saturno y no otro dios? ¿No es Júpiter el dios supremo? Se supone que Saturno está por encima del mismo Júpiter, pues debe mediar en la disputa en la que éste se ha metido. En efecto, así es, como veremos más adelante.

El mito de Saturno es uno de los más complejos de la mitología antigua. En él se funden y se sobreponen muchas vertientes mitológicas itálicas, etruscas, griegas, órfico-pitagóricas y romanas. Esta complejidad revela su profundo significado para la comprensión de la vida humana. Aquí resaltamos sólo aquellos aspectos que tienen relación con la fábula-mito de Higino.

Una primera indicación de su significado original procede del propio nombre Saturno. Viene de *satus*, que significa «sembrado», del verbo *serere*, «sembrar» y «plantar». Saturno es el dios de la siembra y de la agricultura, dios típicamente itálico y mediterráneo. Su importancia se refleja en la mayor de todas las fiestas romanas, las Saturnales. Eran un verdadero carnaval. Todo se detenía: los trabajos, las escuelas, los tribunales y la aplicación de las penas. Lo que normalmente estaba prohibido el resto de los días, en la semana de los Saturnales estaba permitido. En estas fiestas se invertían los papeles: los esclavos se vestían de señores, y éstos les servían. Comiendo, bebiendo, bailando y cantando se organizaban desfiles carnavalescos bajo la dirección del *Rey Saturnal* (*princeps saturnalicus*), auténtica caricatura de rey elegido cada año.

¹Se anticipaba, así, la gran utopía política de la humanidad: el encuentro, a través de la fiesta y del inconsciente colectivo, con el mito de la edad de oro y del paraíso perdido. Según ese mito, originalmente no había clases, ni leyes, ni crímenes, ni cárceles; todos vivían en plena libertad, en justicia, en paz, en superabundancia y en alegría como hermanos y hermanas en la misma casa. Esa memoria feliz nunca se ha perdido en la conciencia de la humanidad; perdura hasta ahora como algo proyri lado en el pasado, que hay que rescatar, o como algo proyec-

tado en el futuro, que hay que construir. Esa utopía pone en marcha movimientos, crea ideologías y alimenta el imaginario de los seres humanos, que no se cansan de soñar con un futuro reconciliado e integrado de la sociedad humana. La sociedad y sus ciudadanos no pueden vivir sin una utopía. De lo contrario, caen víctimas de mezquinos representantes del poder, del que se sirven en beneficio propio, sin preocuparse del bienestar de todos. El dios Saturno encarnaba todos esos valores. Y eran celebrados en una fiesta que conmemoraba la edad de oro. Los carnavales modernos, especialmente en Brasil, mantienen aún esa antigua memoria.

A causa de estas fiestas, el dios Saturno de los romanos fue identificado de manera sincrética con el dios Crono de los griegos. Crono era el dios antiguo, de la utopía originaria de la sociedad feliz. También se celebraban fiestas en honor a Crono con el mismo sentido de recuperación de la edad de oro, de libertad, de igualdad fraterna y de inversión de papeles. Eran las *Cronia*, equivalentes a las fiestas Saturnales. Crono/Saturno era el dios antiguo, anterior a Júpiter; fue el primer rey de los dioses, señor del cielo y de la tierra. Reinaba en las islas Fortuna. Allí vivían los bienaventurados en un reino de paz, de justicia, de jovialidad y de abundancia: la edad de oro en la cual los ríos eran de leche y de néctar, donde la tierra lo producía todo sin el trabajo y sudor de los campesinos. El poeta romano Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) cantó esa edad de oro como «la primavera eterna, en la que los vientos, con su aliento suave, acariciaban las flores nacidas sin necesidad de semilla».

^El mito de la edad de oro, presidida por Crono/Saturno, representa la mayor utopía, el ideal de una humanidad socialmente integrada.^ Como tal, fue asumida por el filósofo Platón en su comprensión de la política y de las leyes. En opinión de Platón, solamente seres superiores y divinos como Crono/Saturno podían evitar el despotismo inherente a los hombres que detentan el poder y garantizar la felicidad de la especie humana. Crono/Saturno es el arquetipo del gobernante sabio, del legislador justo y del rey magnánimo.

Después de Crono/Saturno, vino la separación entre los dio-

ses y diosas en el Cielo y los seres humanos en la Tierra, el orden social jerarquizado; surgieron las clases, la lucha por el poder y la historia se vio agitada por la alternancia de tiempos de paz y de guerra: la edad del hierro y del bronce.

La condición ancestral de Crono/Saturno le situaba al margen de la competencia con Júpiter/Zeus. Debido a ese título de dios antiguo, sabio y justo, el dios del tiempo y de la utopía, reinando más allá de cualquier conflicto, en la edad de oro, fue convocado para dirimir la polémica entre la Tierra (Tellus) y el Cielo (Júpiter) acerca del nombre que se le había de dar al ser humano.

Posiblemente en la fábula-mito del cuidado esencial resuena otro elemento: la identificación de Crono/Saturno con el tiempo. De hecho, Chronos con «Ch» significa tiempo en griego. Esa similitud de las palabras Crono y Chronos hizo que el dios Crono encarnara el tiempo. El dios Crono/Saturno asume, entonces, el papel que posee el tiempo: lo crea todo, lo siega todo con su guadaña, lo devora todo; todo le está sometido; es soberano sobre el destino de las personas. Esto significa que el ser humano se encuentra atrapado en las redes del tiempo; está asentado en el tiempo; es un ser histórico que tiene pasado, presente y futuro, y que construye su identidad a lo largo del tiempo, animado por una utopía de integración, la edad de oro.]

El ser humano es, a la vez, utópico e histórico-temporal. Lleva en sí mismo la dimensión Saturno, junto con el impulso hacia el cielo, hacia la transcendencia, hacia el vuelo del águila (Júpiter). En él se manifiesta también el peso de la tierra, de la constancia, el escarbar de la gallina (Tellus). A través del cuidado mantiene esas polaridades unidas y las convierte en material de construcción de su existencia en el mundo y en la historia. Por eso el cuidado es cuidado esencial. Veamos más detalladamente sus diversas dimensiones.

Bibliografía

- Kaklus, H., *Leudas dos índios brasileiros*, Sao Paulo, Brasiliense, 1946.
 Holrn, J. S., *Las diosas de cada mujer*, Kairós, Barcelona, 1993.

- Brandão, J. de Souza, *Dicionário mítico-etimológico da mitologia grega*, Vozes, Petrópolis, 1991.
- Brandão, J. de Souza, *Dicionário mítico-etimológico da mitologia e da religião romana*, Vozes-Editora da Universidade de Br-sília, 1993.
- Brandão, J. de Souza, *Mitologia grega I-III*, Petrópolis, Vozes, 1995.
- Campbell, J., *Las máscaras de Dios. Obra completa*, Alianza, Madrid, 4 vols., 1999.
- Cirlot, J. E., *Diccionario de símbolos*, Siruela, Madrid, 2001.
- Costa e Silva, *Leudas do índio brasileiro*, A. Vianna, Rio de Janeiro, 1957.
- Falcón Martínez, C., Fernández-Galiano, E. y López Melero, R., *Diccionario de la mitología clásica*, Alianza, Madrid, 2000, 2 vols.
- Jaeger, W., *Paideia: los ideales de la cultura griega*, FCE, Madrid, 1990.
- Lesky, A., *La tragedia griega*, El Acantilado, Madrid, 2001.
- Pearson, C. S., *El héroe interior*, Mirach, Villaviciosa de Odón, 1991.

DIMENSIONES DEL CUIDADO

Después de haber recogido los datos más seguros acerca de los personajes de la fábula-mito del cuidado, y de haber descifrado lo que se oculta tras ellos, conviene ahora que los analicemos desde una perspectiva existencial. ¿Qué se esconde, en términos de experiencia de vida y de sentido, detrás de las figuras de Júpiter, Tierra y Saturno?

(Ya lo hemos insinuado anteriormente, pero ahora vamos a intentar precisar su contenido con más detalle. No se trata de seres autónomos como si existieran independientemente de nosotros. Sólo existen como metáforas que expresan dimensiones profundas de lo humano, difíciles de traducir a un simple lenguaje conceptual.

También se les considera centros energético-espirituales o arquetipos seminales que estructuran la vida en su realización histórico-social.

Otros prefieren decir que son concentraciones privilegiadas del Espíritu universal. Éste llena el universo de racionalidad y finalidad, y hace de nosotros, los humanos, órganos de su aparición y comunicación en el tiempo.

Sea como fuere, digamos desde el inicio que esas energías espirituales, esas condensaciones de la profundidad humana, esos arquetipos ancestrales, por muy metafóricos que sean, nunca pierden su conexión con cierto contenido histórico-social.

o ————— f

tica. A decir verdad, son las dos cosas. Estas realidades hunden sus raíces en las experiencias ancestrales, comunitarias y sociopolíticas de la humanidad. Ahí se han formado y se han estructurado. Y se han depositado en el inconsciente colectivo en el que viven. Por otro lado, se actualizan continuamente en la medida en que se enfrentan a realidades históricas nuevas. Forman una síntesis entre la arqueología exterior (objetividad relacionada) y la arqueología interior (subjetividad revinculada). De ahí deriva su importante significado interpretativo y crítico para los días actuales.

En términos concretos y no figurativos: ¿qué queremos decir cuando hablamos de Júpiter, la Tierra y Saturno?

¹ 1. *Tierra: la dimensión material y terrenal de la existencia j*

^Consideramos, en primer lugar, la Tierra. El ser humano, en las diversas culturas y fases históricas, ha ido formulando esta intuición: pertenecemos a la Tierra; somos» hijos e hijas de la Tierra; somos Tierra. Por eso «hombre» viene de *humus*. \Hemos salido de la Tierra y a ella volveremos. La Tierra no está frente a nosotros como algo distinto de nosotros mismos. Tenemos Tierra en nuestros adentros. Somos la misma Tierra que en su evolución ha alcanzado la fase del sentimiento, de la comprensión, de la voluntad, de la responsabilidad y de la veneración. En una palabra: (somos la Tierra en su momento de autorrealización y de autoconciencia.j

\s pues, inicialmente no existe distancia entre nosotros y la Tierra^Formamos una misma realidad compleja, diversa y única. Así lo afirmaron algunos astronautas, los primeros en contemplar la Tierra desde fuera. Lo dijeron enfáticamente: desde la Luna o desde nuestra nave espacial no notamos diferencia entre Tierra y humanidad, entre negros y blancos, demócratas o socialistas, ricos y pobres, jHumanidad y Tierra formamos una

única realidad espléndida, reluciente y, a la vez, frágil y llena de vigor. Esa percepción no es ilusoria. Es radicalmente cierta.

Dicho en términos de la cosmología moderna: estamos formados por las mismas energías, por los mismos elementos físico-químicos, dentro de la misma red de relaciones de todo con todo que actúa desde hace 15.000 millones de años, desde que el universo, en medio de una inconmensurable inestabilidad (*big bang* = explosión y expansión), surgió en la forma en que hoy lo conocemos. Al conocer un poco esta historia del universo y de la Tierra, nos estamos conociendo a nosotros mismos y también nuestra condición ancestral.

\a) El teatro cósmico 1

Cinco grandes actos estructuran la obra del gran teatro universal, en el que trabajamos como actores.

¡El primer acto es el *cósmico*-, ¡el universo, aún en proceso de expansión, irrumpe en el escenario; en la medida en que se expande, se autocrea y se diversifica. Nosotros estábamos ahí, en las posibilidades contenidas en ese proceso.

El segundo acto es el *químico*-, en el seno de las grandes estrellas rojas, los primeros cuerpos en densificarse, se formaron, hace al menos 10.000 millones de años, todos los elementos que hoy constituyen cada uno de los seres, como el oxígeno, el carbono, el silicio, el nitrógeno y otros. Con la explosión, esos elementos se dispersaron por todo el espacio y constituyeron las galaxias, las estrellas, la Tierra, los planetas y los satélites de la actual fase del universo. Y esos elementos químicos circulan por todo nuestro cuerpo, sangre y cerebro.

El tercer acto es el *biológico*-, de la materia que va haciéndose más compleja, y plegándose sobre sí misma, en un proceso llamado *autopoiesis** (autocreación y autoorganización), hace 3.800 millones de años surgió la vida en todas sus formas; en muchas ocasiones se ha visto diezmada, pero siempre ha sobrevivido y ha llegado a nosotros en su inconmensurable diversidad.

El cuarto acto es el *humano*, un capítulo de la historia de la vul.i. El principio de complejidad y de autocreación encuentra

en los seres humanos inmensas posibilidades de expansión. «La vida humana floreció en África hace unos 10 millones de años. Desde ahí, se difundió por todos los continentes hasta conquistar los confines más remotos de la Tierra. Ha dado muestras de una gran flexibilidad; se ha adaptado a todos los ecosistemas, desde los más gélidos en los polos, hasta los más tórridos en los trópicos, en el suelo, en el subsuelo, en el aire y fuera de nuestro Planeta, en las naves espaciales y en la Luna. Ha sometido las demás especies, a excepción de la mayoría de los virus y de las bacterias. Todo esto ha constituido el peligroso triunfo de la especie *Homo sapiens y demens*».]

Finalmente, el quinto acto de esta inmensa representación es e\ (planetario)\ \3. humanidad que estaba dispersa está volviendo a la casa común, al planeta Tierra. Se descubre a sí misma como humanidad, con el mismo origen y el mismo destino que todos los demás seres y que la Tierra. Se experimenta como la mente consciente de la Tierra, como un sujeto colectivo, más allá de las distintas culturas particulares y de los diferentes estados-naciones. Gracias a los medios de comunicación global, a la interdependencia de todos con todos, está inaugurando la fase planetaria, una nueva etapa de su *evolución*. A partir de ahora, la historia será la historia de la especie *Homo*, de la humanidad unificada e interconectada con todo y con todos.

\Sólo podemos entender al «ser humano-Tierra» en relación con todo ese proceso universal; en él, los elementos materiales y las energías sutiles aunaron esfuerzos para que fuera gestándose lentamente y, finalmente, pudiera nacer]"

Desde luego, no somos el único planeta con vida en nuestra galaxia. Se cree que en el universo deben de existir algunos millones de planetas en condiciones de tener vida y de estar vivos. Más aún, probablemente somos sólo un universo junto a otros innumerables universos. [Estaríamos ante un pluriverso en vez de ante un universo. No estaríamos solos. /

Sin embargo, el hecho de que seamos inteligentes implica la convergencia de ciertas condiciones particulares sin las cuales no estallamos aquí hablando de todo esto. Incluso la aparición de la vida exige la intervención de ciertos elementos relativa

mente pesados como el carbono, el oxígeno, el nitrógeno y el silicio. Ahora bien, esos elementos como tales no existían en el caldo cósmico primordial; estaban ahí sólo potencialmente. Sólo los elementos ligeros, como el hidrógeno y el helio, fueron sintetizados en el universo originario. Los demás tuvieron que esperar miles de millones de años, hasta que aparecieran las grandes estrellas rojas, en el seno de las cuales se formaron. Pero no todos los planetas conservaron los elementos necesarios para la aparición de la vida. Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, por ejemplo, están constituidos, fundamentalmente, por hidrógeno y helio, y por lo tanto no son adecuados para el tipo de vida que conocemos.

\jLa Tierra, en este contexto, presenta unas características sorprendentes. Tiene una iluminación solar ni demasiado débil, como Marte, ni demasiado fuerte, como Venus y Mercurio. Es el único planeta que posee una gran cantidad de agua líquida. Su temperatura y ritmos de evolución son regulares y cuenta con suficiente estabilidad como para conservar el agua en estado líquido, lo que propicia condiciones excelentes para la aparición de seres complejos y vivos. Si la Tierra tuviera una órbita demasiado elíptica que nos apartara y nos aproximara periódicamente al Sol, o si perteneciera a una estrella doble, esto dificultaría o incluso haría imposible la existencia de la vida en este planeta.

La existencia de Gaia" y nuestra propia vida están vinculadas innegablemente al hecho de que pertenecemos a un sistema planetario cuya estrella, el Sol, tiene una luminosidad media; que está a 150 millones de kilómetros de distancia de la Tierra, situado en la periferia de una galaxia espiral media. El tipo de biosfera existente, así como la estructuración biológica que se observa en los ecosistemas, sólo pueden desarrollarse bajo determinadas condiciones. Esto significa, concretamente, que nosotros, como Tierra o como personas humanas, aun situados en un rincón insignificante de nuestro sistema galáctico y universal, estamos relacionados con el todo. El todo conspiró para que existiéramos y para que hayamos llegado hasta aquí.

b) ¿Qué significa ser Tierra?

¿Qué significa concretamente, al margen de nuestra ancestralidad, nuestra dimensión Tellus-Tierra?

En primer lugar, significa que tenemos elementos-Tierra en el cuerpo, en la sangre, en el corazón, en la mente y en el espíritu. De esta constatación resulta la conciencia de profunda unidad.

En un segundo momento, podemos «pensar la Tierra». Ahora sí, nos alejamos de ella para poder verla mejor. Ese alejamiento no rompe el cordón umbilical que nos une a ella. Haber olvidado nuestra unión con la Tierra dio origen al antropocentrismo, en la ilusión de que, por el hecho de poder «pensar la Tierra», podríamos con justa razón ponernos sobre ella para dominarla y disponer de ella a nuestro antojo.

Por sentirnos hijos e hijas de la Tierra, la experimentamos como Madre generosa, ¡La Tierra es un principio generativo. Representa lo femenino, que concibe, gesta y da a luz. Surge así el arquetipo de la Tierra como Gran Madre, Pacha Mama y Nana, ¡De la misma forma que lo engendra todo y da la vida, también lo recibe y acoge todo en su seno. Al morir, volvemos a la Madre Tierra. Regresamos a su útero generoso y fecundo. El *Feng Sbui**, la filosofía ecológica china que analizaremos más adelante, le reconoce a la muerte un grandioso sentido como unión al Tao, que se manifiesta en las energías de la naturaleza. Durante la vida podemos sintonizar de tal forma con el Tao y con los ritmos de la naturaleza que, en realidad, escapamos de la muerte definitiva; con la muerte cambiamos de estado para volver a vivir en el misterio profundo de la naturaleza, de donde todos los seres vienen y adonde todos vuelven.

(Sentir que somos Tierra nos hace estar con los pies en el suelo.¹ Nos hace desarrollar una nueva sensibilidad para con la Tierra, su frío y calor; con su fuerza, a veces amenazadora, a veces encantadora. Sentir la Tierra es sentir la lluvia en la piel, la brisa refrescante en la cara, el huracán impetuoso en todo el cuerpo. Sentir la Tierra es sentir la respiración hasta las entrañas, los olores que nos embriagan o nos dan asco. Sentir la

Tierra es sentir sus nichos ecológicos, captar el espíritu de cada lugar, insertarse en el lugar determinado en que se vive. Viviendo, habitando, nos hacemos en cierto modo prisioneros de un lugar, de una geografía, de un tipo de clima, de un régimen de lluvias y vientos, de una manera de morar, de trabajar y de hacer historia^ Ser Tierra es ser concreto, concretísimo. Configura nuestro límite. Pero también significa nuestra base firme, nuestro punto de contemplación del todo, la plataforma desde la que poder alzar el vuelo hacia más allá de este paisaje y de este pedazo de Tierra.

Finalmente, sentirse Tierra es sentirse dentro de una compleja comunidad con sus otros hijos e hijas."La Tierra no nos engendra sólo a nosotros, los seres humanos. Produce la multitud de microorganismos que componen el 90% de toda la red de la vida, produce los insectos que constituyen la biomasa más importante de la biodiversidad. Produce el agua, la capa verde con su infinita diversidad de plantas, flores y frutos. Produce la diversidad incontable de seres vivos, animales, pájaros y peces, nuestros compañeros dentro de la unidad sagrada de la vida, porque en todos están presentes los 20 aminoácidos que entran en la composición de la vida. A todos proporciona las condiciones de subsistencia, de evolución y de alimentación, en el suelo, en el subsuelo, en el agua y en el aire. Sentirse Tierra es zambullirse en la comunidad terrenal, en el mundo de los hermanos y hermanas, todos hijos e hijas de la gran y generosa Madre, la Tierra,!

En el paleolítico, la sensación de ser Tierra constituyó la experiencia-matriz de la humanidad y produjo una espiritualidad y una política^

En primer lugar, una espiritualidad. Empezando por África, hace algunos miles de años, especialmente a partir del Sahara cuando aún era una tierra verde, rica y fértil, pasando por toda la cuenca del Mediterráneo, por la India y por la China, predominaban las divinidades femeninas, la Gran Madre Negra y la Madre-Reina. Era una espiritualidad de profunda unión cósmica y de conexión orgánica con todos los elementos como expresiones del Todo.

Al lado de esta espiritualidad surgió, en segundo lugar, una política: las instituciones matriarcales". La mujer formaba el eje organizador de la sociedad y de la cultura. Surgieron sociedades sagradas, llenas de reverencia, ternura y protección ante la vida. Todavía hoy conservamos el recuerdo de esta experiencia de la Tierra-Madre, en la forma de arquetipos y de una insaciable nostalgia de integración, inscrita en nuestros propios genes. Los arquetipos que llevamos dentro rememoran un pasado histórico real que forceja por ser rescatado y por adquirir vigencia en la vida actual. ¡

El ser humano necesita repetir esa experiencia espiritual de fusión orgánica con la Tierra, a fin de recuperar sus raíces y experimentar su propia identidad radical. También tiene que revivir la memoria política de lo femenino para que la dimensión de *anima* entre en la elaboración de políticas con más equidad entre los sexos y con mayor capacidad de integración.

2. Cielo: la dimensión espiritual y celestial de la existencia)

\ El Cielo está constituido por todo aquello que está por encima de nuestras cabezas: la Vía Láctea, infinidad de estrellas, las galaxias; en una palabra, el espacio profundo e infinito. Hasta hace poco, se creía que el cielo era inmutable y eterno. Hoy en día, con la cantidad de observaciones astronómicas que se han ido reuniendo y gracias a la utilización de tecnologías e instrumentos cada vez más sofisticados, sabemos que el cielo tuvo un origen y que está en permanente expansión. Veamos rápidamente la historia del cielo, pues también es nuestra historia. Nuestra dimensión espiritual y trascendente está anclada en la experiencia de Cielo, ¡

La comunidad científica coincide al afirmar que todo, incluido el cielo, se originó a partir de una inmensa explosión (*big bang*), hace 15.000 millones de años. Inicialmente no había ni moléculas, ni átomos, ni protones, ni las cuatro interacciones fundamentales. Había un caldo amorfo, impreciso y concentradísimo, a una temperatura de unos 10.000 millones de grados.

Sin razón aparente, ese punto densísimo de energía y de materia originaria se hinchó y explotó. Produjo luz y calor de una intensidad inimaginable. Los elementos primordiales salieron disparados en todas direcciones. No había ningún espacio dentro del cual ocurriera la expansión; el espacio y el tiempo surgieron con la gran explosión, ya que fue la expansión la que los creó.

Junto con el proceso de expansión, también tuvo lugar un enfriamiento progresivo. En la medida en que todo se expandía, se fueron creando diversas clases de seres y se establecieron entre ellos relaciones cada vez más complejas e interiorizadas.

Aún hoy se puede captar el eco de aquella explosión primordial. Nos llegan ondas de radio milimétricas (3 grados Kelvin, unos 270 grados Celsius bajo cero), uniformemente, de todas partes del universo. Es un fósil de una luminosidad pálida que nos recuerda el inicio de nuestro universo, hace 15.000 millones de años. El enfriamiento del universo puede ser medido científicamente, y actualmente su temperatura es de tres grados absolutos, o sea, -270 grados Celsius.

\ Misteriosamente, sólo las cuatro fuerzas primordiales (la gravedad, el electromagnetismo, la fuerza nuclear débil y la fuerte) permanecen inalterables! Actúan siempre sinérgicamente y articuladas entre sí. De haber habido pequeñísimas alteraciones, la materia inicial se habría dispersado y nunca habrían existido las galaxias y las estrellas. O continuaría el caos inicial y nunca habrían surgido las complejas clases de seres que conocemos, nosotros tampoco existiríamos.

Todo indica que el universo es consciente y tiene un objetivo. Si pretendía engendrar armonía, la diversidad de la vida y seres con sensibilidad, inteligencia y capacidad de amar como nosotros los humanos, el curso que siguió es exactamente el que tenía que seguir.

¿Qué son estas cuatro interacciones inmutables, ordenadoras de todo el movimiento universal, del proceso de evolución y de nuestro propio equilibrio vital? No lo sabemos. La ciencia guarda un reverente silencio. Pero la razón simbólica sospecha y cree que ahí se encuentra la presencia del Gran Espíritu, de Dios Creador en continua actividad. Él expresa su Grandeza, revela su

Sabiduría y demuestra su Amor en el todo y en cada una de las partes a través de la interacción conjugada de estas cuatro fuerzas fundamentales, verdaderas leyes de la naturaleza. Si conocemos las leyes, ¿por qué no reconocer la existencia de un supremo Legislador?

Cuando nos referimos al Cielo, representamos toda esa incommensurable y misteriosa realidad que excede nuestras capacidades y está más allá de nuestras posibilidades de alcanzarla. Y, sin embargo, siempre queremos llegar allá. Nuestro deseo quiere atravesar los espacios infinitos y alcanzar los confines del Cielo. Seguramente es así porque conservamos la memoria ancestral de nuestro origen celeste. A pesar de estar arraigados en el planeta Tierra, tenemos la mente anclada en el Cielo.

Tenemos el Cielo dentro de nosotros.[^]El Cielo representa la dimensión celestial, la transcendencia del ser humano. Su capacidad de ir más allá de los límites de la Tierra. Su esfuerzo incansable por subir cada vez más alto. También puede interpretarse como la aparición del principio masculino, ordenador, que abre nuevos horizontes, errante e insaciable frente a todo lo que está al alcance de su mano⁷³

Esa experiencia uránica (Cielo) también engendró, a semejanza de la experiencia telúrica (Tierra), una espiritualidad y una política. Una espiritualidad de ruptura con las raíces, de apertura infinita, de búsqueda continua de nuevas perspectivas. Esa espiritualidad, en su forma extrema, se estructura en el dualismo: Cielo-Tierra, arriba-abajo, este mundo-otro mundo, deseo-realización. Es propio de lo masculino hacer esta separación y vivir este dualismo}} La dualidad existe y revela la complejidad de lo real. El dualismo es diferente de la dualidad. El dualismo considera las cosas separadas, mientras que la dualidad las ve juntas como dimensiones de la misma y única realidad. [La razón instrumental-analítica supone esta separación dualista. Establece una división, en última instancia falsa, entre el sujeto y el objeto, el yo y el mundo, lo femenino y lo masculino. Intenta convertirlo todo en objeto de deseo, de conquista, de posesión y de apropiación. Entra en conflicto con la experiencia telúrica de conexión vital de todo con todo, dentro del gran Todo.

A partir del neolítico empezaron a predominar los valores de lo masculino, fundando una nueva política. Los hombres asumieron la hegemonía de la sociedad. Instauraron el patriarcado con el sometimiento de la mujer y la dominación de la naturaleza. La pérdida de la «re-ligación» de todo con todo es fruto de la cultura patriarcal, que no supo integrar las anteriores aportaciones del matriarcado. Esa pérdida está en la base de nuestras principales instituciones políticas y religiosas actuales, y muestra sus peligrosos límites en el descuido con el planeta Tierra, en la falta de cuidado con la vida en todas sus formas y en el aumento de los conflictos en las relaciones sociales, j

¿Cómo buscar una síntesis entre la dimensión Cielo (Júpiter) y la dimensión Tierra (Tellus)? ¿Cómo articular el arraigo en nuestra casa común, la Tierra, con nuestro deseo insaciable de infinito, de Cielo? Esta es la tensión axial del ser humano, el desafío antropológico radical. La evocación de Saturno nos señalará un camino.

*Historia y utopía: la condición humana fundamental *

Ta figura mitológica de Saturno representa el arquetipo de la síntesis, la edad de oro, la realización de la utopía de los redimidos y liberados en el hogar y en la patria de la plena identidad. En el reino de Saturno, convivían dioses y hombres/mujeres en total y perfecta integración; en un ambiente de justicia, de dicha y de paz inalterable. Es una utopía. (¿Pero sólo utopía?

1 Lo que constatamos es que el ser humano y la sociedad no pueden vivir sin una utopía. Es decir, no pueden dejar de proyectar sus mejores sueños ni desistir de buscarlos día tras día. Si no hubiera utopías, imperarían los intereses menores. Todos estarían revolcándose en el lodo de una historia sin esperanza, porque ésta estaría siempre dominada por los más Inertes. En cambio, la dimensión-Saturno, la utopía, destila siempre nuevas perspectivas y fundamenta continuamente mil i.i/oncs para luchar y para buscar formas mejores de convív tu i.i.j La utopía es la presencia de la dimensión-Cielo dentro

de la dimensión-Tierra en los límites estrechos de la existencia personal y colectiva.]

[Sin embargo, la utopía no puede ser pura quimera. Si fuera así, se transformaría en pura fantasía y en huida irresponsable de la realidad'!. Debe realizarse en un proceso histórico que intente dar cuerpo al sueño y construir uno a uno los mil pasos que el camino exige. La historia exige tiempo, paciencia, espera, superación de obstáculos y trabajo de construcción. Es la dimensión de Tierra que plantea sus exigencias a la existencia humana.

[El ser humano vive entre la utopía y la historia.] Está en el punto en que ambas se encuentran. No sin razón, Saturno expresaba también la vigencia del tiempo con su soberanía. El ser humano construye su existencia en el tiempo. Necesita tiempo para crecer, aprender, madurar, adquirir sabiduría e incluso para morir. En el tiempo, vive la tensión entre la utopía que le anima a mirar siempre hacia arriba y hacia delante, y la historia real que le obliga a buscar mediaciones, a dar pasos concretos y a mirar con atención el camino, fijándose en su dirección, en sus bifurcaciones y obstáculos, en sus trampas y sus posibilidades.

\ En la historia, construida con la fuerza de la utopía, se elabora la síntesis entre las exigencias de la Tierra y los imperativos del Cielo. En la historia, surge la oportunidad de una experiencia total de conexión con el Todo (principio femenino) y al mismo tiempo de continua apertura hacia el infinito (principio masculino).(En última instancia, somos un proyecto infinito. Y el infinito desequilibra cualquier síntesis. Nos obliga a comprender nuestra condición de sistema abierto, siempre dispuesto a incorporar nuevas realidades y a llevar a cabo nuevas síntesis.

¿Cómo hacer posible esa síntesis entre Cielo-Tierra/utopía-historia? ¿Cómo mantenerla viva, fecunda y siempre atractiva? Es aquí donde invocamos el cuidado. La fábula-mito de Higino nos enseña, por medio de las palabras del dios Saturno, que el cuidado acompaña al ser humano mientras peregrina por el tiempo. [Él cuidado es el camino histórico-utópico de la síntesis posible para nuestra finitud. Por eso es el *ethos** fundamental, la clave descifradora de lo humano y de sus virtualidades, j

Bibliografía

- Atlan, H., *Entre el cristal y el humo*, Debate, Madrid, 1990.
- Barrow, J. D., *Teorías del todo. Hacia una explicación fundamental del universo*, Crítica, Barcelona, 1994.
- Boff, L., «Una cosmovisión ecológica», en *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid, 32002.
- Boff, L., *Ética planetaria desde el Gran Sur*, Trotta, Madrid, 2001.
- Bohm, D., *Ciencia, orden y creatividad: las raíces creativas de la ciencia y de la vida*, Kairós, Barcelona, 1988.
- Bohr, N., *Física atómica y conocimiento humano*, Aguilar, Madrid, 1964.
- Capra, F., *Punto crucial*, RBA, Barcelona, 1986.
- Capra, F., *La trama de la vida: una nueva perspectiva de los sistemas vivos*, Anagrama, Barcelona, 1998.
- Davies, P., *Dios y la nueva física*, Salvat, Barcelona, 1994.
- Einstein, A., *Mi visión del mundo*, Tusquets, Barcelona, 1985.
- Frei Betto, *La obra del artista: una visión holística del universo*, Trotta, Madrid, 21999.
- Gleick, J., *Caos: la creación de una nueva ciencia*, Seix Barral, Barcelona, 1998.
- Gribbin, J. A., *En busca del Big Bang*, Pirámide, Madrid, 1989.
- Guth, A. H., *El universo inflacionario: la búsqueda de una nueva teoría sobre los orígenes del cosmos*, Debate, Madrid, 1999.
- Hawking, S., *Historia del tiempo*, Crítica, Barcelona, 1992.
- Laborit, H., *Dios no juega a los dados*, Laia, Barcelona, 1989.
- Lewin, R., *Complejidad: el caos como orden generador de orden*, Tusquets, Barcelona, 1995.
- Longair, M., *Los orígenes del universo*, Alianza, Madrid, 1992.
- Lovelock, J., *Gaia, una nueva visión de la vida sobre la Tierra*, Orbis, Barcelona, 1987.
- Maturana, H. y Varela, F., *El árbol del conocimiento*, Debate, Madrid, 1996.
- Monod, J., *El azar y la necesidad*, Tusquets, Barcelona, 1989.
- Mouráo, R. R. de Freitas, *Ecología cósmica. Urna visao cósmica da ecología*, Francisco Alves, Rio de Janeiro, 1992.
- Hueves, H. et alii, *La más bella historia del mundo. Los secretos de nuestros orígenes*, Andrés Bello, Barcelona, 1997.
- Sagan, C., *Cosmos*, Origen, Barcelona, 1992.
- Nagan, C., *Un punto azul pálido*, Planeta, Barcelona, 1995.
- Sagan, C., *Miles de millones*, Suma de Letras, Madrid, 2000.
- Silam, A., *La unificación de las fuerzas fundamentales*, Gedisa, Barcelona, 1991.
- Weinberg, S., *Los tres primeros minutos del universo*, Alianza, Madrid, 1996.

NATURALEZA DEL CUIDADO

Acabamos de presentar la estructura de las experiencias humanas axiales que se ocultan tras la fábula-mito de Higino*, con sus respectivos conceptos básicos. Hemos dejado a un lado la figura del cuidado. Ahora es el momento de analizar su naturaleza. Higino no considera el cuidado como una divinidad, sino como personificación de un «modo-de-ser» fundamental. Personificación equivale aquí a divinización en el sentido que hemos dado a las divinidades mitológicas, pues expresan dimensiones radicales de lo humano.

¡En primer lugar^ vamos a describir la fenomenología del cuidado. Por fenomenología entendemos el modo en que cualquier realidad –en nuestro caso, el cuidado– se convierte en un fenómeno para nuestra conciencia, se muestra en nuestra experiencia y se amolda a nuestra práctica. En este sentido, no se trata de pensar y hablar *sobre* el cuidado como objeto independiente de nosotros. Sino de pensar y hablar *a partir* del cuidado tal como se vive y se estructura en nosotros mismos. ¡No *tenemos* cuidado. *Somos* cuidado. Es decir, el cuidado posee una dimensión ontológica* que entra en la constitución del ser humano. Es un «modo-de-ser» característico del hombre y de la niujerASin cuidado dejamos de ser humanos^

lili ¡!l ser y el tiempo, Martin Heidegger (1889-1976), el filósofo del cuidado por excelencia, mostró que realidades tan

fundamentales como el querer y el desear hunden sus raíces en el cuidado esencial. Sólo a partir de la dimensión del cuidado emergen como realizaciones de lo humano.; El cuidado es una estructura ontológica que está siempre en la base de todo lo que el ser humano emprende, proyecta y hace; el cuidado suministra preliminarmente el suelo en el que se mueve toda interpretación del ser humano. Por «estructura ontológica», Heidegger entiende aquello que entra en la definición esencial del ser humano y configura su actividad. Cuando da a entender que el cuidado es el suelo en el que se mueve toda interpretación del ser humano, está afirmando que el cuidado es el fundamento de cualquier interpretación del ser humano. Si no nos basamos en el cuidado no lograremos comprender al ser humano. Es lo que hemos venido diciendo a lo largo y a lo ancho de toda nuestra reflexión y que ahora vamos a desarrollar, j

1. *La etimología de la palabra «cuidado»*

Tal vez una primera aproximación al significado central del término «cuidado» se encuentre en su etimología. Como nos advierten los filósofos, las palabras están preñadas de significados existenciales. En ellas, los seres humanos han acumulado innumerables experiencias, positivas y negativas, experiencias de búsqueda, de encuentro, de certeza, de perplejidad y de inmersión en el Ser. Tenemos que extraer de las palabras su riqueza escondida. Normalmente, las palabras nacen dentro de un nicho de sentido originario y a partir de ahí se desarrollan otros significados afines. Así parece haber ocurrido con el origen de la palabra «cuidado».

[Según los diccionarios etimológicos clásicos¹, el término «cuidado» derivaría del latino *cura*. Esta palabra es un sinónimo

1. Para la filología de la palabra cuidado, es útil consultar las siguientes fuentes: *Cura*, en *Thesaurus Linguae Latinae*, vol. 4, Leipzig, 1909, col. 145 I 1476; Paulys, *Realencyclopaedie der classischen Altertumswissenschaft*, vol. K, Stuttgart, 1901, col. 1773; A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire Ethymologique*

erudito de cuidado, es la que se emplea en la traducción de *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger. En su forma más antigua, *cura* en latín se escribía *coera*, y era utilizada en un contexto de relaciones de amor y de amistad. Expresaba la actitud de cuidado, de desvelo, de inquietud y de preocupación por la persona amada o por un objeto con valor sentimental! j

\Según otros, el término «cuidado» derivaría de *cogitare-cogitatus*, que se corrompe en las formas de *coyedar*, *coidar*, *cuidar*. El sentido de *cogitare-cogitatus* es el mismo que el de «cura»: cogitar, pensar, poner atención, mostrar interés, manifestar una actitud de desvelo y de preocupación! El cuidado sólo surge cuando la existencia de alguien tiene importancia para mí. Paso entonces a dedicarme a él; me dispongo a participar de su destino, de sus búsquedas, de sus sufrimientos y de sus éxitos, en definitiva, de su vida.\«Cuidado» significa, entonces, desvelo, solicitud, diligencia, celo, atención, delicadeza^Como decíamos, estamos frente a una actitud fundamental, un «modo-de-ser» mediante el cual la persona sale de sí y se centra en el otro con desvelo y solicitud. En las lenguas latinas, tenemos la expresión «cura de almas» para referirnos al sacerdote o al pastor cuya misión consiste en cuidar del bien espiritual de la gente y acompañarla en su trayectoria religiosa. Esta tarea se lleva a cabo con cuidado y *esprit de finesse*, como corresponde a las cosas espirituales.

La actitud de cuidado puede provocar preocupación, inquietud y sentido de responsabilidad. Así, por ejemplo, decimos: «ese niño es todo mi cuidado (preocupación)». El padre Antonio Vieira, clásico de la lengua portuguesa, escribe: «éstos son, amigo, todos mis cuidados (mis inquietudes)». Un antiguo proverbio rezaba: «Quien tiene cuidados, no duerme». Los latinos utilizaban la expresión *dolor amoris* (dolor de amor) para expresar

/(• /,< I *aligue Laliñe*, Paris, 1939, 245-246; *cuidado*, Caldas Aulete, *Dicionário i 'ontmtlHmhwa ila Lincita Portuguesa*, Edigões Delta, Rio de Janeiro, 1985; AIII iioi NUM rutes, *Dicionário Etimológico resumido*, Instituto Nacional do Livro, Kiu 'I' Janeiro, 1966; AntAnio (jcnildo da Quilín, *Dicionário Etimológico ' IfiVil ' mil/t Ira thi I inulta l'inliinĩrsa*, Nov; i l'mnieira, Rio de Janeiro, 1991.

la atención, la inquietud y el cuidado para con la persona amada. O también: «dejé a mi hijo al cuidado del director de la escuela» (lo puse bajo su responsabilidad).

\ Por su propia naturaleza, el término «cuidado» incluye entonces dos significados básicos, íntimamente vinculados entre sí. El primero, la actitud de desvelo, de solicitud y de atención hacia el otro. El segundo, la actitud de preocupación y de inquietud, porque la persona que tiene cuidado se siente implicada y vinculada afectivamente al otro, j

Con razón, el gran poeta latino Horacio (65-8 a.C.) observó que «el cuidado es el permanente compañero del ser humano». Es decir, el cuidado siempre acompaña al ser humano porque éste nunca dejará de amar y de desvelarse por alguien (primer sentido), ni dejará de preocuparse y de inquietarse por la persona amada (segundo sentido). Si no fuera así, no se sentiría comprometido con ella y mostraría negligencia y dejadez con respecto a su vida y su destino. Finalmente, mostraría indiferencia, que es la muerte del amor y del cuidado.

I 2. Dos «modos-de-ser-en-el-mundo»: el trabajo y el cuidado

Los dos significados básicos que resultan del análisis etimológico nos confirman la idea de que el cuidado es más que un acto individual o que una virtud al lado de otras. Es un «modo-de-ser»; a saber, la forma en que la persona se estructura y realiza en el mundo con los otros. O, mejor aún: es un «modo-de-ser-en-el-mundo» que funda las relaciones que se establecen con todas las cosas.]

Cuando decimos «ser-en-el-mundo», no expresamos una determinación geográfica, como «estar en la naturaleza», junto a las plantas, los animales y otros seres humanos. Esto puede estar incluido, ^pero el significado de la expresión «ser-en-el-mundo» es más amplio. Significa una forma de ex-istir y de co-existir, de estar presente, de navegar por la realidad y de relacionarse con todas las cosas del mundo.; En esa co-existencia y con-vivencia, en esa navegación y en ese juego de relaciones, el

ser humano va construyendo su propio ser, su auto-conciencia y su propia identidad.

Fundamentalmente,¹ hay dos maneras básicas de «ser-en-el-mundo»: el trabajo y el cuidado; Aquí emerge el proceso de construcción de la realidad humana.

a) El «modo-de-ser-trabajo»

El «modo-de-ser-en-el-mundo» por medio del trabajo se da en la forma de inter-acción y de intervención. El ser humano no está biológicamente dormido con respecto a la naturaleza. Por el contrario, inter-actúa con ella, procura conocer sus leyes y sus ritmos, e interviene en ella para hacer que la vida sea más cómoda. Esto lo hace a través del trabajo. Mediante el trabajo construye su «hábitat», adapta el medio a sus deseos y ajusta sus deseos al medio. Con el trabajo prolonga la evolución e introduce realidades que, posiblemente, la evolución nunca acabaría produciendo, como un edificio, una ciudad, un automóvil, una red de comunicación por radio y televisión. Por medio del trabajo participa en la dirección del proceso evolutivo, haciendo que la naturaleza y la sociedad con sus organizaciones, sistemas y aparatos tecnológicos entren en simbiosis y co-evolucionen juntos./

En cierta forma, el trabajo está presente en el dinamismo de la misma naturaleza. Una planta o un animal también trabaja en la medida en que inter-actúa con el medio, intercambia informaciones, se muestra flexible y se adapta con vistas a la supervivencia. En el ser humano, sin embargo, el trabajo se convierte en «modo-de-ser» consciente y asume la condición de proyecto y estrategia con sus tácticas de modelado de sí mismo y de la naturaleza.

\ Primitivamente, el trabajo era más inter-acción que intervención, pues el ser humano trataba la naturaleza con veneración. Sólo utilizaba aquello que necesitaba para sobrevivir y hacer su existencia más segura y placentera,]

El proceso de intervención en la naturaleza empezó a partir del *Homo habilis*, hace entre 1,6 y 2 millones de años, cuando

se inventó la herramienta... Se convirtió f.n una constante a partir del *Homo sapiens*, del que descendemos directamente, hace unos 150.000 años. Y se instituyó como un proceso orgánico a partir del neolítico, hace unos 10.000 años, cuando el ser humano empezó a construir casas y poblaciones, y a domesticar plantas y animales, proceso que culminó con la tecnociencia de nuestros días.

\ Por medio del trabajo, los seres humanos crearon las culturas como proceso de transformación de sí mismos y de la naturaleza. Se abrió así el camino hacia las ansias de poder y de dominio sobre la naturaleza.[Estas ansias se vieron reforzadas cuando el hombre se sintió desafiado por los obstáculos que encontraba. Aumentó su agresividad y aguzó su ingenio y su habilidad. Empezó a utilizar la razón instrumental-analítica, que es más eficaz para intervenir con profundidad en la naturaleza. Este tipo de razón exige «objetividad», e impone un cierto distanciamiento de la realidad con el fin de estudiarla como un objeto, para acumular experiencias y adueñarse de ella.

\ Hay que insistir en que los «objetos» no son objetos en sí mismos. Es la razón la que los convierte en objetos, pues los aísla de su medio, los separa de otros compañeros de existencia y los utiliza para sus intereses. ¡La «objetividad» es una proyección de la razón. ¡Los llamados «objetos», en realidad, son sujetos que tienen historia, que acumulan e intercambian informaciones y que pertenecen a la comunidad cósmica y terrenal. I

En la medida en que ha avanzado en este afán objetivista y «cosificador», el ser humano ha ido creando los dispositivos que le han permitido ahorrar energías y han incrementado la potencialidad de sus sentidos. Hoy en día, el trabajo lo realizan cada vez más las máquinas, los ordenadores, los autómatas y robots, que sustituyen, en gran medida, el trabajo humano. Surge lo que se ha dado en llamar «cyber-ente» o *cibionte**: el superorganismo híbrido, compuesto de seres humanos, máquinas y redes de información. Así se forma la articulación de lo biológico, lo mecánico y lo electrónico, que constituye la base de nuestras sociedades actuales.

La lógica de «ser-en-el-mundo» según el modo de trabajo configura el situarse *sobre* las cosas para dominarlas y ponerlas al servicio de los intereses personales y colectivos. En el centro de todo se pone el ser humano, dando origen al antropocentrismo. El antropocentrismo instaura una actitud centrada en el ser humano, de modo que las cosas sólo tienen sentido en la medida en que se le someten y satisfacen sus deseos. El ser humano niega a las cosas la relativa autonomía que poseen. Más aún, olvida la relación que el propio ser humano mantiene, lo quiera o no, con la naturaleza y con todas las realidades, por ser parte del todo. Finalmente, ignora que, en definitiva, el sujeto de la vida, de la sensibilidad, de la inteligibilidad y de la capacidad de amar no somos, en primer lugar, nosotros, sino el propio universo, la Tierra. Esta manifiesta su capacidad de sentir, de pensar, de amar y de venerar, a través de nosotros y en nosotros. El antropocentrismo desconoce todas estas imbricaciones.

\ Esa actitud de trabajo-poder sobre el mundo encarna la dimensión de lo masculino en el hombre y en la mujer. Es la dimensión que compartimenta la realidad para conocerla y someterla mejor; emplea el poder o incluso la violencia para alcanzar sus objetivos utilitaristas; se arroja fuera de sí en la aventura del conocimiento y de la conquista de todos los espacios de la Tierra y, hoy en día, del espacio exterior y estelar.; Esta actitud empezó a predominar a partir del neolítico, y actualmente ha alcanzado su punto culminante con la ocupación y «homini-zación» de todo el Planeta.

\b) El «modo-de-ser-cuidado»!

Ti otro «modo-de-ser-en-el-mundo» se realiza por medio del cuidado. El cuidado no se opone al trabajo, pero le confiere una tonalidad diferente, gracias al cuidado dejamos de ver como objetos la naturaleza y todo lo que existe en ella. La relación no es de sujeto-objeto, sino de sujeto-sujeto. Sentimos los seres como sujetos, como valores, como símbolos que remiten a una Realidad fontal. La naturaleza no es muda. Habla y evoca. Emite mensajes de grandeza, belleza, perplejidad y fuerza. El ser

humano puede escuchar e interpretar esas señales. Se pone al pie de las cosas, *junto a* ellas, y se siente unido a ellas. No existe; co-existe con todo lo otro. La relación no es de dominio *sobre*, sino de con-vivencia. No es pura intervención, sino interacción y comunión. \

\Cuidar de las cosas implica tener intimidad con ellas, sentir-las dentro, acogerlas, respetarlas, darles sosiego y reposo. Cuidar es entrar en sintonía con las cosas, auscultar su ritmo y estar en (armonía)con ellas. La razón analítico-instrumental abre camino hacia la razón cordial, el *esprit de finesse*, el espíritu de la delicadeza, el sentimiento profundo. El centro ya no está ocupado por el *logos** razón, sino por el *pathos** sentimiento.

\Este «modo-de-ser-en-el-mundo», en forma de cuidado, permite al ser humano vivir la experiencia fundamental del valor, de aquello que tiene importancia y cuenta definitivamente. No del valor utilitarista, sólo para su uso, sino del valor intrínseco de las cosas. \A partir de ese valor sustantivo surge la dimensión de alteridad, de respeto, de sacralidad, de reciprocidad y de complementariedad.

Todos nos sentimos ligados y re-ligados, unos a otros, formando un todo orgánico único, diverso y siempre incluyente. Ese todo remite al último Eslabón de la cadena, que lo re-liga, sustenta y dinamiza todo. Irrumpe como Valor supremo que se vela y se re-vela en todo. Ese Valor supremo tiene carácter de Misterio, en el sentido de que siempre se anuncia y, a la vez, se oculta. Ese Misterio no infunde miedo; fascina y atrae como un sol. Se deja sentir como un gran Útero acogedor que nos realiza supremamente. También se llama Dios.

\En el «modo-de-ser-cuidado» surgen resistencias y aparece la confusión. Pero todo ello se supera por medio de una paciencia perseverante. En lugar de agresividad, hay convivencia amorosa. En vez de dominación, hay compañía afectuosa, al lado de y junto con el otro.)

El «modo-de-ser-cuidado» revela la dimensión de lo femenino en el hombre y en la mujer. Lo femenino siempre ha estado presente en la historia. Pero en el paleolítico adquirió visibilidad histórica cuando las culturas eran matrifocales* y se vivía una

fusión con la naturaleza. La gente se sentía incorporada al todo. Eran sociedades marcadas por un profundo sentido de lo sagrado del universo y por la reverencia frente al misterio de la vida y de la Tierra. Las mujeres ostentaban la hegemonía histórico-social y daban a lo femenino una expresión tan profunda, que quedó en la memoria permanente de la humanidad a través de grandes símbolos, sueños y arquetipos presentes en la cultura y en el inconsciente colectivo.

i 3. *La dictadura del «modo-de-ser-trabajo» /*

¡El gran desafío para el ser humano es combinar trabajo con cuidado. Estas dos realidades no se oponen, sino que se componen. Se limitan mutuamente y, a la vez, se complementan./ Juntas constituyen la experiencia humana en su integridad, por un lado, vinculada a la materialidad y, por otro, a la espiritualidad.) El error consiste en oponer una dimensión a la otra y no verlas como «modos-de-ser» del único y mismo ser humano. \

iDesde la más remota antigüedad, venimos asistiendo a un drama de nefastas consecuencias: la ruptura entre el trabajo y el cuidado.¡A partir del neolítico, hace 10.000 años, empezó lentamente a predominar el trabajo como búsqueda frenética de eficacia, como agitado afán de producción y ansia irrefrenable de sometimiento de la Tierra.; Los últimos siglos, sin embargo, especialmente a partir del proceso de industrialización del siglo XVIII, se han caracterizado por la dictadura del «modo-de-ser-trabajo» como intervención, producción y dominación. El trabajo ya no se relaciona con la naturaleza (*transformación-plasmación*), sino con el capital (confrontación capital-trabajo, analizada por Marx y Engels). ,El trabajo es ahora trabajo asalariado y no una actividad de transformación de la naturaleza.) La gente vive esclavizada por las estructuras del trabajo productivo, racionalizado, objetivado y despersonalizado, sometida a la lógica de la máquina.

Un fino analista colombiano, Luis Carlos Restrepo, dice, con razón, que todos nos hemos convertido en herederos de Alejan-

dro Magno (356-323 a.C.), el arquetipo del guerrero y del conquistador. En efecto, la ideología latente en el «modo-de-ser-trabajo-dominación» persigue la conquista del otro, del mundo, de la naturaleza, en forma de sometimiento puro y simple. Este «modo-de-ser» mata la ternura, liquida el cuidado y hiere la esencia humana.

¡Por eso, la dictadura del «modo-de-ser-trabajo-dominación» masculinizó las relaciones y dio lugar al antropocentrismo, al androcentrismo*, al patriarcalismo y al machismo. Andamos a vueltas con expresiones patológicas de lo masculino desconectado de lo femenino, el *ánimus** sobrepuesto al *ánima**. j

'El cuidado ha sido difamado como feminización de las prácticas humanas, como estorbo para la objetividad en la comprensión, y como obstáculo para la eficacia. ^La dictadura del «modo-de-ser-trabajo-dominación» está conduciendo actualmente a la humanidad a una encrucijda: ¿o ponemos límites a la voracidad productivista, asociando trabajo y cuidado, o nos encaminamos hacia lo peor. ¡La exasperación del trabajo productivo ha agotado recursos no renovables de la naturaleza y ha roto los equilibrios físico-químicos de la Tierra. ¡La sociabilidad entre los humanos se ha visto quebrada por la dominación de unos pueblos sobre otros y por la reñida lucha de clases.. En el ser humano no se ve sino su fuerza de trabajo, que hay que vender y explotar, o su capacidad de producción y de consumo. Cada vez más gente, en realidad 2/3 de la humanidad, está condenada a una vida totalmente insostenible. Se ha perdido la visión del ser humano como ser de relaciones ilimitadas, ser de creatividad, de ternura, de cuidado, de espiritualidad, depositario de un proyecto sagrado e infinito.

Él «modo-de-ser-en-el-mundo» exclusivamente como trabajo puede destruir el planeta. De ahí la urgencia actual de rescatar el «modo-de-ser-cuidado», como su correctivo indispensable. Entonces puede surgir el cibionte, aquel ser que entra en simbiosis con la máquina, no para someterse a ella, sino para mejorar su vida y su ambiente.

4. *La recuperación del «modo-de-ser-cuidado»**

\ La recuperación del cuidado no tiene lugar a costa del trabajo, sino mediante una forma diferente de entender y de realizar el trabajo. Para ello, el ser humano necesita volver sobre sí mismo y descubrir su «modo-de-ser-cuidado»^{7j}

Retomemos, pues, la reflexión sobre la naturaleza del cuidado esencial. La puerta de entrada no puede ser la razón calculadora, analítica y objetivante, ya que nos llevaría al «trabajo-intervención-producción», y ahí nos haría prisioneros. Las máquinas y los ordenadores son más eficaces que nosotros en la utilización de este tipo de «razón-trabajo».

\ Hay algo en los seres humanos que no se encuentra en las máquinas, algo que surgió hace millones de años en el proceso evolutivo, cuando aparecieron los mamíferos a cuya especie pertenecemos: el sentimiento, la capacidad de emocionarse, de implicarse, de afectar y de sentirse afectado. J

Un ordenador y un robot no son capaces de cuidar del medio ambiente, de llorar las desgracias de los otros y de alegrarse con la alegría del amigo. Un ordenador no tiene corazón./

Sólo nosotros, los humanos, podemos sentarnos a la mesa con el amigo frustrado, ponerle la mano en el hombro, tomar con él un vaso de cerveza y darle consuelo y esperanza. [Construimos el mundo a partir de lazos afectivos.. Esos lazos hacen que las personas y las situaciones se vuelvan preciosas, portadoras de valor. Nos preocupamos por ellas. Les dedicamos tiempo. Sentimos responsabilidad por el vínculo que se ha establecido entre nosotros y los demás. La categoría cuidado recoge todo ese «modo-de-ser». Muestra cómo funcionamos en tanto que seres humanos.

Así vemos que el dato originario no es el *logos*, la razón y las estructuras de comprensión, sino el *pathos*, el sentimiento, la capacidad de simpatía y empatía, la dedicación, el cuidado y la comunión con lo diferente. Todo empieza con el sentimiento. j El sentimiento nos vuelve sensibles a lo que nos rodea, hace que nos guste o nos disguste. El sentimiento nos une a las cosas y liace que nos impliquemos con las personas. El sentimiento pro-

duce encanto ante la grandeza de los cielos, suscita veneración ante la complejidad de la Madre Tierra y alimenta ternura ante la fragilidad de un recién nacido.

Recordemos la famosa frase del *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, que ha calado en la conciencia colectiva de millones de lectores: «No se ve bien sino con el corazón (sentimiento). Lo esencial es invisible a los ojos»¹. El sentimiento es lo que hace que personas, cosas y situaciones sean importantes para nosotros. Ese sentimiento profundo, repetimos, se llama cuidado. ¡Sólo aquello que ha pasado por una emoción, que ha evocado en nosotros un sentimiento profundo y que nos ha movido a cuidado, deja señales indelebles y permanece definitivamente.

La reflexión contemporánea ha rescatado la centralidad del sentimiento y la importancia de la ternura, de la compasión y del cuidado, especialmente a partir de la psicología profunda de Freud, Jung, Adler, Rogers y Hillman, y, actualmente, a partir de la biología genética y de las implicaciones antropológicas de la física cuántica de Niels Bohr (1885-1962) y de Werner Heisenberg (1901-1976).)

Más que el cartesiano *cogito, ergo sum* (pienso, luego existo), vale el *sintió, ergo sum*: siento, luego existo. El libro de Daniel Goleman *Inteligencia Emocional* se ha convertido en un *best-seller* mundial porque, basándose en investigaciones empíricas sobre el cerebro y la neurología, ha mostrado aquello que Platón (427-347 a.C.), san Agustín (354-430), la escuela franciscana medieval con san Buenaventura y Duns Escoto en el siglo XIII, Pascal (1623-1662), Schleiermacher (1768-1834) y Heidegger (1889-1976) enseñaron hace ya mucho tiempo: que la dinámica básica del ser humano es el *pathos*, es el sentimiento, es el cuidado, es la lógica del corazón. «La mente racional –concluye Goleman– invierte algo más de tiempo que la mente emocional en registrar y responder a una determinada situación; el "primer impulso" ante cualquier situación emocional procede del corazón, no de la cabeza»².

1. Alianza, Madrid, 2002, p. 87.

2. Círculo de Lectores, Barcelona, 1997, Apéndice B, p. 479.

Ahora estamos en mejores condiciones para entender, en profundidad, la fábula-mito de Higinio sobre el cuidado. El cuidado es tan esencial, que es anterior al espíritu infundido por Júpiter y al cuerpo proporcionado por la Tierra. Por lo tanto, la concepción del ser humano como compuesto de espíritu-cuerpo no es originaria. La fábula dice que el cuidado fue el primero, el que modeló al ser humano. El cuidado se encuentra antes, es un *a priori* ontológico, está en el origen de la existencia del ser humano. Y ese origen no es sólo un principio temporal. El origen tiene un sentido filosófico de fuente de donde brota permanentemente el ser. Por lo tanto, significa que el cuidado constituye, en la existencia humana, una energía que brota con fuerza, ininterrumpidamente, en todo momento y circunstancia. El cuidado es aquella fuerza originante que el ser humano hace surgir continuamente. Sin ella, no sería más que un pedazo de arcilla como cualquier otro, a la orilla del río, o un espíritu angelical desencarnado y fuera del tiempo histórico.

Fue con cuidado como Cuidado modeló al ser humano. Puso en ello empeño, dedicación, ternura, devoción, sentimiento y corazón. Y, de este modo, asumió una responsabilidad, surgió la preocupación por el ser que había modelado. Esas dimensiones, verdaderos principios constituyentes, entraron en la composición del ser humano. Se convirtieron en carne y sangre. Sin tales dimensiones, el ser humano nunca sería humano. Por eso, la fábula-mito de Higinio termina insistiendo en que Cuidado acompañará al ser humano durante toda su vida, a lo largo de todo su recorrido temporal en el mundo.

Un psicoanalista sensible al drama de la civilización moderna, como es el norteamericano Rollo May, comentaba: «Nuestra situación es la siguiente: en la actual confusión de episodios racionalistas y técnicos perdemos de vista y nos despreocupamos del ser humano; hay que volver ahora humildemente al simple cuidado...; es el mito del cuidado —y muchas veces creo que solamente él— lo que nos permite resistir al cinismo y a la apatía, que son las enfermedades psicológicas de nuestro tiempo».

| Lo que necesita nuestra civilización es superar la dictadura del «modo-de-ser-trabajo-producción-dominación»?/Esta nos

mantiene prisioneros de una lógica que hoy se muestra destructiva de la Tierra y de sus recursos, de las relaciones entre los pueblos, de las interacciones entre capital y trabajo, de la espiritualidad y de nuestro sentido de pertenencia a un destino común. Liberados de los trabajos extenuantes y deshumanizadores, ahora realizados por máquinas automáticas, podremos recuperar el trabajo en su sentido antropológico originario, como transformación de la naturaleza y como actividad creativa, trabajo capaz de hacer que el ser humano se realice y de construir sentidos capaces de integrar cada vez más la dinámica de la naturaleza y del universo.

\ Hay que poner cuidado en todo. Para eso urge desarrollar la dimensión de *ánima* que tenemos dentro. Eso significa reconocer pleno derecho a nuestra capacidad de sentir al otro, de tener compasión de todos los seres que sufren, humanos y no humanos, de obedecer más la lógica del corazón, de la cordialidad y de la delicadeza que la lógica de la conquista y del uso utilitario de las cosas. (

Admitir la centralidad del cuidado no significa dejar de trabajar y de intervenir en el mundo. Significa renunciar a la sed de poder que reduce todo a objetos desconectados de la subjetividad humana. Significa rechazar todo despotismo y toda dominación. Significa imponer límites a la obsesión por la eficacia a cualquier precio. Significa derrocar la dictadura de la racionalidad fría y abstracta para dar lugar al cuidado. Significa organizar el trabajo en sintonía con la naturaleza, sus ritmos y sus indicaciones. Significa respetar la comunión que todas las cosas mantienen entre sí y con nosotros. Significa poner el interés colectivo de la sociedad y de la comunidad biótica y terrenal por encima de los intereses exclusivamente humanos. Significa ponerse al lado y al pie de cada cosa que queremos transformar, para que no sufra, no sea desarraigada de su hábitat y pueda mantener las condiciones que le permitan desarrollarse y co-evolucionar* junto con sus ecosistemas* y con la misma Tierra. Significa captar la presencia del Espíritu más allá de nuestros límites humanos, en el universo, en las plantas, en los organismos vivos, en los grandes simios, gorilas, chimpancés y orangu

tañes, portadores también de sentimientos, de lenguajes y de hábitos culturales semejantes a los nuestros.

[Estos son los antidotos para el sentimiento de abandono que experimentan los pobres y los ancianos. Estas son las medicinas contra el descuido que denuncian, ante la mayoría de las instituciones públicas, los excluidos, los desempleados, los jubilados, los ancianos y los jóvenes. Esas instituciones se preocupan cada vez menos por el ser humano, y se ocupan cada vez más de la economía, de las bolsas, de los intereses y del crecimiento ilimitado de bienes y servicios materiales de los que se apropian las clases privilegiadas a costa de la dignidad y de la compasión necesarias en vista de las carencias de las grandes mayorías... Este es el remedio que podrá impedir la devastación de la biosfera y la amenaza del frágil equilibrio de Gaia*. Este es el «modo-de-ser» que rescata nuestra humanidad más esencial.

Bibliografía

- Boff, L., *O princípio-Terra. Voita á pátria común*, Ática, Sao Paulo, 1995.
- Boff, L., *El destino del hombre y del mundo*, Sal Terrae, Santander, 1985.
- Boff, L., *El rostro materno de Dios*, San Pablo, Madrid, 1991.
- Buytendijk, J. F. F., *La mujer: naturaleza, apariencia, existencia*, Revista de Occidente, Madrid, 1970.
- Capra, F., *El tao de la física*, Luis Cárcamo, Madrid, 1984.
- Cavalieri, P. y Singer, P. (eds.), *El proyecto «Gran Simio» - La igualdad más allá de la humanidad*, Trotta, Madrid, 1998.
- Giddens, A., *La transformación de la intimidad*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Goleman, D., *Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 1996.
- Habermas, J., *Conocimiento e interés*, Universidad de Valencia, Valencia, 1997.
- Heidegger, M., *El Ser y el tiempo*, FCE, Madrid, 2000 (todo el sexto capítulo, dedicado a la cura-cuidado).
- Maturana, H. y Varela, F., *El árbol del coitocimiento*, Debate, Madrid, 1996.
- Maturana, H., *La realidad, ¿objetiva o construida?*, Anthropos, Barcelona, 1999.

- May, R., *Amor y voluntad*, Gedisa, Barcelona, 1985.
- Restrepo, L. C., *El derecho a la ternura*, Península, Barcelona, 1997.
- Rosnay, J. de, *El hombre simbiótico*, Cátedra, Madrid, 1996.
- Sagan, C., *Un punto azul pálido*, Planeta, Barcelona, 1995.
- Smart, J. J. C., *Nuestro lugar en el universo*, Tecnos, Madrid, 1992.
- Teilhard de Chardin, P., *El fenómeno humano*, Taurus, Madrid, 1984.
- Touraine, A., *Crítica de la Modernidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.
- Vattimo, G., *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Gedisa, Barcelona, 1987.

REPERCUSIONES DEL CUIDADO *

El cuidado como «modo-de-ser» llena toda la existencia humana y resuena en diversas actitudes importantes. A través de él, las dimensiones de Cielo (transcendencia) y de Tierra (inmanencia) buscan su equilibrio y coexistencia. \Esto esta presente en todo el reino de los seres vivos, pues toda vida necesita cuidado, de lo contrario enferma y muere.^Tomemos el ejemplo del *tucunaré*, uno de nuestros más preciados pescados. El padre y la madre tienen mucho cuidado con sus crías (alevines). Hacen la hura, excavando un hueco en el fondo del río, y se ponen a nadar siempre a su alrededor para protegerlos. Cuando prueban a salir, los acompañan con cuidado y les ponen en guardia para que no se dispersen. Ante el más mínimo riesgo, las crías vuelven todas juntas a la hura, guiadas por sus padres. Los que se quedan atrás son recogidos cuidadosamente en la boca de sus padres y devueltos al grupo.

Vamos a enumerar algunas de las numerosas realidades en las que resuena el cuidado. Se trata de conceptos afines que se desprenden del cuidado y lo concretan de distintas maneras. Vamos a fijarnos especialmente en estas siete: el amor como fenómeno biológico, la justa medida, la ternura, la caricia, la amabilidad, la convivencialidad y la compasión. También se podrían añadir la sinergia*, la hospitalidad, la cortesía y la delicadeza, pero éstas estarán implícitas en las que vamos a tratar.

I 1. *El amor como fenómeno biológico*

«Amor» es una de las palabras más gastadas de nuestra lengua. Y, como fenómeno interpersonal, uno de los más castigados. Vamos a abordar el tema del amor desde la óptica fecunda de uno de los principales biólogos contemporáneos, el chileno Humberto Maturana. En sus reflexiones, considera el amor como un fenómeno biológico, que tiene lugar dentro del dinamismo de la vida, desde sus realizaciones más primarias, hace miles de millones de años, hasta las más complejas en el ámbito humano. Veamos cómo entra el amor en el universo.

En la naturaleza los seres pueden adaptarse al medio de dos modos, uno necesario y otro espontáneo. El primero, el necesario, hace que todos los seres estén interconectados unos a otros y encajados en sus respectivos ecosistemas, quedando garantizada la supervivencia, pero hay otro modo de adaptación que se realiza espontáneamente. Los seres interactúan no por supervivencia sino por puro placer, en el curso de su vida. Se trata de acoplamientos dinámicos y recíprocos entre los seres vivos y los sistemas orgánicos. Carecen de justificación. Suceden porque sí. Es un acontecimiento original de la vida, puramente gratuito.

Cuando uno acoge al otro y así se realiza la coexistencia, surge el amor como fenómeno biológico. Este tiende a expandirse y a adquirir formas más complejas. Una de estas formas es la humana, que no es simplemente espontánea, como en los otros seres vivos; es un proyecto de la libertad que acoge conscientemente al otro y crea condiciones para que el amor se instaure como el más alto valor de la vida.

De esta derivación surge el amor ampliado que es la socialización. El amor es el fundamento del fenómeno social y no una consecuencia del mismo. En otras palabras, es el amor lo que origina la sociedad; la sociedad existe porque existe el amor y no al contrario, como suele creerse. Si falta el amor (el fundamento), se destruye lo social. Si, no obstante, lo social persiste, adquiere la forma de agregación forzada, de dominación y de violencia de unos contra otros, obligados a convivir. Por eso,

siempre que se destruye la unión y la concordia entre los seres, se destruye el amor y también la sociabilidad. El amor es siempre una apertura hacia el otro, convivencia y comunión con él.

No ha sido la lucha por la supervivencia del más fuerte lo que ha garantizado la continuidad de la vida y de los individuos hasta hoy, sino la cooperación y la coexistencia entre ellos. Los homínidos de hace millones de años se hicieron humanos en la medida en que compartieron entre ellos, cada vez más, los resultados de la cosecha y de la caza, así como su afecto. El lenguaje mismo, que caracteriza al ser humano, surgió en el interior de este dinamismo de amor y de compartir.

La competencia, subraya Maturana, es antisocial, tanto en el presente como en el pasado, porque implica la negación del otro, la negativa a compartir y a amar. La sociedad moderna neoliberal, y especialmente el mercado, se basan en la competitividad. Por eso esta sociedad es excluyente e inhumana, y causa tantas víctimas. Esta lógica impide que sea portadora de felicidad y de futuro para la humanidad y para la Tierra.

¿Cómo se puede describir con exactitud el amor humano? Maturana responde: «lo que es especialmente humano en el amor no es el amor, sino lo que hacemos en el amor en cuanto humanos [...] Es nuestra manera particular de vivir juntos como seres sociales en el lenguaje [...] Sin amor no somos seres sociales».

El amor es un fenómeno cósmico y biológico. Al alcanzar el nivel humano, el amor se manifiesta como un proyecto de libertad, como una gran fuerza de cohesión, de simpatía y de solidaridad. La gente se une y recrea por medio del lenguaje de amor el sentimiento de afecto y de pertenencia a un mismo destino y a un mismo camino histórico.

Sin el cuidado esencial, la unión del amor no tiene lugar, no se conserva, no se extiende, ni permite la comunicación entre los seres. Sin el cuidado no existe un ambiente propicio para el florecimiento de aquello que humaniza verdaderamente: el sentimiento profundo, las ganas de compartir y la búsqueda del amor.

2. *La regla de oro: la justa medida*

En el capítulo anterior abordamos la cuestión de la justa medida entre el «modo-de-ser-trabajo» y el «modo-de-ser-cuidado». Hemos constatado el profundo desequilibrio de la cultura mundializada bajo la dictadura del «modo-de-ser-trabajo». La cuestión es: ¿cuánto cuidado hemos de aportar para recuperar el equilibrio perdido? He aquí una cuestión fundamental para la teoría y la práctica.

Partimos de una primera constatación: el sentido de la medida se encuentra en muchos campos, que van desde la geometría hasta la religión. Pero es especialmente en el campo de la ética donde la justa medida adquiere importancia fundamental. Se trata de encontrar el *óptimo relativo*, el equilibrio entre el más y el menos.

Por un lado, la medida se siente de forma negativa como un límite a nuestras aspiraciones. De ahí nace el deseo e incluso el placer de sobrepasar el límite y de violar lo prohibido. Por otro lado, se siente de forma positiva como la capacidad de emplear, de forma moderada, capacidades naturales, sociales y personales para que puedan durar más y reproducirse. Esto sólo es posible cuando se establece un cierto equilibrio y una justa medida. La justa medida se alcanza a través del reconocimiento realista, de la aceptación humilde y de la óptima utilización de los límites, confiriendo sostenibilidad a todos los fenómenos y procesos, a la Tierra, a las sociedades y a las personas.

La búsqueda de un equilibrio es especialmente intensa en las culturas de la cuenca mediterránea, particularmente entre los egipcios, los griegos, los israelitas y los latinos. Se ha llegado incluso a decir que este ámbito es el de la cultura de la medida y también de la desmesura, porque se forjaron las ideologías más desmedidas y tuvieron lugar las guerras más encarnizadas. Esta búsqueda constituye la preocupación central del budismo y de la filosofía ecológica del *Feng Shui** chino. En todos los casos, el símbolo que representaba este equilibrio era la balanza y las correspondientes divinidades tutelares.

La búsqueda de la medida está rodeada de preguntas espinosas que no deben obviarse, tales como:

- ¿Cuál es la medida justa?
- ¿Quién establece la medida justa?
- ¿En virtud de qué fuentes de conocimiento se establece la medida justa?
- ¿No depende la medida de las culturas, de las situaciones históricas diferentes y de la subjetividad humana personal y colectiva?
- ¿Quién es responsable de que se cumpla la justa medida establecida?

No pretendemos responder a cada una de estas preguntas, pues nos llevaría muy lejos. Pero intentaremos hacer una reflexión que las englobe mínimamente.

Muchos son los caminos que se han seguido para establecer una justa medida. Generalmente se apoyaban en un único pilar: se partía solamente de la naturaleza, o sólo de la razón universal, o únicamente de las ciencias empíricas, o solamente de la sabiduría popular, o únicamente de las religiones, o solamente de la revelación divina contenida en los textos sagrados de la tradición judeocristiana, de los Upanishad* o del taoísmo*.

Hoy estamos cada vez más convencidos de que nada puede reducirse a una única causa (monocausalidad) o a un único factor, pues nada es lineal y sencillo. Todo es complejo y consiste en un entramado de «inter-retro-relaciones» y de redes de inclusiones. Por eso tenemos que articular los diversos pilares que sujetan el puente que podrá llevarnos a soluciones más integradoras, ya que todos ellos aportan alguna luz y comunican alguna verdad. La sabiduría consiste en ver cada parte dentro de un todo articulado, como un precioso mosaico compuesto por miles de teselas o un deslumbrante bordado hecho de mil hilos de colores.

a) Medida justa y naturaleza

Por naturaleza entendemos el conjunto de los seres orgánicos e inorgánicos, las energías y los campos energéticos y morfogenéticos que existen organizados en sistemas dentro de otros sistemas mayores, afectados o no por la intervención humana, que

constituyen un todo orgánico, dinámico y en busca de un equilibrio. El ser humano es parte y fragmento de la naturaleza, y mantiene con ella una sofisticada red de relaciones que le permiten pilotar el proceso de evolución junto con las fuerzas rectoras de la Tierra.

La naturaleza es una realidad tan compleja y vasta que no puede encerrarse en ninguna definición. Qué sea realmente la naturaleza sigue siendo un misterio, como también son un misterio el ser y la nada. Lo que tenemos son discursos culturales sobre la naturaleza: de los antiguos, del hinduismo* en la India, del taoísmo en China, del zen-budismo* en Japón, de la moderna ciencia copernicana, de la mecánica cuántica*, de la teoría de los sistemas abiertos, de la biología genética y molecular, y de la nueva cosmología basada en las ciencias de la Tierra. Nuestra comprensión debe mucho a estas tradiciones, especialmente a la última corriente que hemos mencionado. En función de cada comprensión se decide qué tipo de naturaleza es la que debe preservarse.

Cuando contemplamos la naturaleza, a pesar de sus expresiones caóticas y de su intrincadísima complejidad, salta a la vista una medida constante que resulta no de las partes tomadas aisladamente, sino del todo orgánico y vivo. Hay armonía y equilibrio. La naturaleza no está biocentrada, centrada sólo en la vida, sino que descansa en el equilibrio dinámico entre vida y muerte. Para los contemporáneos, la naturaleza es el resultado de un inmenso proceso de evolución que va más allá del modelo de Charles Darwin (1809-1882), que fundamentalmente la restringía a la biosfera*. La comprensión actual —llamada teoría de la evolución sintética— entiende la evolución como una teoría universal: a partir del *big bang*, todo en el universo está en evolución. Ese proceso no es lineal, sino que da saltos y conoce fluctuaciones* y bifurcaciones. No sólo se expande, sino que crea nuevas posibilidades. Esto significa que las leyes naturales no poseen un carácter determinista sino probabilístico.

Los conocimientos de la termodinámica* nos indican que la vida y cualquier novedad en el universo surgen a partir de cierto distanciamiento y de cierta ruptura del equilibrio. Esa ausencia

de medida, aunque momentánea, provoca la autoorganización (autopoiesis*) que crea una nueva estabilidad y un nuevo equilibrio dinámico. Y es dinámico porque se rehace continuamente, no por la reproducción del equilibrio anterior, sino por la creación de uno nuevo, mediante el diálogo con el medio y a través de una nueva adaptación. La lógica de la naturaleza en proceso evolutivo es ésta: organización-ruptura del equilibrio-desorganización-nueva relación-nuevo equilibrio-nueva organización. Y así continuamente.

Esto no significa que la naturaleza no posea una medida (leyes de la naturaleza); posee una medida no estática y mecánica, sino dinámica y fluctuante, caracterizada por constancias y variaciones. Tiene fases de ruptura que engendran inmediatamente una nueva regularidad. El clima de la Tierra, por ejemplo, que ya tiene 3.800 millones de años, ha pasado por turbulencias y terribles devastaciones. La Tierra ha llegado a estar casi dos veces más caliente que en la actualidad, pero, a pesar de ello, ha mostrado a lo largo de su vida un increíble equilibrio dinámico que ha beneficiado todas las formas de vida.

La naturaleza vista como *III* todo no impone leyes. Señala tendencias y regularidades que pueden ir en diversas direcciones. Corresponde al ser humano desarrollar una sensibilidad tal que le permita captar esas tendencias y tomar decisiones. La naturaleza no le dispensa de decidir y de ejercer su libertad. Sólo entonces el ser humano se convierte en un ser ético.

Este espacio de intervención y creación del ser humano consciente y responsable es un dato de la naturaleza. Así como ésta continuamente busca, hace y rehace dinámicamente una medida, de la misma manera el ser humano debe buscar la justa medida. No de una vez por todas, sino fijándose siempre en lo que está ocurriendo en la naturaleza, en la historia y en él mismo. La medida justa cambia; lo que no cambia es la búsqueda permanente de la justa medida.

También hay que considerar el proceso global que muestra una flecha del tiempo apuntando siempre hacia delante y hacia arriba, proceso que, cuanto más avanza, menos se copia a sí mismo, menos clonaciones hace y más diversidad presenta. Las

medidas varían, pero cada medida encontrada sirve para el objetivo superior de hacer que avance la flecha de la evolución.

b) Medida justa y *pathos**

¿Cómo capta el ser humano esa medida multidimensional de la naturaleza? El saber racional no es suficiente, ni la obediente voluntad de identificar regularidades, obviando la creatividad humana y el ejercicio de la libertad, propias del ser humano. Hay que desarrollar una actitud atenta de escucha, un sentimiento profundo de identificación con la naturaleza, con sus cambios y estabildades. El ser humano necesita sentirse naturaleza. Cuanto más se sumerge en ella, tanto mejor percibe qué debe cambiar y qué ha de conservar en su vida y en sus relaciones.

Los pueblos indígenas nos dan el mejor ejemplo de cómo escuchar la naturaleza. Gracias a su profunda afinidad con ella, con el suelo, con las lluvias, las nubes, los vientos, las aguas, las plantas y los animales, saben inmediatamente lo que va a pasar y qué actitud adoptar. Están tan unidos a la Tierra, como hijos e hijas suyos, como si fueran la misma Tierra que habla y piensa, que captan en seguida lo que va a ocurrir en la naturaleza. Es decir, la naturaleza habla con ellos y por ellos.

Algunas investigaciones realizadas en Europa y en Norteamérica constatan que un aumento de los conocimientos sobre la crisis ecológica y las heridas de la Tierra no implica necesariamente un cambio de actitud hacia un mayor respeto y una mayor veneración por el planeta. Lo imprescindible no es el saber, afirman, sino el sentir. Cuanto más sufre una persona con la degradación del medio ambiente y más se indigna con el sufrimiento de los animales y con la destrucción de la capa verde de la Tierra, más desarrollará nuevas actitudes de compasión, de ternura y de protección de la naturaleza, así como una espiritualidad cósmica.

De nuevo encontramos aquí al *pathos*, el sentimiento profundo, en la raíz del nuevo paradigma de convivencia con la Tierra. De esta auscultación de la Tierra y de la pasión por ella, nace el cuidado esencial. Sin esa escucha cuidadosa no oiremos

la gran voz de la Tierra que invita a la sinergia, a la compasión y la coexistencia pacífica con todos los seres. Esta actitud es indispensable, por ejemplo, en la biotecnología, uno de los campos más avanzados de la ciencia. ¿Cuál es la justa medida en la manipulación del código genético humano? No consta por escrito en ningún sitio. El ser humano tiene que establecerla a partir de una profunda sensibilidad y comunión con la vida misma. Si entra en su laboratorio de experimentos genéticos como quien entra en un templo, y trabaja como quien oficia una liturgia — pues la vida es misteriosa y sagrada, y exige tal actitud de reverencia— sentirá —y no sólo «sabrà» intelectualmente— lo que puede o no puede hacer. Es un sentir cargado de cuidado, de responsabilidad y de compasión. Desde este *pathos*, se vuelve absurdo querer subordinar el nuevo conocimiento genético a la obtención de un beneficio económico, como si la vida fuera una simple mercancía puesta en un mostrador.

La actitud de sentir con cuidado debe transformarse en cultura y exige un proceso pedagógico, más allá de la escuela formal, que penetre instituciones y haga surgir un nuevo estado de conciencia y de conexión con la Tierra y con todo lo que existe y vive en ella.

Como dice maravillosamente el salmo (118, 19), nos sentimos «forasteros en esta Tierra», huéspedes respetuosos de la hospedera Tierra. Y dejamos la Casa Común siempre en orden para los otros huéspedes que vendrán después de nosotros.

3. *La ternura vital*

La ternura vital es sinónimo de cuidado esencial. La ternura es el afecto que brindamos a las personas y el cuidado que aplicamos a las situaciones existenciales. Es un conocimiento que va más allá de la razón, pues se manifiesta como inteligencia que intuye, que ve hasta lo profundo y establece comunión. La ternura es el cuidado sin obsesión; incluye también el trabajo, no como mera producción utilitaria, sino como obra que manifiesta la creatividad y la autorrealización de la persona. No es afe-

minación y renuncia al rigor en el conocimiento. Es un afecto que, a su manera, también conoce. En realidad, sólo conocemos bien cuando nutrimos afecto y nos sentimos implicados con aquello que queremos conocer. La ternura puede y debe convivir con el extremo empeño por una causa, como demostró de manera ejemplar el gran revolucionario que fue Che Guevara (1928-1968). De él guardamos esta sugestiva afirmación: «hay que endurecerse pero sin perder la ternura jamás».

La ternura surge del mismo acto de existir en el mundo con los demás. No existimos; co-existimos, con-vivimos y co-mulgamos con las realidades más inmediatas. Sentimos nuestro vínculo fundamental con la totalidad del mundo. Ese sentimiento es más que un impulso psicológico; es un «modo-de-ser» existencial que penetra todo el ser. Concentrarse en el sentimiento engendra el sentimentalismo. El sentimentalismo es un producto de la subjetividad mal integrada. Es el sujeto que se repliega sobre sí mismo y se recrea en sus sensaciones. Por el contrario, la ternura irrumpe cuando el sujeto de descentra de sí mismo, sale en dirección al otro, siente al otro como otro, participa de su existencia y se deja tocar por la historia de su vida. El otro marca al sujeto. Éste permanece en el otro no por las sensaciones que le produce, sino por amor, porque aprecia su diferencia y valora su vida y sus luchas.

La relación de ternura no implica angustia porque no busca ventajas ni dominación. La ternura es la fuerza propia del corazón, es el deseo profundo de compartir caminos. La angustia del otro es mi angustia, su éxito es mi éxito y su salvación o pérdida es mi salvación y pérdida, no sólo mía sino de todos los seres humanos.

Blaise Pascal (1623-1662), filósofo y matemático francés, introdujo una distinción importante para ayudarnos a entender el cuidado y la ternura: el *esprit de finesse* y el *esprit de géométrie*. El *esprit de finesse* es el espíritu de delicadeza, de sensibilidad, de cuidado y de ternura. El espíritu no sólo piensa y razona. Va más allá y añade sensibilidad, intuición y capacidad de unión al razonamiento y al pensamiento. Del espíritu de delicadeza nace el mundo de las excelencias, de los grandes significa

dos, de los valores y de los compromisos a los que vale la pena dedicar tiempo y energía.

El *esprit de géométrie* es el espíritu calculador y productivo, interesado en la eficacia y en el poder. Es el «modo-de-ser» que ha imperado en la modernidad. Este espíritu relegó a un rincón, y puso bajo sospecha, todo lo que tiene que ver con el afecto, la ternura y el cuidado esencial. De ahí deriva también el vacío aterrador de nuestra cultura «geométrica» pletórica de sensaciones pero sin experiencias profundas; con una acumulación fantástica de saber, pero con escasa sabiduría, preocupada en exceso por la musculación, por lo sexual y por los artefactos de destrucción que aparecen en violentas series televisivas, pero sin ternura ni cuidado hacia la Tierra, hacia sus hijos e hijas, y hacia el futuro común de todos.

4. *La caricia esencial*

La caricia constituye una de las expresiones máximas del cuidado. ¿Por qué hablamos de «caricia esencial»? Porque queremos distinguirla de la caricia como pura excitación psicológica, en función de un amor fugaz y sin historia. La caricia-excitación no implica toda la persona. La caricia es esencial cuando se transforma en una actitud, en un «modo-de-ser» que ennoblece a la persona en su totalidad, en su psique, en su pensamiento, en su voluntad, en su interioridad y en las relaciones que establece.

El órgano de la caricia es, fundamentalmente, la mano: la mano que toca, la mano que acaricia, la mano que establece relación, la mano que arrulla, la mano que trae sosiego. Pero la mano es más que una mano. Es la persona humana que, a través de la mano y en la mano, revela un «modo-de-ser» cariñoso. La caricia toca lo profundo del ser humano, alcanza su Centro personal. Para que la caricia sea verdaderamente esencial, tenemos que acariciar el Yo profundo y no sólo el ego superficial de la conciencia.

1, a caricia que nace del Centro confiere reposo, integración

y confianza. De ahí viene su sentido. Al acariciar al niño, la madre le transmite la experiencia que más puede orientar: la confianza fundamental en la bondad de la realidad y del universo; la confianza de que, en el fondo, todo tiene sentido; la confianza de que la paz y no el conflicto tiene la última palabra; la confianza en la acogida y no en la exclusión del gran Útero.

Al igual que la ternura, la caricia exige total altruismo, respeto por el otro y renuncia a cualquier otra intención que no sea la de la experiencia de querer y amar. No consiste en pieles que se rozan; es más bien una inversión de cariño y amor a través de la mano y de la piel.

El afecto no existe sin la caricia, la ternura y el cuidado. Así como la estrella necesita la irradiación para brillar, el afecto necesita la caricia para sobrevivir. La caricia de la piel, del cabello, de las manos, de la cara, de los hombros y de la intimidad sexual es lo que confiere concreción al afecto y al amor. Es la calidad de la caricia lo que impide que el afecto sea mentiroso, falso o dudoso. La caricia esencial es leve, como cuando se entorna ligeramente una puerta. Nunca hay caricia en la violencia que echa abajo puertas y ventanas, es decir, cuando se invade la intimidad de la persona.

El psiquiatra colombiano Luis Carlos Restrepo ha dicho acertadamente: «La mano, órgano humano por excelencia, sirve tanto para acariciar como para aferrar. Mano que aferra y mano que acaricia son dos facetas extremas de las posibilidades de encuentro interhumano». En el contexto de nuestra reflexión, la mano que aferra representa el «modo-de-ser-trabajo». «Aferrar» es una expresión del «poder sobre», de la manipulación, del pretender obligar al otro y a las cosas a adaptarse a mi «modo-de-ser». La mano que acaricia representa el «modo-de-ser-cuidado», pues «la caricia es una mano cubierta de paciencia que toca sin herir y suelta para permitir la movilidad del ser con quien entramos en contacto».

5. *La amabilidad fundametital*

La justa medida, la ternura vital, la caricia esencial y la amabilidad fundamental son cualidades existenciales, o sea, formas en las que se estructura el ser humano en cuanto tal. El cuidado, con su cortejo de resonancias, es el artífice de nuestra humanidad. Esto vale también para la amabilidad, tan mal interpretada en la cultura desde que se introdujo como categoría de análisis sociológico al final de los años treinta. Normalmente se toma como expresión de la emotividad en sentido psicológico, contrapuesto a la racionalidad. Se dice que los latinos son amables. Y de hecho lo son. Ponen en las cosas más corazón que lógica. Pero, ¡cuidado! El corazón y la emotividad pueden producir tanto el trato delicado, el sentido de la hospitalidad y la exuberancia contenida del placer, conio los impulsos violentos y los odios profundos característicos de ciertos grupos.

Cuando hablamos de la amabilidad como resonancia del cuidado, nos referimos a algo distinto. Consideramos el corazón como una dimensión del «espíritu de delicadeza», como capacidad de captar la dimensión de valor presente en las personas y en las cosas. Lo decisivo no son los hechos, sino los significados que los hechos producen en nosotros, enriqueciéndonos y transformándonos. Aquí surge la dimensión de valor, de aquello que cuenta, pesa y, en definitiva, nos interesa. El valor convierte los hechos en símbolos y en sacramentos. Dejan de ser hechos que sencillamente han ocurrido y han pasado, y se convierten en portadores de significado, capaces de evocar y despertar el recuerdo.

Ahora bien, es propio del corazón captar la dimensión axiológica y valorativa del Ser en su totalidad y en sus manifestaciones en los entes concretos. La amabilidad designa entonces aquel «modo-de-ser» que descubre el corazón que palpita en cada cosa, en cada piedra, en cada estrella y en cada persona. Es aquella actitud que capta tan maravillosamente *El principito*: «no se ve bien sino con el corazón». El corazón consigue ver más allá de los hechos; ve su trabazón con la totalidad; distingue significados y descubre valores. La amabilidad supone la capacidad de

sentir el corazón del otro y el corazón secreto de todas las cosas. La persona amable ausculta, pega el oído a la realidad, presta atención y pone cuidado en todas las cosas.

En América Latina, la cultura náhuatl de los aztecas de México fue la que otorgó al corazón un significado especial. Su definición de ser humano no es, como entre nosotros, la de un «animal racional», sino la de «dueño de un rostro y de un corazón». El rostro identifica y distingue al ser humano de otros seres humanos. A través del rostro, el ser humano se relaciona éticamente con el otro. En el rostro queda reflejado si lo acogemos, si desconfiamos de él o si lo excluimos. El corazón, a su vez, define el «modo-de-ser» y el carácter de la persona, el principio vital de donde provienen todas sus acciones.

La refinada educación de los aztecas, conservada en bellísimos textos, pretendía formar en los jóvenes un rostro transparente, bondadoso y sin sombras, asociado a un corazón firme, caliente, determinado, hospitalario, solidario y respetuoso con las cosas sagradas. Según ellos, en el corazón nacía la religión, que utilizaba «la flor y el canto» para venerar a sus divinidades. Ponían corazón en todas las cosas que hacían. Esa amabilidad o «cordialidad» se reflejaba en las obras de arte que creaban. El gran pintor renacentista alemán Alberto Durero, al contemplar, en 1520, unos objetos de arte aztecas que Hernán Cortés había regalado al emperador Carlos V, dejó apuntado en su diario este testimonio: «En toda mi vida no he visto nada que me haya alegrado tanto el corazón como estas cosas. En ellas he encontrado objetos maravillosamente artísticos y he quedado admirado de la sutil genialidad de los hombres de esas tierras extrañas». Era la resonancia del cuidado y de la compasión, que se expresaba en los objetos de arte aztecas.

6. *La convivencialidad necesaria*

A la amabilidad, se une la convivencialidad. La convivencialidad, como concepto, fue puesta en circulación por Ivan Illich, uno de los grandes profetas latinoamericanos. Nacido en Viena

en 1926, trabajó en América Latina y con los hispanos en los Estados Unidos. Por medio de la «convivencialidad» intentó responder a dos crisis de la actualidad, íntimamente vinculadas: la crisis del proceso de industrialización y la crisis ecológica.

| Veamos en primer lugar la crisis del proceso de industrialización. La relación de superioridad del ser humano con respecto al instrumento se ha convertido en una relación de superioridad del instrumento respecto del ser humano. Creado para sustituir al esclavo, el instrumento tecnológico ha acabado por esclavizar al ser humano, al tener como fin la producción en masa. Esto ha dado origen a una sociedad ostentosa, pero sin alma. La actual producción industrial no casa con la fantasía y la creatividad de los trabajadores. De éstos, sólo quiere utilizar su fuerza de trabajo, fuerza física o intelectual. Cuando incentiva la creatividad, lo hace con vistas a conseguir la *calidad total* del producto, lo cual beneficia más a la empresa que al trabajador.

Sin embargo, constituye un signo de los tiempos que muchos empresarios estén tomando conciencia de esta distorsión y hagan frente a la deshumanización de la sociedad industrial. Muchos empiezan a incluir en la agenda de la empresa la discusión sobre el nuevo paradigma de re-ligación, de subjetividad, de espiritualidad y de relaciones de cooperación y de sinergia entre todos, empresarios y trabajadores.

¿Qué se entiende por convivencialidad? Por convivencialidad entendemos! la capacidad de hacer que convivan las dimensiones de producción y de cuidado, de efectividad y de compasión; modelar con solicitud todo lo que producimos, utilizando la creatividad, la libertad y la fantasía; la aptitud para mantener el equilibrio multidimensional entre la sociedad y la naturaleza, reforzando el sentido de pertenencia mutua. \

La convivencialidad tiene como fin combinar el valor técnico de la producción material con el valor ético de la producción social y espiritual. Después de haber construido una economía de bienes materiales, tenemos que desarrollar urgentemente una economía de las cualidades humanas: ¡el mayor capital, infinito!

Los valores humanos de la sensibilidad, del cuidado, de la

convivencialidad y de la veneración pueden imponer límites a la voracidad del poder-dominación y a la producción-explotación.

En segundo lugar, la convivencialidad se entiende como una respuesta definitiva a la crisis ecológica, producida por el proceso de industrialización de los últimos cuatro siglos. El irresponsable proceso de explotación del medio ambiente puede provocar una dramática devastación del sistema-Tierra y de todas las organizaciones que lo gestionan.

Este escenario no es de ningún modo improbable. Ha tenido lugar anteriormente, con el hundimiento de la bolsa de Wall Street en 1929. En esa ocasión se trató sólo de una crisis parcial del sistema capitalista. Ahora se trata de una crisis del sistema global. Seguramente, en un contexto de ruptura generalizada, la primera reacción del sistema imperante será aumentar el control planetario y utilizar una violencia masiva para garantizar el mantenimiento del proceso productivo y del sistema financiero. Pero este esfuerzo, en vez de aliviar la crisis, la radicalizará a causa del aumento de desempleo tecnológico y de la ineficacia de las políticas de integración de las víctimas dentro de la única sociedad mundial.

Según Illich, la crisis puede dar paso a una catástrofe de dimensiones apocalípticas. Pero también puede ser una oportunidad única para definir un uso convivencial de los instrumentos tecnológicos al servicio de la preservación del planeta, del bienestar de la humanidad y de la cooperación entre los pueblos.

Para llegar a esa nueva plataforma, la humanidad posiblemente deba pasar por un siniestro Viernes Santo que precipitará al abismo la dictadura del **«modo-de-ser-trabajo-producción-material»**. Sólo entonces podrá haber un Domingo de Resurrección, la reconstrucción de la sociedad mundial sobre la base del cuidado.

El primer párrafo del nuevo pacto social entre los pueblos supervivientes definirá el establecimiento sagrado de la autolimitación y la obligación de vivir bajo la justa medida, cuidando la herencia que hemos recibido del universo, desde la ternura esencial para con los seres humanos y desde el respeto a los demás seres de la creación. La producción será convivencial,

pues garantizará lo suficiente para atender las necesidades humanas, así como lo adecuado para realizar proyectos solidarios. El ser humano habrá aprendido a utilizar los instrumentos tecnológicos como medios y no como fines; habrá aprendido a con-vivir con todas las cosas, junto con sus hermanos y hermanas, sabiendo tratarlas con reverencia y respeto.

Cuando se produzca este feliz acontecimiento, se habrá inaugurado el nuevo milenio con la vigencia de un nuevo paradigma de civilización más favorable a la vida, en la justicia y en la fraternidad y ternura entre todos.

7. *La compasión radical*

Esta última manifestación del cuidado –la compasión radical– representa la mayor aportación que el budismo ha hecho a la humanidad. Esta compasión radical es considerada la virtud personal de Buda, cuyo nombre real era Siddharta Gautama y que vivió entre los siglos VI y V antes de nuestra era. La compasión se inserta dentro de la experiencia básica del budismo, articulando dos movimientos diferentes pero complementarios: el desapego total del mundo, por medio de la ascesis, y el cuidado del mundo mediante la compasión. A través del desapego, el ser humano se libera de la esclavitud del deseo de poseer y acumular. Y a través del cuidado, se re-liga afectivamente al mundo, responsabilizándose de él.

La com-pasión no es un sentimiento menor de «piedad» hacia quien sufre. No es algo pasivo sino muy activo. ¡Com-pasión, como sugiere la etimología latina de la palabra, es la capacidad de com-partir la pasión del otro y con el otro. Se trata de salir del propio círculo y entrar en la galaxia del otro en cuanto otro, para sufrir con él, alegrarse con él, caminar junto a él y construir la vida en sinergia con él!

En primer lugar, esa actitud lleva a la renuncia a dominar, e incluso a matar cualquier ser vivo, rechazando toda violencia contra la naturaleza. En segundo lugar, intenta construir la comunión a partir de los que más sufren y son más castigados.

Sólo empezando por los últimos, podremos llegar a tener una sociedad realmente integradora e incluyente. La filosofía china del *Feng Sbui*, como veremos más adelante, propone una forma cuidadosa de tratar la naturaleza y de organizar ecológicamente los jardines y la casa humana.

En el hinduismo tenemos la *Ahimsa*, que corresponde a la com-pasión budista. Es la actitud de no-violencia, con la cual se procura evitar todo sufrimiento o constricción a otros seres. Muchos textos sagrados hindúes enseñan a tratar a todos los seres con el mismo cuidado y con la misma reverencia con que tratamos a nuestros niños. Gandhi fue el genio moderno de la *Ahimsa*.

La tradición del Tao* tiene un concepto parecido, el *Wu Wei*. Se trata de una virtud activa: estar en armonía con la medida de cada cosa, dejar ser y no interferir. Al renunciar a las cosas, luchando contra nuestras ansias de poseer, ejercemos el *Wu Wei*, es decir, entramos en comunión con las cosas, captamos su danza y bailamos juntos.

En el ámbito judeocristiano encontramos el concepto de *Rahamim*, la misericordia. En hebreo, *Rahamim* significa tener entrañas y sentir con ellas la realidad del otro, especialmente del que sufre. Significa, por lo tanto, «con-sentir» más que entender, y mostrar capacidad de compasión y de identificación con el otro. La misericordia se considera la característica básica de la experiencia espiritual de Jesús de Nazaret. El experimentó y anunció un Dios Padre cuya misericordia no tiene límites: «hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45) y «es bueno con los ingratos y los perversos» (Le 6, 35). Es el Dios misericordioso con el hijo pródigo, con la oveja descarriada, con Magdalena, la pecadora pública. Es un Padre con características de Madre. El mismo Jesús muestra misericordia con aquellos que lo llevaron a la cruz.

El salmo 102 expresa perfectamente la centralidad divina de la misericordia: «El Señor es compasivo y misericordioso, lento en la ira y rico en clemencia; no está siempre acusando, ni guarda rencor perpetuo [...] Como un padre, siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles; porque él conoce

nuestra masa, se acuerda de que somos barro [...] La misericordia del Señor dura por siempre» (Sal 102, 8-17). En el momento supremo, cuando todo se decida, seremos juzgados en virtud de la com-pasión y de la misericordia que hayamos tenido con los hambrientos, los sedientos, los desnudos y los presos (Mt 25, 35-40). Este criterio de com-pasión es idéntico entre cristianos, egipcios y tibetanos, y aparece ampliamente reflejado en sus respectivos libros sagrados.

En conclusión, estas resonancias son, entre otras, el eco del cuidado esencial. Se trata de voces diferentes que cantan el mismo estribillo. El amor, la justa medida, la ternura, la caricia, la amabilidad, la convivencialidad y la compasión es lo que garantiza la humanidad de los seres humanos. Por medio de esos «modos-de-ser», los seres humanos realizan continuamente su autopoiesis, esto es, su autoconstrucción histórica. Simultáneamente, construyen la Tierra y preservan las tribus que viven en ella con sus culturas, sus valores, sus sueños y sus tradiciones espirituales.

Bibliografía

- Alberoni, F., *Enamoramiento y amor*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- Arana, M. J., *Rescatar lo femenino para reanimar la Tierra*, Cristianisme i Justicia, Barcelona, 1997.
- Assmann, H., *Metáforas novas para reencantar a educagao*, UNIMEP, Piracicaba, 1996.
- Assmann, H., *Reencantar a educagáo. Rumo á sociedade aprendente*, Vozes, Petrópolis, 1998.
- Barletta, R., *El quinto mandamiento*, Lohlé/Lumen, Buenos Aires, 1996.
- Benhabib, S. y Cornell, D., *Teoría feminista y teoría crítica*, Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990.
- Boff, L., *Brasas bajo las cenizas. Historias anticotidianas del mundo y de Dios*, Trotta, Madrid, 1997.
- boff, L., *Francisco de Asís. Ternura y Vigor*, Sal Terrae, Santander, 1995.
- Pox, M., *A Spirituality named Compassion*, Harper & Row, San Francisco, 1990.

- Giddens, A., *La transformación de la intimidad*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Hillman, J., *El código del alma*, Martínez Roca, Barcelona, 1998.
- Illich, I., *Convivencialidad*, Barral, Barcelona, 1975.
- León-Portilla, M., *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, FCE, México, 1983.
- Lewin, R., *Complejidad: el caos como orden generador de orden*, Tusquets, Barcelona, 1995.
- May, R., *Amor y voluntad*, Gedisa, Barcelona, 1985.
- Prigogine, I., *El fin de las certidumbres*, Taurus, Madrid, 1996.
- Restrepo, L. C., *El derecho a la ternura*, Península, Barcelona, 1997.
- Smart, J. J. C., *Nuestro lugar en el universo*, Tecnos, Madrid, 1992.
- Touraine, A., *Crítica de la Modernidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.

CONCRETIZACIONES DEL CUIDADO

Después de haber delineado el perfil del «modo-de-ser-cuidado», vamos a mostrar cómo se concretiza en diferentes instancias. Empezaremos por las más generales para llegar a las más particulares.

1. El cuidado de nuestro tónico planeta

j Nuestro planeta Tierra merece un cuidado muy especial. Es el único que tenemos para vivir y habitar.; Es un sistema de sistemas y un superorganismo de complejo equilibrio, tejido a lo largo de millones y millones de años. En virtud del asalto depredador del proceso industrial de los últimos siglos, este equilibrio está a punto de romperse en cadena.) Desde el principio de la industrialización, en el siglo XVIII, la población mundial ha crecido 8 veces, consumiendo cada vez más recursos naturales; sólo la producción, basada en la explotación de la naturaleza, lia crecido más de cien veces. El agravamiento de este cuadro con la nuindialización del acelerado proceso productivo incrementa la amenaza y, por consiguiente, la necesidad de un cuidado especial con el futuro de la Tierra. [

Es escasa la conciencia colectiva de la amenaza que se cierne •"luí nuestro hermoso planeta. Los que podrían concienciar a

la humanidad, disfrutan alegremente del viaje en su *Titanio* de ilusiones. No se dan cuenta de que podemos estar yendo hacia un iceberg ecológico que hará que nos hundamos rápidamente.

Es trágica la falta de instancias de gestión global de los problemas de la Tierra. La ONU tiene unos 40 proyectos sobre problemas globales como los cambios climáticos, la deforestación, la contaminación del aire, de los suelos y de las aguas, el hambre, las epidemias, los problemas de los jóvenes y de los ancianos, las migraciones, etc. La ONU se rige por el viejo paradigma de las naciones imperialistas que sólo ven los estados-naciones y los bloques de poder, pero que aún no han descubierto la Tierra como objeto de cuidado y de una política colectiva de salvación terrenal.

/ Para cuidar del Planeta, todos tenemos que pasar por una alfabetización ecológica y revisar nuestros hábitos de consumo. Hay que desarrollar una ética del cuidado.(

El Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) y la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) han elaborado una estrategia minuciosa para el futuro de la vida bajo el título *Cuidando del planeta Tierra (Caring for the Earth 1991)*. En ella se establecen nueve principios para la sostenibilidad* de la Tierra. Proyectan una estrategia global basada en el cuidado:

- 1) Construir una sociedad sostenible.
- 2) Respetar y cuidar de la comunidad de los seres vivos.
- 3) Mejorar la calidad de la vida humana.
- 4) Conservar la vitalidad y la diversidad del planeta Tierra.
- 5) Mantenerse dentro de los límites de la capacidad de sustento del planeta Tierra.
- 6) Modificar actitudes y prácticas personales.
- 7) Permitir que las comunidades cuiden de su propio medio ambiente.
- 8) Generar una estructura nacional para integrar desarrollo y conservación.
- 9) Construir una alianza global.

Estos principios dan cuerpo al cuidado esencial con la Tie

rra. El cuidado esencial es la ética de un Planeta sostenible. El citado documento *Cuidando del planeta Tierra* subraya, con razón: «la ética de cuidados se aplica tanto en el ámbito internacional, como en el nacional e individual; ninguna nación es autosuficiente, todos ganarán con la sostenibilidad mundial y todos estarán amenazados si no llegamos a conseguirla». Sólo esa ética del cuidado esencial podrá salvarnos de lo peor. Sólo con ella tendremos un horizonte de futuro y de esperanza.

2. *El cuidado del propio nicho ecológico*

El cuidado de la Tierra representa lo global. El cuidado del propio nicho ecológico representa lo local. El ser humano tiene los pies en el suelo (local) y la cabeza orientada hacia lo infinito (global). El corazón une suelo e infinito, abismo y estrellas, local y global. La lógica del corazón es la capacidad de encontrar la justa medida y construir un equilibrio dinámico.

Para ello, cada persona tiene que descubrirse como parte del ecosistema local y de la comunidad biótica, tanto en su aspecto de naturaleza, como en su dimensión de cultura. Necesita conocer a los hermanos y hermanas que comparten la misma atmósfera, el mismo paisaje, el mismo suelo, los mismos manantiales y las mismas fuentes de alimentación; necesita conocer el tipo de plantas, animales, aves, peces y microorganismos que conviven en aquel nicho ecológico común; necesita conocer la historia de esos paisajes, visitar los ríos y las montañas, frecuentar sus cascadas y cavernas; necesita conocer la historia de los pueblos que han vivido su historia y construido su hábitat ahí, cómo han trabajado la naturaleza, cómo la han conservado o saqueado, quiénes son sus poetas y sabios, héroes y heroínas, santos y santas, los padres/madres fundadores de la civilización local. \

Todo esto significa cuidar del propio nicho ecológico, experimentarlo con el corazón, como una extensión o prolongación del propio cuerpo; descubrir las razones para conservarlo y promover su desarrollo, obedeciendo a la dinámica del ecosistema autóctono.

Lo que vale para el individuo, vale también para la comunidad local. Ésta debe recorrer el mismo camino de inserción en el ecosistema local y cuidar del medio ambiente; utilizar sus recursos frugalmente, reducir el consumo, reciclar materiales, conservar la biodiversidad. Debe conocer su historia, sus personajes principales, su folclore. Debe cuidar de su ciudad, de sus plazas y lugares públicos, de sus casas y escuelas, de sus hospitales e iglesias, de sus teatros, cines y estadios deportivos, de sus monumentos y de la memoria colectiva del pueblo. Por ejemplo, se deben escoger especies del ecosistema local para plantar en los parques y vías públicas, y en los restaurantes hay que valorizar la cocina local y regional.

Ese cuidado del nicho ecológico sólo será efectivo si hay un proceso colectivo de educación, en el que participe la mayoría, tenga acceso a información y lleve a cabo un «intercambio de saberes». El saber popular contenido en las tradiciones de los mayores, en las leyendas y en las historias de los indios, negros, mestizos e inmigrantes, de los primeros que vivieron ahí, debe ser complementado y contrastado con el saber crítico científico. Esos saberes descubren dimensiones de la realidad local y son portadores de verdad y de un sentido profundo que hay que descifrar y que todos deben incorporar. El resultado de todo ello es una profunda armonía dinámica del ecosistema*, donde los seres vivos e inertes, las instituciones culturales y sociales, todos, en definitiva, encuentran su lugar, interactúan, se acogen, se complementan y se sienten en casa.

3. *El cuidado de una sociedad sostenible*

Actualmente, casi todas las sociedades están enfermas. Producen una mala calidad de vida para todos: para los seres humanos y para los demás seres de la naturaleza. Y no podría ser de otra manera, puesto que están basadas en el «modo-de-ser» del trabajo entendido como dominación y explotación de la naturaleza y de la fuerza del trabajador. A excepción de algunas sociedades autóctonas, como las de los indígenas y las de otras minorías en

el sudeste de Asia, en Oceanía y en el Ártico, todas son rehenes de un tipo de desarrollo que sólo atiende a las necesidades de una parte de la humanidad (los países industrializados), dejando las demás en la indigencia, cuando no directamente en el hambre y en la miseria. Somos una especie que ha demostrado ser capaz de oprimir y de masacrar a sus propios hermanos y hermanas de la forma más cruel y despiadada. Sólo en este siglo, han muerto en guerras, en matanzas y en campos de concentración unos 200 millones de personas. Y, además, nuestra especie está estropeando y destruyendo la base misma de los recursos naturales no renovables.

No se trata sólo de poner «Límites al Desarrollo» (título de la primera solución presentada en 1972 por el Club de Roma), sino de que cambiemos el tipo de desarrollo. Se dice que el nuevo desarrollo debe ser sostenible. Ahora bien, el desarrollo por sí mismo no existe; lo que existe es una sociedad que opta por el desarrollo que quiere y que necesita. Se debería hablar de una sociedad sostenible, o de un planeta sostenible, como condiciones previas indispensables para un desarrollo verdaderamente integral.

Sostenible es la sociedad o el planeta que produce lo suficiente para sí y para los seres de los ecosistemas en los que está; que toma de la naturaleza sólo lo que ésta puede reponer; que muestra un sentido de solidaridad generacional al preservar para las sociedades futuras los recursos naturales que van a necesitar. En la práctica, la sociedad debe mostrarse capaz de adquirir hábitos nuevos y de proyectar un tipo de desarrollo que cultive con cuidado los equilibrios ecológicos y que funcione dentro de los límites impuestos por la naturaleza. Eso no significa volver al pasado, sino ofrecer un nuevo enfoque para el futuro común. No se trata simplemente de no consumir, sino de consumir responsablemente.

Lo que impulsa este tipo de desarrollo no son los bienes económicos, ni el mercado, ni el Estado, ni el sector privado, ni la producción de riqueza, sino la persona humana, la comunal. ul y los demás seres vivos que comparten con ella la avenida terrenal.

Aquí, el desarrollo se concibe dentro de otro paradigma, ya asimilado por ciertos sectores de la ONU. En una conocida declaración sobre el Derecho de los Pueblos al Desarrollo, del 18 de octubre de 1993, la Comisión de Derechos Humanos de la ONU declaró: «el desarrollo es un amplio proceso económico, social, cultural y político, que busca mejorar constantemente el bienestar de toda la población y de cada persona, a partir de su participación activa, libre y significativa, y de la justa redistribución de los beneficios resultantes». Y, añadiríamos, también desde una perspectiva integral, la dimensión psicológica y espiritual del ser humano.

Dicho de forma más sencilla, el desarrollo social busca mejorar la calidad de la vida humana en cuanto humana. Ello supone valores universales tales como una vida saludable y larga, la educación, la participación política, una democracia social y participativa y no sólo representativa, garantía de respeto a los derechos humanos y de protección contra la violencia, así como las condiciones que garanticen una adecuada expresión simbólica y espiritual. ¡Estos valores sólo se alcanzan si se pone cuidado en la construcción colectiva de lo social, si se convive con la diferencia, si hay amabilidad en las relaciones sociales, compasión con todos aquellos que sufren o se sienten marginados, creando estrategias de compensación y de integración. Especial cuidado merecen los enfermos, los ancianos, los portadores de algún estigma social, los marginados y los excluidos. A través de ellos se mide la sostenibilidad y el cuidado esencial que ha tenido y tiene una sociedad. Además, es importante cultivar la comprensión, la paciencia histórica, la capacidad de diálogo y el sentido de integración creativa, con referencia a la dimensión dialéctica y demente de la historia humana. Estos valores están incluidos en el cuidado esencial.

4. *El cuidado del otro, ánimos* y ánima**

No existe sólo la red de relaciones sociales. También existen las personas concretas, hombres y mujeres. En cuanto seres huma-

nos, las personas son seres hablantes; a través del habla construyen el mundo con sus relaciones. Por eso, el ser humano es, esencialmente, un ser de relaciones ilimitadas. El «yo» sólo se constituye mediante el diálogo con el «tú», como han constatado los psicólogos modernos y, anteriormente, los filósofos personalistas. El tú es anterior al yo. El tú asiste al alumbramiento del yo.

Pero el tú no es algo indefinido. Es, concretamente, un rostro con una mirada y una fisonomía propias. El rostro del otro hace imposible la indiferencia. El rostro del otro me obliga a tomar partido porque habla, pro-voca, e-voca y con-voca. Especialmente, el rostro del empobrecido, del marginado y del excluido.

El rostro tiene una mirada y un brillo a los que nadie puede sustraerse. El rostro y la mirada lanzan siempre una propuesta que busca una respuesta. Nace así la responsabilidad, la obligatoriedad de dar respuestas. Aquí encontramos el lugar de nacimiento de la ética que reside en esta relación de responsabilidad frente al rostro del otro, en especial, del «más otro», que es el oprimido. En la acogida o en el rechazo, en la alianza o en la hostilidad hacia el rostro del otro, se establecen las relaciones más primarias del ser humano y se deciden las tendencias de dominación o de cooperación.

Cuidar del otro es velar para que este dialogar, esta acción de diálogo yo-tú, sea liberadora, sinérgica y constructora de una alianza perenne de paz y amor.

El otro se presenta siempre en forma de hombre o de mujer. Uno y otra son diferentes, pero se encuentran en el mismo suelo común de la humanidad. Los dos realizan, a su manera, la esencia humana, abismal y misteriosa. La diferencia entre ellos no es algo cerrado y definido, sino algo siempre abierto y modelable, puesto que se encuentran en permanente interacción y reciprocidad.

En el lenguaje acuñado por C. G. Jung, cada cual tiene dentro de sí el *ánimus* (la dimensión de lo masculino) y el *ánima* (la dimensión de lo femenino). El hombre despierta en la mujer la dimensión masculina, expresada culturalmente por el «modo-

de-ser-trabajo»; la mujer evoca en el hombre la dimensión femenina, concretada históricamente por el «modo-de-ser-cuidado».

Cuidar del «*otro-ánimus-ánima*» implica un esfuerzo ingente por superar la dominación entre sexos, por desmontar, por un lado, el patriarcalismo y el machismo, y por otro, el matriarcalismo* y el feminismo excluyente por otro. Exige inventar relaciones que propicien la manifestación de las diferencias entendidas no ya como desigualdades, sino como riqueza de la única y compleja substancia humana. Esa convergencia en la diversidad crea espacio para una experiencia más global e integrada de nuestra propia humanidad, una manera más cuidada de ser.

5. *El cuidado de los pobres, oprimidos y excluidos*

Uno de los mayores retos lanzados a la política orientada por la ética y al «modo-de-ser-cuidado» es indudablemente el de los millones y millones de pobres, oprimidos y excluidos de nuestras sociedades. Este antifenómeno es el resultado de formas profundamente injustas de la organización social globalmente implantada. En efecto, gracias a los avances tecnológicos, en las últimas décadas se ha dado un crecimiento fantástico en la producción de servicios y bienes materiales, por otro lado, tan pesimamente distribuidos que dos terceras partes de la humanidad viven en la más absoluta pobreza. Nada agrade más el «modo-de-ser-cuidado» que la crueldad con el prójimo.

¿Cómo tratar a esos condenados y ofendidos de la Tierra? La respuesta a esta pregunta divide, de arriba abajo, las políticas públicas, las tradiciones humanísticas, las religiones y las iglesias cristianas. Crece cada vez más la convicción de que las estrategias meramente asistenciales y paternalistas no resuelven, y nunca han resuelto, los problemas de los pobres y de los excluidos. Más bien los perpetúan, porque les mantienen en la condición de dependientes y mendigos, humillándoles al no reconocer su fuerza de transformación de la sociedad.

La liberación de los oprimidos deberá provenir de ellos mis

mos, en la medida en que tomen conciencia de la injusticia de su situación, se organicen entre sí e inicien prácticas que tiendan a transformar estructuralmente las relaciones sociales inicuas. La opción por los pobres, en contra de su pobreza y en favor de su vida y libertad, ha constituido, y sigue constituyendo, el sello distintivo de los grupos sociales y de las iglesias que han oído el grito de los empobrecidos, que pueden ser tanto los trabajadores explotados y los indígenas y negros discriminados, como las mujeres oprimidas, las minorías marginadas o los portadores del virus del sida o de cualquier otra deficiencia. No son pocos los que, sin estar oprimidos, se han aliado con los oprimidos para comprometerse, junto con ellos y desde su perspectiva, en transformaciones sociales profundas.

El compromiso de los oprimidos y de sus aliados por un nuevo tipo de sociedad en la que se supere la explotación del ser humano y la expoliación de la Tierra, revela la fuerza política de la dimensión-cuidado.

¿Cuál es el motor último que impulsa los movimientos de los sin tierra, de los sin techo, de los derechos sociales, de los niños y niñas de la calle, de los ancianos, de los pueblos de la selva, entre otros, sino el cuidado de la vida humana? El cuidado y la compasión por la inalienable dignidad de la vida es lo que lleva a las personas y a los movimientos a protestar, a resistir y a movilizarse para cambiar la historia. Los profetas antiguos y modernos nos muestran la coexistencia de estas dos actitudes presentes en el cuidado político: la dureza en la denuncia de los opresores y la delicadeza en el consuelo de las víctimas.

No tiene cuidado con los empobrecidos y excluidos quien no los ama de forma concreta y no se arriesga por su causa. La consolidación de una sociedad mundial globalizada y la aparición de un nuevo paradigma de civilización pasa por el cuidado de los pobres, marginados y excluidos. Mientras no se resuelvan sus problemas, seguiremos en la prehistoria. Podremos haber inaugurado el nuevo milenio, pero no la nueva civilización y la era de paz eterna con todos los humanos, con los seres de la creación y con nuestro espléndido Planeta.

6. *El cuidado de nuestro cuerpo en la salud y en la enfermedad*

Cuando hablamos del cuerpo no debemos pensar en el significado habitual de la palabra, que contrapone cuerpo a alma, materia a espíritu. El cuerpo sería, entonces, tan sólo una parte del ser humano y no su totalidad. En las ciencias contemporáneas se prefiere hablar de *corporeidad** para referirse al ser humano como un todo vivo y orgánico. Se habla de «hombre-cuerpo» y «hombre-alma» para designar las dimensiones totales de lo humano.

Esta comprensión deja atrás el dualismo cuerpo-alma, e inaugura una visión más globalizadora. Entre la materia y el espíritu está la vida, que es la interacción de la materia que se vuelve compleja, que se interioriza y se autoorganiza. El cuerpo está siempre animado. «Cuidar del cuerpo de alguien», decía un maestro del espíritu, «es prestar atención al soplo que lo ánima».

Resumiendo, podemos decir que el cuerpo es aquella porción del universo que animamos, informamos, concienciamos y personalizamos. Está formado por el polvo cósmico que circula en el espacio interestelar desde hace miles de millones de años, desde antes de la formación de las galaxias, de las estrellas y de los planetas; un polvo posiblemente anterior al sistema solar y a la propia Tierra. El hierro que corre por las venas de nuestro cuerpo, el fósforo y el calcio que fortalecen nuestros huesos y nuestros nervios, nuestro 18% de carbono y 65% de oxígeno e hidrógeno muestran que somos verdaderamente cósmicos.

El cuerpo es un ecosistema vivo que se articula con otros sistemas más amplios. Pertenecemos a la especie *Homo*, que pertenece al sistema-Tierra, que pertenece al sistema solar que pertenece a la Vía Láctea y al sistema cósmico. En él funciona un sistema interno de regulación de frío y de calor, de sueño y de vigilia, de los fenómenos de la digestión, de la respiración y de los latidos del corazón, entre otros.

El cuerpo vivo es, además, subjetividad. Se ha dicho que «el cuerpo es nuestra memoria más arcaica», pues, en su conjunto y en cada una de sus partes, guarda información del largo proceso evolutivo. Junto con la vida del cuerpo, se desarrollan los distin

tos niveles de la conciencia (la originaria, la oral, la anal, la social, la autónoma y la trascendental), en los que estas memorias se expresan y se enriquecen interactuando con el medio.

A través del cuerpo se manifiesta la fragilidad humana. La vida corporal es mortal; va perdiendo su capital energético, sus equilibrios, enferma, y finalmente muere. La muerte no tiene lugar al final de la vida, sino que está ya presente desde el primer momento. Vamos muriendo, lentamente, hasta que morimos del todo. La aceptación de la mortalidad de la vida nos hace entender de forma diferente la salud y la enfermedad.

Quien está sano puede enfermar. La enfermedad supone un daño a la totalidad de la existencia. No es la rodilla lo que duele. Soy yo, en mi totalidad existencial, el que sufre. Por tanto, no es una parte la que está enferma, sino la vida, en sus diversas dimensiones: en relación consigo misma (experimentamos los límites de la vida mortal), con respecto a la sociedad (nos aísla, dejamos de trabajar y nos tienen que tratar en un centro de salud), en relación con el sentido global de la vida (crisis en la confianza fundamental de la vida; uno se pregunta: ¿por qué he tenido que enfermar precisamente yo?).

La enfermedad remite a la salud. Toda cura debe reintegrar las dimensiones de la vida sana, en un plano tanto personal como social, y en lo fundamental, que se refiere al sentido supremo de la existencia y del universo. Por eso, el primer paso consiste en reforzar la «dimensión de salud» para que ella cure la «dimensión de enfermedad».

Para reforzar la «dimensión de salud», debemos enriquecer nuestra comprensión acerca de la salud. No podemos entenderla como la ideología dominante, con sus técnicas sofisticadas y sus innumerables cócteles de vitaminas. Aquí, la salud se concibe como «salud total», como si fuera un fin en sí misma, sin responder a la pregunta básica: ¿qué hago en la vida con mi salud? Nos apartamos de la conocida definición de salud que propone la Organización Mundial de la Salud de la ONU: «La salud es un estado de bienestar total, corporal, espiritual y social, y no sólo la ausencia de enfermedad y de debilidad».

lista comprensión no es realista, pues parte de un falso su-

puesto: que es posible una existencia sin dolor y sin muerte. Y también es inhumana, porque no recoge la vida concreta, que es mortal. No descubre dentro de sí la muerte y sus acompañantes, los achaques, las debilidades, las enfermedades, la agonía y la despedida final. La salud no es un estado, sino un proceso permanente de búsqueda de equilibrio dinámico de todos los factores que componen la vida humana. Todos esos factores están al servicio de la persona para que tenga la fuerza de ser persona autónoma, libre, abierta y creativa en las diferentes situaciones que tenga que afrontar.

La fuerza de ser persona significa la capacidad de acoger a la vida tal como es, con sus posibilidades y su entusiasmo intrínseco, pero también con su finitud y su condición mortal. La fuerza de ser persona traduce la capacidad de crecer, de humanizarse y de convivir con estas dimensiones de vida, de enfermedad y de muerte.

Salud y curación designan un proceso de adaptación y de integración de las más diversas situaciones, en las cuales se producen la salud, la enfermedad, el sufrimiento, la recuperación, el envejecimiento y el tranquilo caminar hacia el gran paso de la muerte. La salud, por tanto, no es un estado ni un acto existencial, sino una actitud frente a las diversas situaciones que pueden ser de enfermedad o de salud. Ser persona no consiste simplemente en tener salud, sino en saber afrontar «saludablemente» la enfermedad y la salud. Estar sano significa tener un sentido de la vida que englobe la salud, la enfermedad y la muerte. Alguien puede tener una enfermedad mortal y, a la vez, estar sano porque con esa situación de muerte crece, se humaniza y sabe dar sentido a lo que padece.

Como dijo un conocido médico alemán: «La salud no es la ausencia de enfermedad. La salud es la fuerza de vivir con esa enfermedad». La salud es acoger y amar la vida tal como se presenta, alegre y laboriosa, saludable y enfermiza, limitada y abierta a lo ilimitado que vendrá más allá de la muerte.

Teniendo en cuenta todo lo dicho, ¿qué significa cuidar de nuestro cuerpo? Inmensa tarea. Implica cuidar de la vida que lo ánima y cuidar del conjunto de las relaciones con la realidad

circundante, relaciones que pasan por la higiene, por la alimentación, por el aire que respiramos, por nuestra forma de vestir y por el modo de organizar nuestra casa y de integrarnos en un determinado espacio ecológico. Ese cuidado refuerza nuestra identidad como seres «nudo-de-relaciones» en todas direcciones. Cuidar del cuerpo significa la búsqueda de asimilación creativa de todo lo que nos pueda ocurrir en la vida, compromisos y trabajos, encuentros significativos y crisis existenciales, éxitos y fracasos, salud y sufrimiento. Sólo así nos convertimos cada vez más en personas maduras, autónomas, sabias y plenamente libres.

7. *El cuidado de la curación integral del ser humano*

La curación integral del ser humano es tan importante que nos obliga a prolongar nuestra reflexión anterior. En las grandes tradiciones terapéuticas de la humanidad siempre se ha entendido la curación como un proceso global, que implica la totalidad del ser humano y no sólo la parte enferma. Vamos a remontarnos a nuestra tradición occidental relacionada con la figura de Asclepio (de los griegos) o la de Esculapio (de los latinos). De esa tradición proviene el padre de la medicina clásica y moderna, Hipócrates (460-377 a.C.).

Históricamente, Asclepio fue un héroe sanador que tenía su centro en Epidauro, en el corazón de Grecia. Durante más de mil años, acudieron a su templo enfermos de todas las partes del mundo antiguo. La eficacia de sus métodos era tal que, tras su muerte, Asclepio acabó siendo divinizado. Su condición humana y divina sugería que una curación sólo es completa cuando resulta de la intervención humana y divina, cuando es corporal y espiritual.

En el pórtico de su templo los enfermos podían leer el lema básico de su medicina: «Puro ha de ser el que entra en el templo perfumado. La pureza es tener pensamientos sanos».

Esto se conocía como *nooterapia*, terapia de la mente (*noos*, en griego, significa mente), que implicaba un proceso de redefi-

nición de actitudes y de valores. Los cristianos siguen llamando a este proceso «conversión» (*metanoia*). Los pecados (*hamartiai*), es decir, las actitudes disarmónicas con uno mismo, con los demás, con el cosmos y con la Fuente originaria de todo, desencadenan procesos que afectan al equilibrio físico-psíquico-espiritual del ser humano. En otras palabras, producen enfermedades.

La curación tiene lugar cuando se crea un nuevo equilibrio humano. Entonces el pecado-enfermedad da paso a la gracia-curación. En Epidauro, las curaciones se llevaban a cabo de forma holística, por medio de métodos claramente diferenciados: la danza, la música, la gimnasia, la poesía, los ritos y el sueño sagrado. Allí se levantaba el *Ábaton*, santuario en el que los enfermos dormían para tener sueños de comunión con la divinidad, que les tocaba y curaba. Estaba el *Odeón*, local en el que se podía escuchar una música tranquilizadora y se leían poemas que llevaban al éxtasis. Estaba el *Gimnasio*, en el que se hacían ejercicios físicos que integraban la mente y el cuerpo. Estaba el *Estadio*, donde se practicaban deportes de competición controlada, para mejorar el tono corporal. Estaba el *Teatro*, donde se representaban situaciones complejas de la vida, para desdramatizarlas y facilitar su curación. Y estaba también la *Biblioteca*, donde se podían consultar libros, admirar obras de arte y participar en discusiones sobre los más diversos temas. Ya entonces, todo esto se veía como una forma de terapia holística. La medicina alternativa moderna no hace más que rescatar esa memoria terapéutica de nuestra propia tradición, ahogada por el paradigma cientifista dominante que intenta curar poniendo el acento en el tratamiento de las partes enfermas por medio de remedios químicos, sin tener en cuenta la totalidad del ser humano.

En este contexto que integraba el cuidado total del ser humano, el poeta Décimo Junio Juvenal (60-130 d.C.) escribió unos famosos versos criticando los excesos de la gastronomía romana: «Hay que buscar una mente sana en un cuerpo sano»: «Orandum est ut sit mens sana in corpore sano» (Sátiras X, 356).

Muchos gimnasios actuales incorporan ese lema — *mens sana in corpore sano*— olvidando casi siempre la dimensión

espiritual de la mente (*mens sana*) y poniendo el acento exclusivamente en la exuberancia muscular del cuerpo (*corpore sano*). El arte terapéutica es más que médica; es integral y, por tanto, profundamente espiritual.

Para concluir, cuidar de nuestra salud implica mantener nuestra visión integral, buscando un equilibrio, siempre por construir, entre el cuerpo, la mente y el espíritu, e invitar al médico (cuerpo), al psicoterapeuta (mente) y al sacerdote (espíritu) a que trabajen juntos sin perder de vista la totalidad del ser humano.

8. *El cuidado de nuestra alma, de los ángeles y de los demonios interiores*

El alma, a semejanza del cuerpo, representa la totalidad del ser humano en la medida en que éste es un ser vivo con interioridad y subjetividad (*ánima*, en latín, significa ser vivo; de donde deriva la palabra «animal»). Desde el instante posterior al *big bang*, cuando se formaron los primeros campos energéticos y se forjaron las primeras unidades relacionales, el alma empezó a surgir y a hacerse compleja, hasta que, en la fase humana, tras la aparición del cerebro y de la base neuronal, alcanzó el nivel de reflexión y autoconciencia. Esto ocurrió, posiblemente, a partir del *Homo ardirpithecus ramidus*, hace 4,5 millones de años, pasando por el *Homo habilis*, hace unos 2 millones de años, por el *Homo erectus*, hace 1,6 millones de años, por el *Homo sapiens arcaicus*, hace 250.000 años, hasta culminar en el *Homo sapiens sapiens*, hace 150.000 años. De este último, cuya conciencia es plenamente refleja, somos descendientes directos.

Hoy conocemos los distintos niveles de ese tipo de conciencia y su capacidad para conservar información del proceso evolutivo. Esto significa que la conciencia humana conserva aún vestigios de la gran explosión primordial, del fragor de las explosiones de las grandes estrellas rojas que arrojaron materiales pesados por todo el universo; guarda memoria de las circunvoluciones de nuestro sistema galáctico, solar y planetario, de los

dolores de parto de la formación de nuestra casa común, la Tierra; conserva el recuerdo del estremecimiento de la primera célula viva, hace 3.800 millones de años; conserva en su interior las huellas de la violencia devastadora de los dinosaurios, de la capacidad unificadora del primer cerebro en los reptiles, de la ternura de los primeros mamíferos, de las alegrías de la sociabilidad de nuestros antepasados antropoides; recuerda la luz del primer acto de intelección, de la creatividad de la palabra ordenadora del mundo, en definitiva, de los grandes y joviales sueños de simpatía y convivencialidad, así como también de los miedos frente a las amenazas del medio y la lucha por la supervivencia. Las experiencias felices y traumáticas en la relación con los padres, con el hombre y la mujer, con el nacimiento, el dolor y la muerte, con el Sol, la Luna y las estrellas, con la grandeza del cielo estrellado, han dejado su huella en el alma humana, cuya fuerza de actuación se hace presente hasta el día de hoy. Es nuestra memoria ancestral y actual.

En cierto modo, todo, absolutamente todo está guardado en la conciencia humana en forma de memoria (subatómica, atómica, mineral, vegetal, animal, humana), en los arquetipos, sueños, visiones, símbolos, pasiones e impulsos que habitan nuestra interioridad. Somos portadores de ángeles y de demonios, de fuerzas «sim-bólicas» que nos invitan a la unidad y a la cooperación, y de fuerzas «dia-bólicas» que disgregan y destruyen nuestra centralidad.

Pero el ser humano también es portador de libertad y de responsabilidad. Se le da la libertad como capacidad de modelar esa materia ancestral y el mundo que le rodea. Se le da la libertad como posibilidad de decidir si va a desarrollar ángeles buenos o demonios interiores. A él corresponde crear una medida justa de equilibrio, aprovechando la energía de los ángeles y de los demonios y poniéndola al servicio de un proyecto en sintonía con la sinergia y la cooperación del universo. Es su oportunidad de alcanzar la felicidad o de acabar en tragedia.

He aquí un enorme desafío: el de cuidar de nuestra alma en su totalidad. Cuidar de los sentimientos, de los sueños, de los deseos, de las pasiones contradictorias, de lo imaginario y de las

visiones y utopías que guardamos escondidas en el corazón. ¿Cómo domesticar estas fuerzas para que sean constructivas y no destructivas? ¿Cuál es el sentido de la vida hacia el que hemos de ordenar todas estas dimensiones? El cuidado es el camino y nos señala la dirección correcta.

9. *El cuidado de nuestro espíritu, de los grandes sueños y de Dios*

El ser «humano-cuerpo-y-alma» se caracteriza por poder sentirse parte del universo, conectado con él; puede considerarse hijo e hija de la Tierra, un ser de interrogantes radicales, responsable de sus actos y de su futuro común con la Tierra. No puede evitar las preguntas ineludibles: ¿Quién soy yo? ¿Cuál es mi puesto dentro de esta multitud de seres? ¿Qué significa verse arrojado a ese minúsculo planeta Tierra? ¿De dónde proviene todo el universo? ¿Quién se esconde detrás del curso de las estrellas? ¿Qué nos cabe esperar más allá de la vida y de la muerte? ¿Por qué lloramos la muerte de nuestros familiares y amigos y la experimentamos como un drama irreversible?

Pues bien, plantearse preguntas como éstas es propio de un ser portador de espíritu. El espíritu es ese momento en el que el «hombre-cuerpo-alma» escucha estas preguntas y trata de responderlas. No importa si lo hace a través de historias mitológicas, de dibujos en las paredes de cuevas como las de Altamira, las de Cromagnon en Francia o las de San Raimundo Nonato en Piauí (Brasil), o a través de sofisticadas filosofías, ritos religiosos o conocimientos de las ciencias empíricas. El ser humano como ser que habla y pregunta es un ser espiritual.

Hay otro dato que nos habla de la dimensión espiritual del hombre: su capacidad de crear continuamente significados e inventar símbolos. No se contenta con los hechos; descubre en ellos valores y significados. Escucha atentamente las cosas, que son siempre algo más que simples cosas porque le transmiten mensajes que tiene que descifrar. Pongamos algún ejemplo.

Ante el río Amazonas, quedamos totalmente fascinados, experimentamos qué es la majestad. Al adentrarnos en la selva,

contemplamos su inigualable biodiversidad y quedamos impresionados ante la inmensidad de árboles, aguas, animales y voces de todos los timbres; percibimos qué es la grandeza. Ante esta grandeza, nos sentimos como un animal frágil e insignificante, y nos invade un temor y un respeto silencioso; tenemos experiencia de la limitación y la amenaza.

Cuando vivimos la fascinación del amor, sentimos qué es un valor absoluto, capaz de transformarlo todo; divinizamos a la persona amada, convertimos el brillo del Sol en una cascada de oro y la dureza del trabajo en una ocupación placentera.

Al ver la mano suplicante de un niño hambriento, nos llenamos de compasión y mostramos generosidad. Todas estas experiencias son expresiones del espíritu que somos.

Pero hay una experiencia testimoniada desde los comienzos de la hominización, la de lo Numinoso y de lo Divino en el universo, en la vida y en la interioridad humana. ¿Cómo no reconocer, tras las leyes de la naturaleza, la existencia de un supremo Legislador? ¿Cómo no admitir, en la armonía de los cielos, la acción inteligente de una infinita Sabiduría, y, en la existencia del universo, la necesidad de un Creador?

El ser humano da mil nombres a esa suprema Realidad, o sencillamente le llama Dios. Siente que arde en su interior en forma de una presencia que le acompaña y le ayuda a discernir el bien y el mal. El impulso vital le lleva a crecer, a trabajar, a afrontar obstáculos, a cumplir sus objetivos y a vivir con esperanza. Ese impulso está en el ser humano, pero es mayor que él. No está en su poder manipularlo, crearlo o destruirlo. El hombre se encuentra a su merced. ¿No es esto indicio de la presencia de Dios en su interior?

El ser humano puede cultivar el espacio de lo Divino, abrirse al diálogo con Dios, confiarle el destino de la vida y encontrar en él el sentido de la muerte. Surge entonces la espiritualidad que da origen a las religiones. Estas expresan el encuentro con Dios en los códigos de las diferentes culturas.

Los sabios de todos los pueblos siempre han predicado que, sin cultivar ese espacio espiritual, el ser humano se sentirá infeliz y enfermo, y se verá errante y sediento, en busca de una

fuelle que no encuentra en ningún sitio. Pero si acoge el espíritu y a Aquel que lo habita, se llenará de luz, de serenidad y de una inmarcesible felicidad.

Cuidar del espíritu significa cuidar de los valores que orientan nuestra vida y de los significados que suscitan esperanza en el más allá de nuestra muerte. Cuidar del espíritu implica poner los compromisos éticos por encima de los intereses personales o colectivos. Cuidar del espíritu exige alimentar el rescoldo interior de la contemplación y de la oración para que nunca se apague. Significa, especialmente, cuidar de la espiritualidad sintiendo a Dios en todo y permitir que nazca una y otra vez en el corazón. Entonces podremos prepararnos, con serenidad y jovialidad, para la última travesía y para el gran encuentro.

10. El cuidado de nuestra gran travesía, la muerte

La entropía* se manifiesta en todas partes y también en el tejido de nuestra vida, hasta consumir todo nuestro capital energético. Entonces morimos. Es el final del «hombre-cuerpo». ¿Qué pasa, entonces, con el «hombre-alma-espíritu»? ¿Cuál es su destino? El «hombre-alma-espíritu» sigue otro camino. Al sumergirse en este mundo empieza a nacer, va naciendo cada día más, hasta acabar de nacer. Un atento análisis existencial revela la presencia de dos curvas en la existencia humana: la curva del «hombre-cuerpo» y la curva del «hombre-alma-espíritu».

La curva del «hombre-cuerpo» sigue este recorrido: nace, crece, madura, envejece y muere. La muerte no viene de fuera, sino que es un proceso interior de la vida que consiste en la pérdida progresiva de la fuerza vital.

La otra curva, la del «hombre-alma-espíritu», sigue un recorrido inverso. Nace, empieza como un pequeño signo, se va abriendo, actualiza potencialidades como hablar, relacionarse, amar..., va naciendo cada vez más hasta acabar de nacer.

Pero, ¿cuándo acaba de nacer? Cuando las dos curvas existenciales se cortan. En esa intersección tiene lugar la muerte real.

¿Qué significa la muerte? Para el «hombre-cuerpo» representa el término de su camino por este mundo espacio-temporal. Para el «hombre-alma-espíritu» significa la posibilidad de una plena realización de sus dinamismos latentes que no conseguían eclosionar debido a los condicionamientos del espacio y del tiempo. La muerte del «hombre-cuerpo» tiene como misión hacer caer todas las barreras. Y así el «hombre-alma-espíritu» se libera de todas las ataduras y su impulso interior puede realizarse según la lógica infinita. La inteligencia, que veía en penumbra, ahora ve a plena luz; la voluntad, que se sentía condicionada, ahora irrumpe hacia la comunión inmediata con el objeto deseado; el cuidado esencial, que se ejercía de manera ambigua, ahora encuentra su plena autenticidad; el cuerpo, que nos permitía la comunión con los otros y nos distinguía de ellos, se experimenta ahora como expresión plena de la unión con la totalidad del cosmos.

En la muerte tiene lugar, por tanto, el verdadero nacimiento del ser humano. Este pasa por una implosión y explosión de su identidad plena. El cristianismo llama resurrección a este momento de absoluta realización. La resurrección es mucho más que la reanimación de un cadáver y la vuelta a la vida anterior. La resurrección es la plena concretización de las virtualidades presentes en el ser humano. Los apóstoles testimoniaron que este dichoso acontecimiento se realizó en Jesús de Nazaret al morir en la cruz. Por eso se le presenta como el «último Adán» (1 Cor 15, 45), la nueva criatura que ha acariciado el final de los tiempos. Es el símbolo real de que el ser humano puede nacer definitivamente.

Desde esta perspectiva, no vivimos para morir. Morimos para resucitar, para vivir más y mejor. La muerte significa la metamorfosis hacia ese nuevo «modo-de-ser» en plenitud. Al morir, el ser humano deja atrás un cadáver. Es como el capullo que contenía la crisálida. Cae el capullo y sale una radiante mariposa, la vida en su entera identidad. Es la resurrección ya en la muerte.

El sentido que damos a la vida depende del sentido que damos a la muerte. Si la muerte es el final definitivo, entonces

de poco valen tantas luchas, tanto empeño y sacrificio. Pero si la muerte es el «final-meta-alcanzada», entonces significa un peregrinar hacia la fuente. Pertenece a la vida y representa la sabia manera que la vida misma descubre para alcanzar una plenitud que se le niega en este universo, demasiado pequeño para su impulso y demasiado estrecho para sus ansias de infinito. Sólo el Infinito puede saciar una sed infinita. Cuidar de nuestra gran travesía supone interiorizar una comprensión esperanzadora de la muerte. Es cultivar nuestro anhelo del Infinito, impidiendo que se identifique con objetos finitos. Es meditar, contemplar y amar al Infinito como nuestro verdadero Objeto de deseo. Es creer que, al morir, caeremos en sus brazos para el abrazo sin fin y para la comunión infinita y eterna. En definitiva, es realizar la experiencia de los místicos: la vida amada en el Amado transformada.

Bibliografía

- Barreré, M., *La Tierra, patrimonio común*, Paidós, Barcelona, 1992.
- Boff, L., *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid, 32002.
- Boff, L. y Frei Betto, *Mística y espiritualidad*, Trotta, Madrid, '2002.
- Boff, L., *A vida para além da morte*, Vozes, Petrópolis, 1997.
- Boff, L., *La resurrección de Cristo, nuestra resurrección en la muerte*, Sal Terrae, Santander, 1986.
- Campbell, J., *Las máscaras de Dios. Obra completa*, Alianza, Madrid, 4 vols., 1999.
- Capra, F., *El punto crucial*, RBA, Madrid, 1986.
- Casaldáliga, P. y Vigil, J. M., *Espiritualidad de la liberación*, Sal Terrae, Santander, 1993.
- Einstein, A., *Mi visión del mundo*, Tusquets, Barcelona, 1995.
- Frei Betto, *La obra del artista: una visión holística del universo*, Trotta, Madrid, 21999.
- Gutiérrez, G., *Beber en su propio pozo*, Sigüeme, Salamanca, 71998.
- Leloup, J.-Y., Boff, L. y otros, *Espírito na saúde*, Vozes, Petrópolis, 1997.
- Longair, M., *Los orígenes del universo*, Cambridge University Press, Madrid, 1998.
- Lovelock, J., *Gaia, una nueva visión de la vida sobre la Tierra*, Orbis, Barcelona, 1987.

- Lovelock, J., *Las edades de Gaia*, Tusquets, Barcelona, 1993.
- Morin, E., *Ciencia con consciencia*, Anthropos, Barcelona, 1984.
- Mouráo, R. R. de Freitas, *Ecología cósmica. Urna visáo cósmica da ecología*, Francisco Alves, Rio de Janeiro, 1992.
- Prigogine, I., *La nueva alianza: metamorfosis de la ciencia*, Alianza, Madrid, 1997.
- Zohar, D., *La conciencia cuántica*, Plaza & Janés, Barcelona, 1992.

PATOLOGÍAS DEL CUIDADO

Todo lo que es recto se puede torcer. Por ser a la vez *sapiens* (inteligente) y *demens* (demente), el ser humano vive una ambigüedad estructural. Su bien nunca es enteramente bueno. Su mal, nunca totalmente malo. Se mezclan el bien y el mal, lo diabólico y lo sim-bólico, la insensatez y la sabiduría, el cuidado esencial y la incuria fatal. Esta situación es, en su totalidad, insuperable. Debemos afrontarla con realismo. Sin hacer de ella un drama, ni tomársela a broma. Basta con que aprendamos las lecciones que nos da.

Ciertamente, la primera lección es ésta: debemos ser compasivos para con nosotros mismos. Por mucho que mejoremos, siempre quedará algo por corregir que nos conviene aceptar con cierto humor y jovialidad.

Los hay que viven obsesionados con la virtud perfecta. Se torturan, aterrorizan a los demás y están siempre malhumorados porque chocan, en todo momento, con sus propias limitaciones y fracasos.

El filósofo Immanuel Kant dio muestra de su gran sabiduría cuando, en 1784, en su libro *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*, nos dejó la siguiente sentencia: «El ser humano está hecho de una madera tan nudosa que no se pueden cortar vigas rectas de ella». ¡Así es la *condition humaine*! Por tanto, conviene que aceptemos nuestras propias limitaciones con

humildad, sin lamentarnos. En su totalidad, no se pueden superar. Somos seres imperfectos. No somos Dios.

Partiendo de esta constatación, también hay otros que se resignan y dejan de buscar una mejora en la situación humana. Se abandonan a la gravedad que atrae hacia abajo, y a la comodidad de quien desciende una pendiente. Son, por lo general, personas taciturnas que han perdido el entusiasmo y son incapaces de vivir de una manera alegre y despreocupada. De la resignación al cinismo, sólo hay un paso.

De aquí sacamos una segunda lección: que tengamos siempre una pizca de incuria no invalida la búsqueda permanente del cuidado esencial. La falta de cuidado, inherente a nuestra condición humana, más que un obstáculo supone un desafío para la realización del cuidado esencial y de sus formas alternativas y más perfeccionadas. El cuidado no es una meta que sólo se alcanza al final del camino. Es un principio que acompaña al ser humano a cada paso, en cada momento, a lo largo de toda la vida terrenal, como bien sentenció Saturno en la fábula-mito de Higino". Por tanto, siempre podremos crecer en la práctica del cuidado en cualquier circunstancia, en el tiempo y en los contra-tiempos. Esta actitud proporciona una cierta alegría y permite cierta despreocupación en medio de la seriedad de la vida.

1. *La negación del cuidado esencial*

Así como la peor enfermedad es negar su existencia, también la peor aberración del cuidado es su negación. El ser humano se entrega entonces totalmente a la lógica del «modo-de-ser» del trabajo depredador, a las ansias irrefrenables de poder, a la autoafirmación que excluye a los demás y al maltrato de las personas, de lo público, de su casa y de sí mismo. Aquí nos encontramos con que, al replegarse el ser humano sobre su propio horizonte, al negar su condición de «ser-cuidado», se vuelve cruel consigo mismo. El resultado es un proceso de deshumanización y de embrutecimiento de las relaciones; esto equivale a la categoría teológica del infierno, donde se rechaza la relación y se

ahoga la capacidad de ternura y de amor, lo que bíblicamente también se conoce como «la abominación de la desolación». Llegados a este punto, efectivamente, todo es posible, incluso lo imposible.

2. *El exceso de cuidado: la obsesión*

Los hay que tienen demasiado cuidado. Es su exacerbación. La persona se vuelve obsesiva, le preocupa de modo exagerado el cuidado de todo y de todos. «El exceso de verdad —decía Pascal— es peor que el error». Del mismo modo, tampoco podemos ser sólo cuidado. El cuidado es la esencia de lo humano, pero el ser humano no es sólo su esencia; tiene una historia zigzagueante; están también las resonancias del cuidado y las propias limitaciones que conviene conocer y asumir.

La obsesión se manifiesta siempre en el lenguaje. Quien la padece siempre está diciendo: «¡Cuidado... Cuidado... Cuidado!». Tanto cuidado acaba por restar espontaneidad a la gente, que se siente incómoda y sin fuerzas para realizar su experiencia de cuidado esencial, en medio de aciertos y equivocaciones.

El exceso de cuidado con uno mismo da origen al narcisismo, la vanidad y la presunción. Hay personas que pasan horas delante del espejo. Cuidan de su acné con tanto empeño como si estuvieran cuidando del curso de las estrellas. Otras son tan cuidadosas en todo lo que hacen, que siempre van con retraso; llegan tarde e irritan a los demás, que se sienten defraudados en su tiempo.

El exceso de cuidado es la causa del perfeccionismo inmovilizador. Los hay que ponen tanto cuidado en todo, que nunca llegan a acabar lo que empiezan. Pierden oportunidades únicas, negocios ventajosos y ocasiones de crecimiento. Con razón, se sienten siempre insatisfechos, añadiendo siempre más y más cosas y agregando detalles sobre detalles. Finalmente, acaban por bloquearse.

3. *La falta de cuidado: la incuria*

Los hay que tienen muy poco cuidado. Son los descuidados y displicentes. Normalmente, no consiguen hacer las cosas de forma cabal, bien porque se dispersan asumiendo demasiadas cosas, bien porque no ponen todo su empeño en lo que hacen. Las cosas acaban mal hechas, relegadas, desordenadas, confusas, caóticas; en una palabra, descuidadas. Estas personas se impacientan y pierden la calma y la serenidad.

En nuestra reflexión, hemos visto como el cuidado surge cuando se encuentra la justa medida, que consiste en el término medio entre el «modo-de-ser» del trabajo como explotación y el «modo-de-ser» del cuidado como plasmación. Por eso el cuidado no casa ni con el exceso, ni con el defecto. Es el punto ideal de equilibrio entre lo uno y lo otro.

Al ser humano corresponde construir ese equilibrio con autocontrol y moderación, pero sobre todo con la ayuda del Espíritu de vida que nunca falta porque Él es, según un himno medieval que aún se canta hoy en la liturgia de Pentecostés, «tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos»: el equilibrio dinámico.

Bibliografía

- Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 1999.
 Boff, L., *El despertar del águila*, Trotta, Madrid, 2000.
 Gutiérrez, G., *Hablar de Dios desde el sufrimiento del pobre: una reflexión sobre el libro de Job*, Sigüeme, Salamanca, 1995.
 Krishnamurti, J., *Krishnamurti y la educación*, Edhasa, Barcelona, 1991.
 Marcuse, H., *Eros y civilización*, Ariel, Barcelona, 1995.
 Restrepo, L. C., *El derecho a la ternura*, Península, Barcelona, 1997.

FIGURAS EJEMPLARES DEL CUIDADO

El «modo-de-ser-cuidado» sólo convence verdaderamente cuando se hace historia en la biografía de determinadas personas y modela situaciones existenciales.

1. *El cuidado de nuestras madres y abuelas*

Existen figuras que concentran e irradian cuidado de manera privilegiada: nuestras madres y las madres de nuestras madres, nuestras abuelas. No es necesario detallar esa experiencia, que es originaria en cada persona, ya que el primer alojamiento que conoce el niño es su propia madre. Ser madre es más que una función; es un «modo-de-ser» que engloba todas las dimensiones de la «mujer-madre», su cuerpo, su psique y su espíritu. Con su cuidado y cariño, la madre continúa engendrando a sus hijos e hijas durante toda la vida. Incluso aunque hayan muerto, siempre permanecerán en su corazón materno. En los momentos de peligro la invocamos como punto de referencia que inspira confianza y proporciona salvación. A través de nuestra madre, todos aprendemos a ser madres de nosotros mismos, en la medida en que aprendemos a aceptarnos, a perdonar nuestras propias debilidades y a alimentar el sueño de un gran Útero que nos acoja a todos. También representan el «modo-de-ser-madre» las

educadoras y los educadores que se dedican al crecimiento humano, mental y espiritual de los alumnos, las enfermeras que cuidan a sus pacientes y tantas otras personas que anónimamente se desviven por cuidar a alguien.

2. *Jesús, encarnación del cuidado*

Jesús de Nazaret, junto con Buda, es una de las figuras religiosas que mejor encarna el «modo-de-ser-cuidado». Reveló a la humanidad el Dios-cuidado viviendo a Dios como Padre y Madre divinos. Él cuida de cada pelo de nuestra cabeza, de la comida de los pájaros, del sol y de la lluvia para todos (cf. Mt 5, 45; Le 21, 18). Jesús mostró un cuidado especial con los pobres, los hambrientos, los discriminados y los enfermos. Se llenaba de compasión y curaba a muchos. Y, hecho inusitado en esa época, tuvo como discípulas a varias mujeres (Le 8, 2-3). Cultivó una tierna amistad con sus amigas Marta y María (Jn 11, 20-28; Le 10, 38-42). No rechazó los signos de amor erótico de una pecadora pública que le besaba y ungía los pies con perfume (Le 7, 37-39).

Hizo de la misericordia la clave de su ética. Y, a través de la misericordia, los seres humanos pueden alcanzar el Reino de la vida; sin misericordia no hay salvación para nadie (Mt 25, 34-41). Las parábolas del buen samaritano que muestra compasión por el hombre al que habían robado y apaleado (Le 10, 30-37) y la del hijo pródigo acogido y perdonado por su padre (Le 15, 11-32) son expresiones ejemplares de cuidado y de plena humanidad.

Mientras moría en la cruz, cuidaba de los ladrones crucificados a su lado y cuidaba de su madre, encomendándosela a Juan, su discípulo predilecto (Jn 19, 26-27). Jesús fue la encarnación del cuidado. El evangelista Marcos dice con extrema delicadeza: «todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos» (Me 7, 37). Tuvo cuidado con la vida en su integridad.

3. *Francisco de Asís: la fraternidad y la ternura del hermano universal*

En la tradición occidental se ve a Francisco de Asís (1182-1226) como una figura ejemplar de gran irradiación. Toda su vida es un tejido de extremo cuidado con la naturaleza, los animales, las aves y las plantas, con los pobres y, especialmente, con su amiga y cómplice Clara de Asís.

Gracias a su fina percepción, pudo sentir el lazo de fraternidad y de sororidad que nos une a todos los seres. Tiernamente, llama a todos hermanos y hermanas: al Sol, a la Luna, a las hormigas y al lobo de Gubbio. Las cosas tienen corazón. Percibía su latido y sentía veneración y respeto por cada ser, por pequeño que fuera. En el huerto, también las malas hierbas tenían su lugar, ya que, a su manera, alaban al Creador.

Los biógrafos de aquella época, como los hermanos Tomás de Celano y san Buenaventura, testimonian el impacto de tanta dulzura. Afirman que Francisco «rescató la inocencia original», que «es el hombre nuevo, dado por el cielo al mundo» y que, finalmente, representa al «evangelista de los nuevos tiempos». En efecto, frente a la exigencias de nuestra cultura ecológica mundial, reconocemos su gran actualidad. Somos viejos, estamos aún aferrados al «modo-de-ser» del «trabajo-dominación-agresión a la naturaleza»; san Francisco, sin embargo, supone una alternativa real por su radical «modo-de-ser-cuidado» con respeto, veneración, fraternidad y ternura hacia todas las cosas.

En un pergamino del convento del Monte Alvernia, donde recibió en su cuerpo los sagrados estigmas, se conserva su último adiós a las criaturas. Estaba muy enfermo y a punto de morir. Se despidió de fray Maseo, de la hermana roca y del hermano halcón. Y finalmente dijo: «io mi parto da voi con la persona, ma vi lascio il mió cuore», o sea, «me voy de vosotros como persona, pero os dejo mi corazón». En efecto, el corazón de Francisco supone un estilo de vida, la expresión genial del cuidado, una práctica de confraternización y sentirse nuevamente fascinado por el mundo. Recrear este corazón en la gente y recuperar la «cordi-alidad» en las relaciones podrá suscitar en el

mundo actual la misma fascinación por la sinfonía del universo y el mismo cuidado para con la hermana y madre Tierra que san Francisco vivió de manera ejemplar.

4. *La Madre Teresa de Calcuta: el «principio misericordia»*

Ciertamente, uno de los arquetipos actuales del cuidado esencial es la religiosa católica Madre Teresa de Calcuta (1910-1997). Nacida en Albania, trabajó desde 1928 en la India como misionera y profesora en un seminternado. Todo transcurría al ritmo normal de una escuela cuando, en 1946, durante un viaje en tren, dijo haber escuchado claramente una voz que le ordenaba dejar el convento para ayudar a los pobres, viviendo entre ellos. Lo interpretó como una llamada divina. En efecto, a los 38 años de edad abandonó el convento, cambió su pesado hábito negro por un práctico y económico sari de algodón, y se fue a vivir a una casucha en la periferia miserable de Calcuta, alimentándose de arroz con sal, como los pobres, al servicio de los pobres. Al sumársele otras mujeres, fundó la Orden de las Misioneras de la Caridad. Entonces, además de los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, ella impuso un cuarto voto: «dedicarse de todo corazón y libremente al servicio de los más pobres de entre los pobres».

En Calcuta hay miles y miles de miserables que nacen, viven y mueren en la calle. Entonces, la Madre Teresa se apresuró a fundar la Casa de los Moribundos. Los recogía por la calle y se los llevaba para que pudieran morir con dignidad. Comenzaba así una obra de compasión y misericordia que se extendió a muchas otras ciudades de la India y Paquistán, y también a otros países, siempre con el objetivo de proporcionar dignidad y humanidad a los que iban muriendo.

La Orden de las Misioneras de la Caridad cultiva un carisma vinculado directamente a la ternura vital: el carisma de tocar a las personas en la piel, en el cuerpo y en sus llagas. «Tocadlos, lavadlos, alimentadlos», insistía la Madre Teresa a sus hermanas y a los muchos voluntarios que llegaban de todo

el mundo para ayudarla en sus obras. Otras veces decía: «Da Cristo al mundo, no te lo guardes para ti misma y, al hacerlo, utiliza las manos». Su biógrafa, Anne Sebba, comenta: «La capacidad de tocar, con todo lo que esto implica, es especialmente importante en la India, donde el concepto de "intocabilidad" es tan real; éste es el verdadero espíritu misionero en acción; es más importante tocar que curar». La mano que toca, cura, porque acaricia, devuelve la confianza, ofrece acogida y manifiesta cuidado. La mano hace brotar la esencia humana en aquellos a los que toca.

En 1979 recibió el premio Nobel de la Paz; ella le dio su verdadero sentido: «Acepto el premio en nombre de los pobres... Este premio es un reconocimiento del mundo de los pobres».

Muchos han puesto en duda la eficacia de la obra de Madre Teresa. En lugar de combatir las causas que llevan a morir en la calle, dicen, sólo se ocupa de las víctimas, perpetuando su miserable situación. Y preguntan: «¿hay que cuidar o liberar?». Nosotros respondemos: debemos hacer lo uno y lo otro, porque ambas cosas tienen sentido. La Madre Teresa había descubierto su camino hacia el cuidado esencial y, con una leve sonrisa, respondía de este modo: «Mientras ustedes discuten las causas y las explicaciones, yo me arrodillo junto a los más pobres de entre los pobres y cuido de sus necesidades».

Una estrategia no invalida a la otra. Hay siempre un mínimo de humanidad que salvaguardar: salvar vidas ante la inminencia de la muerte. Eso no es «asistencialismo», es un humanismo básico sin el cual nos volvemos cínicos y despiadados. Por eso siempre hay que dar pan al hambriento, porque el hambre no puede esperar. Bien decía la Madre Teresa: «las personas que llegan a mí son enfermos y moribundos; están tan débiles que no pueden ni siquiera sujetar una caña; primero hay que darles el pescado y, tal vez, la caña venga después». En cualquier caso, siempre hay que atacar las causas estructurales, ayudar a transformar la sociedad para que nadie tenga que morir abandonado en la calle. Ambas estrategias nacen de la compasión y del cuidado esencial: una, con la mano, llega a las personas; y la otra, con el brazo extendido, llega a las estructuras.

Otros criticaban su ingenuidad por aceptar ayudas de personas manifiestamente opresoras, como Duvalier, de Haití, o el multimillonario norteamericano Charles Keating, que había defraudado millones de dólares provenientes de ahorros y préstamos. Respecto a lo cual, podemos hacer la siguiente reflexión: el mundo de la Madre Teresa era el de la bondad sin tacha, lejos de cualquier malicia u oportunismo. Lo que ella veía no era la mano de quien daba, sino sus enfermos y moribundos que necesitaban ayuda. Todo lo que ayudara a devolverles su dignidad de personas tenía sentido para ella y estaba justificado, sin pretender con ello legitimar las ambigüedades de sus donantes.

Muchas veces fue utilizada por el aparato eclesiástico para propagar, en los foros mundiales, las tesis oficialistas sobre el control de la natalidad, la condena del aborto o el rechazo al sacerdocio de las mujeres. Tales ortodoxias estaban lejos de su práctica cotidiana, pero ella, obedientemente, se prestaba a defenderlas.

A pesar de sus limitaciones, la Madre Teresa irradiaba una com-pasión ejemplar y un caluroso cuidado para con los más miserables de entre los pobres. Su figura es una invitación a vivir desde la actitud del buen samaritano, que se inclina sobre los caídos en el camino. Más que las medicinas, es esta actitud de cuidado esencial lo que cura y rescata a la humanidad herida.

5. *El hermano Antonio: cazador de sonrisas en caras tristes*

Tan importante como dignificar la muerte de la gente de la calle es dignificar la vida de los que viven en la ella, alcohólicos, enfermos y abandonados. Esto es lo que intenta hacer el hermano Antonio Mendes Ferreira en la ciudad de Petrópolis, en las proximidades de Río de Janeiro, al igual que tantos otros que trabajan con niños y niñas de la calle, con ancianos que viven solos y con enfermos terminales.

La figura del hermano Antonio, a pesar de algunas limitaciones personales, irradia un aura impresionante de bondad y de reverencia. Nacido en Portugal, fue marinero durante muchos

años. Las travesías por los océanos y el silencio del mar, dice, le empujaron a la búsqueda insaciable de la felicidad. No la encontraba en ninguno de los puertos en los que atracaba su barco. Después de reflexionar mucho y de pedirle a Dios que le iluminara, comprendió que «la felicidad es fruto de mi donación al otro, y mi donación sólo es auténtica si consigue hacer que sonría un rostro triste».

En uno de aquellos puertos encontró a alguien tan miserable que le causó repugnancia. Pero, a pesar de ello, empezó a charlar con él y llegó un momento en que el mendigo, a causa de la conversación con el hermano Antonio, esbozó una radiante sonrisa. Aquello bastó para que Antonio experimentara una felicidad inexplicable. Descubrió la clave de una vida feliz: cuidar de los malditos y maltratados de las calles y, con sus propias palabras, «convertirse en un cazador de sonrisas en rostros tristes».

Para realizar mejor esa opción, se hizo religioso de la Orden de San Juan de Dios, un santo portugués de fines del siglo XV que, en Granada, España, atendía a los más pobres de la calle, especialmente a musulmanes marginados por los cristianos.

Transcurrido un tiempo, el hermano Antonio fue a Brasil para servir allí a los pobres, y se sumó a la recién creada Pastoral del Hombre de la Calle, en Petrópolis. Estuvo recogiendo a miserables de las calles; les conseguía una sopa caliente y un lugar donde dormir. Pero no tardó mucho en entrar en conflicto con las instituciones religiosas. Una vez, uno de los borrachos ambulantes le preguntó si podría ducharse. Le llevó a su comunidad, pero el superior se lo prohibió. Fue a otro convento, a otro y a otro, y todos se negaron. Como continuó insistiendo en que esos pobres pudieran ducharse al menos de vez en cuando, y siguió reclamándoles algo tan trivial a esas instituciones religiosas que habían hecho voto de pobreza y no le hacían caso, acabaron pidiéndole que dejara la Orden de los Hermanos de San Juan de Dios.

Cambió de trinchera, pero no abandonó la lucha. Trabajaba en la calle, todo el día solo, acogiendo mendigos, reuniendo alcohólicos y llevándolos a un cobertizo en la calle 24 de Mayo,

donde podían ducharse, afeitarse, cambiarse de ropa, tomar una sopa caliente y quedarse a dormir. Su objetivo era y sigue siendo «devolver la dignidad a los que están tirados por las calles».

Más adelante, aquel local se convertiría en el Centro de Acogida San Juan de Dios, muy precario, pero abierto a todos. Nadie tiene que registrarse ni presentar ningún documento. Basta con llegar, ducharse y dormir. Es el hogar de los malditos de la calle.

Con la ayuda de los propios pobres de la calle, que poco a poco fueron dejando el alcohol, organizó todo un movimiento para que los mendigos pudieran acceder a un trabajo normal. Para aquellos que lo consiguen, creó el Hogar Benito Meni. Ahí pueden vivir y contar con una infraestructura mínima. Para aquellos que quieren cambiar de vida y trabajar la tierra, consiguió una pequeña granja en Brejal, en las afueras de Petrópolis. Allí viven niños, adultos y ancianos, cultivando la tierra y criando animales.

Su trabajo sólo cuenta con el apoyo de la buena voluntad de la población, pero de nadie más. Con ese apoyo, ha construido una nave considerable en la periferia de Petrópolis, donde ha organizado el grupo Traperos de Emmaús. Todo lo que les traen, papel, plásticos, botellas, trastos, se aprovecha y se recicla para ser utilizado de nuevo por las industrias locales. Ahí trabajan, yendo y viniendo, muchos mendigos y hombres y mujeres de la calle, ganando lo suficiente para su sustento. Su sueño es levantar la Aldea de Acogida, un pueblecito de 50 casitas para congregar a los que quieran empezar una nueva vida. La antigua familia imperial de Petrópolis ha donado un hermoso terreno en el que ya se han construido tres casas.

La dignificación, dice el hermano Antonio, sólo se alcanza si valoramos a la gente de la calle. Valorar a estas personas significa acogerlas con bondad, escuchar sus quejas, tocarlas y abrazarlas para que recuperen la autoestima. Cuando una piel toca a otra piel, hace renacer la humanidad perdida. Cuando el hermano Antonio les reúne, lo deja muy claro: «Estamos aquí no tanto para producir, sino para estar juntos, para rehacer los lazos perdidos de nuestra humanidad, para poner en común nuestras

cosas, nuestras ideas y nuestros sueños». Y al escuchar a estas personas humilladas y maltratadas, nos conmovemos, porque expresan sus deseos, celebran sus sueños y, al mismo tiempo, lamentan sus fracasos y lloran las exclusiones que sufren por parte de una sociedad sin misericordia.

El trabajo no sólo persigue producir lo necesario para la subsistencia, sino que busca, principalmente, fomentar la disciplina y recuperar el valor de la autonomía personal. Siempre trata de unir a los ancianos con los niños abandonados, partiendo de esta constatación: los niños necesitan amor y los ancianos tienen mucho amor que dar y mucho cariño que recibir. Esta complementariedad tiene un efecto humanizador incalculable para los niños, que se sienten amparados, y también para los ancianos, que se sienten útiles y queridos.

El cuidado que el hermano Antonio dedica a los pobres y a su dignificación está alimentado por una mística de solidaridad. Su lema está tomado de san Pablo: «Me he hecho todo con todos para salvar a algunos» (1 Cor 9, 22). Pero no sacraliza el espacio de los pobres; pretende humanizarlo. El bagaje religioso que aporta cada uno es siempre un capital humanizador y un integrador eficaz que él sabe articular con respeto y habilidad en forma de oración, de acción de gracias y de animadas celebraciones. De nuevo, es el cuidado esencial lo que anima una obra liberadora con los más pobres de entre los pobres, no sólo para que puedan morir humanamente, sino para que puedan vivir con un mínimo de dignidad.

6. *Mahatma Gandhi: la política como cuidado para con el pueblo*

Una de las figuras más impactantes de todo el siglo XX es, sin duda, Gandhi (1869-1948). Nacido en la India, estudió derecho en Londres y trabajó durante más de 20 años en Sudáfrica (1893-1915), defendiendo a los inmigrantes indios, víctimas de la segregación racial. En África, entró en contacto con los ideales promulgados por el gran escritor ruso León Tolstoi (1828-

1910), autor de las famosas novelas *Guerra y paz* y *Ana Karenina*. Tolstoi veía la esencia del mensaje de Jesús en el Sermón de la Montaña, en el amor, en el rechazo de toda violencia, en el profundo respeto de los pobres y en el compromiso con una vida sencilla. Estas ideas impresionaron profundamente a Gandhi y le ayudaron a formular su propia visión de la no violencia y de la actuación política como cuidado con respecto al pueblo. Llegó a fundar una comunidad rural, la Comunidad Tolstoi, donde intentó vivir esos ideales con otros amigos.

De regreso a la India, se entregó a la tarea de organizar al pueblo contra la dominación inglesa. Empezó promoviendo el boicot a los productos ingleses, especialmente a los productos textiles, e incentivó la recuperación de la tradición familiar de tejer la ropa en casa. Promovió la desobediencia civil y estuvo preso en muchas ocasiones. Llegó a ser famosa la Marcha hacia el Mar de 1930. En virtud de un decreto de los colonizadores, los indios no podían comprar sal fuera del monopolio inglés. Gandhi movilizó a miles y miles de personas que fueron andando hasta el mar para extraer la sal que necesitaban. Estuvo preso pero consiguió la total liberalización de la sal.

Gandhi definía la política como «un gesto amoroso para con el pueblo». En otras palabras, veía la política como cuidado del bienestar de todos y ternura esencial para con los pobres. Él mismo confesó: «Entré en política por amor a la vida de los débiles; he vivido con los pobres, he acogido a los parias como huéspedes, he luchado para que tuvieran los mismos derechos políticos que nosotros, he desafiado a reyes y he olvidado las veces que he estado preso».

Dos principios básicos orientaban su práctica: la fuerza de la verdad (*satiagra*) y la no-violencia activa (*ahimsa*). Creía profundamente que la verdad posee en sí misma una fuerza invencible contra la que nada pueden las manipulaciones, la violencia, las armas y las cárceles. Estaba profundamente convencido de que, tras los conflictos, se oculta una verdad que hay que identificar. La misión del político consiste en creer en esta verdad, sacarla a la superficie para todos y actuar coherentemente, mostrándose dispuesto a soportar los sacrificios que conlleva tal

postura. Creía firmemente que la verdad, antes o después, siempre acabaría por vencer.

La confianza en la fuerza de la verdad le llevó a la no-violencia activa (*ahimsa*), que no consiste en cruzarse de brazos, sino en utilizar todos los medios pacíficos para alcanzar los objetivos soñados. Es importante que medios y fines tengan la misma naturaleza. Fines buenos exigen medios buenos. Se practica la no-violencia activa, por ejemplo, ocupando calles, organizando manifestaciones multitudinarias, ayunos y oraciones, y ofreciendo el propio cuerpo para detener la violencia. Gandhi criticó la actitud de Dinamarca, que, ante la invasión nazi, se limitó a capitular. El deber de los soldados era, en su opinión, ofrecer resistencia con sus propios cuerpos desarmados. El sentido de la no-violencia activa no es garantizar la victoria de una de las partes en conflicto, sino hacer valer la verdad que ayuda a construir un poder social basado en la participación equitativa, en la colaboración y en la solidaridad entre todos.

Gandhi elaboró un pequeño credo en forma de oración, que recitaba todos los días: «No tendré miedo de nadie sobre la Tierra. Sólo temeré a Dios. No tendré mala voluntad contra nadie. No aceptaré injusticias de nadie. Venceré la mentira con la verdad. Y, en mi lucha contra la mentira, aceptaré cualquier tipo de sufrimiento».

Gandhi era profundamente religioso. Conocía a fondo el cristianismo y sentía una profunda veneración por Jesús. Pero se mantuvo en el hinduismo, pues creía que todas las religiones, en su corazón, captan y expresan la misma verdad divina. Tenía el profundo convencimiento de que la oración y el ayuno podían modificar situaciones políticas. Por eso, siempre que había algún problema político importante, iniciaba semanas de oración y ayuno, e invitaba a las muchedumbres a que hicieran lo mismo. Hacía temblar al imperio británico y disuadía a las fuerzas contrarias.

Tenía un profundo cuidado para con todos los seres. Exhortaba a cumplir este mandamiento: «Amarás a la más insignificante de las criaturas como a ti mismo. Quien no haga esto, num i vera a Dios cara a cara». Procuraba vivir en armonía con

todos los seres vivos. Por eso renunciaba a la carne y a la leche de vaca extraída con violencia. Tomaba sólo la leche de la cabra que él mismo ordeñaba. Con su frugalidad y sus ayunos quería reverenciar la vida, como si quisiera decir a todas las criaturas: «Podéis estar tranquilas; no os haré sufrir innecesariamente; sólo tomaré el mínimo necesario para que mi cuerpo viva bien».

Gracias a los esfuerzos de Gandhi, la India logró su independencia de la dominación inglesa el 15 de agosto de 1947. A causa de los conflictos religiosos entre hindúes y musulmanes, el país quedó dividido en dos: la India (de religión hindú) y Paquistán (de religión musulmana). Esta división persiste hasta hoy. Gandhi, el mesías de la no-violencia, fue víctima de la violencia. El 30 de enero de 1948, un brahmán fanático lo asesinó. El pueblo le dio el título de Mahatma, que significa «Alma Grande».

En efecto, Mahatma Gandhi dejó a la humanidad este legado perenne: es posible unir la santidad personal con un compromiso político liberador. Esta santidad personal, basada en la pasión por la verdad y en la opción por los medios pacíficos, hace que la política sea más que un mero ejercicio de poder público; se convierte en cuidado amoroso de la vida y en compromiso ético con el destino de todo el pueblo.

7. *El cuidado de Olenka y Tania: la hospitalidad que salva*

La hospitalidad es por excelencia la virtud de los nómadas, los emigrantes y los peregrinos. En cierto modo, todos somos peregrinos, pues caminamos errantes por los senderos de la vida y frecuentemente nos cruzamos con extranjeros, necesitados de hospitalidad. Sin hospitalidad, las personas, las comunidades y los pueblos no alimentan la reciprocidad, ni fortalecen los lazos de paz y amistad entre ellos.

La hospitalidad puede entenderse como una de las expresiones del cuidado. Hay momentos en que ese cuidado, transformado en hospitalidad, salva a personas amenazadas. Esto es lo que pasó con el judío rumano naturalizado brasileño Michael

Stivelman, que desde 1948 reside en Río de Janeiro como empresario.

En su libro *La marcha* narra el terrible modo en que los nazis eliminaban a los judíos en Rumania. Les hacían caminar sin destino, día y noche, insultándolos y apedreándolos, hasta que caían muertos de cansancio y de hambre.

Stivelman, a los 13 años de edad, fue obligado a incorporarse a esa marcha siniestra. Cuenta hechos y traiciones brutales, pero también episodios de una conmovedora hospitalidad. Después de andar tres meses sin parar, ya casi muerto, logró escapar con su madre moribunda. Fueron acogidos por una aldeana llamada Olenka y por su hija Tania, que arriesgaron su propia vida para salvar la vida amenazada de unos desconocidos. Les ofrecieron la posibilidad de bañarse por primera vez en muchos meses, curaron sus heridas, compartieron con ellos sus escasos alimentos y les cedieron sus camas.

Olenka y Tania mostraron la esencia humana hecha de cuidado y de compasión. Serán eternamente recordadas por su profunda humanidad. Más que la vida física, devolvieron a Stivelman y a su madre la confianza fundamental en la bondad de la vida. A pesar de sus posibles aberraciones, la vida tiene un sentido sagrado; vale la pena vivirla como cuidado y ternura.

8. *Un profeta del «principio amabilidad»*

Cada época tiene sus profetas que denuncian, anuncian, consuelan y mantienen viva la llama de la esperanza. En el primer capítulo veíamos cómo nuestra época se caracteriza por el estigma de la falta de cuidado y por la pérdida de la amabilidad en las relaciones interpersonales y sociales. Este estigma afecta principalmente a las grandes aglomeraciones urbanas, como la ciudad de Río de Janeiro. Es una ciudad en la que la amabilidad del paisaje se muestra con generosidad en la composición ecológica de mar, montaña y bosque y cuya población vive con sentido del humor y despreocupación. Pero ha visto deteriorarse lentamente sus relaciones sociales por la violencia contra los niños y

niñas de la calle, por las frecuentes agresiones y por el nerviosismo del tráfico. En ese contexto surgió un hombre, José da Trino (1917-1996), que empezó a hablar de la amabilidad como alternativa para la ciudad y para la humanidad. Su impacto entre las clases populares fue tal que llegó a conocerse como el «Profeta Amabilidad».

Como todo auténtico profeta, también él sintió la llamada divina, en un determinado contexto histórico. Tenía una pequeña empresa de transporte de mercancías en la zona norte de Río, en Guadalupe. Vivía con normalidad, como cualquier trabajador de las clases populares. Hasta que, el día 17 de diciembre de 1961, se produjo un gran incendio en el circo norteamericano, al otro lado de la bahía de Guanabara, en Niterói. Murieron calcinadas unas 400 personas. Esa tragedia supuso una conmoción para José da Trino. Seis días después le llegó la vocación profética, entre las doce del mediodía y la una de la tarde, cuando estaba repartiendo mercancías con su camión. Él mismo testimonió que había recibido una llamada divina, confirmada tres veces, que le instaba a dejarlo todo y dedicarse a consolar a las víctimas del circo de Niterói. En vísperas de Navidad, cogió su camión, compró dos toneles de vino de 100 litros, fue a Niterói y allí, junto a las barcas, empezó a distribuir en vasos de cartón vino para todos, anunciando: «El que quiera tomar vino no tiene que pagar nada, basta que lo pida "por favor"..., basta decir gracias».

Después se instaló durante cuatro años en el lugar del incendio. Lo cercó y lo convirtió en un jardín lleno de flores. Puso dos portones, uno de entrada y otro de salida, con estas inscripciones «Bienvenido al Paraíso de la Amabilidad. Entre, no fume y no diga palabras obscenas, porque esto es ahora un camposanto».

Consolaba a todos los que llegaban desesperados, diciéndoles: «Tu padre, tu madre, tu hija, tu hijo no han muerto; ha muerto su cuerpo, pero no su espíritu. Dios los ha llamado. Hasta el más pecador se ha salvado porque Dios no es vengativo... Dios me ha enviado y he venido a consolaros». Y, en efecto, los que venían y escuchaban su mensaje salían consolados.

Curiosamente, al igual que los profetas bíblicos, el Profeta

Amabilidad veía en los acontecimientos la manifestación de un sentido profundo. El circo le hacía ver el mundo como una gran carpa, como un teatro, como una representación. Su destrucción era una metáfora de la destrucción de un tipo de mundo construido sobre la falta de amabilidad y de gratuidad. Decía con toda claridad: «La tragedia de un circo quemado en Niterói es símbolo del mundo. [...] Esto es lo que pasó; el mundo es redondo, como la carpa del circo; así pues, el mundo ha llegado a su fin». La alternativa a ese mundo acabado consiste en vivir con amabilidad y con una actitud de agradecimiento.

El Profeta Amabilidad se tomó en serio su vocación: se hizo una túnica blanca, empuñó un báculo y cargó con un estandarte lleno de adhesivos con mensajes sobre la amabilidad. Peregrinó por todo Brasil, especialmente por el norte y por el nordeste, hasta instalarse definitivamente en Río de Janeiro. Daba vueltas por la ciudad, predicaba en las plazas, montaba en los barcos que iban de Río a Niterói, vivía siempre entre la gente.

En 1980 comenzó una nueva fase de su actividad profética. Inscribió sus enseñanzas en 55 pilastras del viaducto de Cajú, a la entrada de la ciudad de Río de Janeiro. Denunciaba ahí las amenazas que pesan sobre la naturaleza, producidas, según él, por el «diablo-capital». Pero la fuerza de su mensaje estaba centrada en la amabilidad. Para expresarla, utilizaba el código que conocía, la simbología trinitaria católica. Pensaba y anunciaba todo desde la Trinidad: en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Curiosamente, no sólo utilizaba la terminología trinitaria, la más común, sino también la cuaternaria, más infrecuente. El psicoanalista C. G. Jung (1875-1961), que estudió a fondo los símbolos de la totalidad, mostró que la Trinidad cristiana no es solamente una doctrina. Es un código que representa una totalidad integrada. Para eso utiliza el símbolo tres – Padre, Hijo y Espíritu Santo – o el número cuatro – Padre, Hijo, Espíritu Santo y Naturaleza o María –. El cuarto elemento, según Jung, es siempre femenino.

Los números tres o cuatro no han de entenderse como números matemáticos, sino como arquetipos o símbolos numéricos para expresar una experiencia de totalidad: el tres, la totali-

dad vuelta hacia dentro; y el cuatro, vuelta hacia fuera; o también la suma de cuatro y tres, que es el número siete, arquetipo de una globalización que lo incluye todo, Dios, el universo, el hombre y la mujer.

Esta simbología arquetípica aparece claramente en los mensajes del Profeta Amabilidad. El universo, por ejemplo, aparece escrito como «Univvverrso» para significar la actuación de las tres personas divinas (vvv), y en particular del Hijo (rr) y del Espíritu Santo (ss). El amor se concibe siempre como amor trinitario. Por eso lo escribe «Amorrr», y explica así esta grafía: «El amor material se escribe con una sola erre, mientras que el amor universal se escribe con tres: una, del Padre, otra, del Hijo, y otra más, del Espíritu Santo: Amorrr». Otras veces, al Padre, Hijo y Espíritu Santo, añade la Naturaleza o la Virgen (P-H-E-N).

Pero el principio que orienta todo es la amabilidad, como «modo-de-ser». A tiempo y a destiempo, anuncia sin cansarse: «La amabilidad engendra amabilidad». «Dios Padre es la amabilidad que engendra al Hijo por amabilidad». Se niega a decir *muito obrigado* (literalmente, «muy obligado», «le quedo obligado», «estoy en deuda con usted»; es el equivalente en lengua portuguesa al «muchas gracias» castellano), porque, argumentaba, nadie está obligado a nada, ya que todos debemos ser amables los unos con los otros y relacionarnos con amor. En lugar de *muito obrigado*, debemos decir *agradecido* (le estoy agradecido, muchas gracias); en vez de «por favor», debemos utilizar «por amabilidad», pues así, decía, nos re-ligamos a la Amabilidad o a la Gracia que es Dios, pues El lo creó todo con amabilidad y por pura gratuidad.

Si Pascal, como hemos señalado con anterioridad, hablaba del *esprit de finesse*, José da Trino inventó el *esprit de gentillesse* con el mismo sentido básico de Pascal. Las resonancias de este espíritu se encuentran en los siguientes valores, que llevaba escritos en su túnica y que puso en los pilares de los viaductos: «amabilidad-amor-belleza-perfección-bondad-riqueza-en-la naturaleza». El vivió personalmente esa amabilidad fontal, no se limitó a predicarla. Trataba a todos con mucha deliulr/.i.

Cuando le llamaban «chiflado», respondía: «Chiflado para quererte, loco por salvarte». O también: «Sé un chiflado como yo, pero por la belleza, por la Naturaleza, por las cosas divinas».

Era consciente de la importancia mundial del «principio amabilidad». Durante la Cumbre de Río de Janeiro de 1992, invitaba a los representantes de los pueblos y a los Jefes de Estado a que vivieran la amabilidad y se comprometieran a utilizarla.

Agotado y consumido, quiso regresar a su ciudad natal, Cafelandia (Sao Paulo). Pero murió en Mirandópolis (São Paulo), el 28 de mayo de 1996, a los 79 años de edad.

Leonardo Guelman, joven filósofo brasileño, le dedicó un minucioso trabajo de reconstrucción y de análisis filosófico-cultural, que lleva por título *Univvverrso Amabilidad: la génesis de un mito contemporáneo*. Junto con este trabajo editó un bellissimo CD-ROM. Y concluye con esta acertada reflexión: «"Amabilidad" apunta a un sentido de humanización de la vida en la ciudad contemporánea. Las ciudades, marcadas por la violencia y por el desarraigo de sus habitantes, son vistas por el Profeta como un mundo que hay que reconstruir. Así sucedió con el circo de Niterói y con los viaductos de Cajú en Río de Janeiro. Sobre las cenizas y el humo de los viaductos de la megalópolis, en sus lugares más inhóspitos y desolados, el hombre que vino de Cafelândia proclama su "mensaje", transcrito en letras azules y en franjas verdiamarillas. Es la perspectiva de un hombre sencillo, su vivencia de la realidad y de la cultura brasileña, lo que se establece como un contrapunto fundamental con respecto a la forma de vida que nos implica a todos. "La amabilidad engendra amabilidad", proclama el Profeta en más de la mitad de sus escritos en Río de Janeiro».

En medio de la selva de cemento y hormigón en que se han convertido las ciudades modernas, el Profeta anunciaba un *ethos* * capaz de inspirar un nuevo modelo de civilización: la amabilidad como irradiación del cuidado y de la ternura esenciales. Ese paradigma tiene más probabilidades de integración y de humanización que el que se hundió junto con el circo de Niterói, el viejo paradigma del «modo-de-ser-trabajo-dominación».

9. El Feng Shui*: la filosofía china del cuidado

Como resumen de todo lo que hemos reflexionado hasta ahora, queremos presentar un aspecto importante de la visión china del mundo, que lleva el nombre de *Feng Shui*. En sus múltiples facetas, el *Feng Shui* representa una síntesis acabada del cuidado, concretado en el modo en que se organiza el jardín y la casa humana, que exige un nivel de justa medida y de integración de los elementos presentes, difícil de encontrar en las culturas históricas. Se puede decir que los chinos son para Oriente lo que los griegos para Occidente: los incansables buscadores del equilibrio dinámico en todas las cosas. De ahí viene la creciente relevancia que el *Feng Shui* está adquiriendo en todo el mundo.

El ideal supremo de la tradición china, que encontró en el budismo y en el taoísmo* su mejor expresión, representada por Lao-Tsé (siglos V-Vi a.C.) y por Chuang Tzu (siglos iv-v a.C.), consiste en buscar la unidad mediante un proceso de integración de las diferencias, especialmente de las conocidas polaridades del *yin/yang*, masculino/femenino, espacio/tiempo, celestial/terrenal, etc. El Tao* representa esa integración, realidad inefable con la que la persona busca unirse.

«Tao» significa camino y método, pero también designa la energía misteriosa y secreta que crea todos los caminos y proyecta todos los métodos. Es inexpresable en palabras; ante su presencia, se impone un silencio respetuoso. Está presente en todas las cosas como principio permanente de sentido. Está en la base del *yin* y del *yang*, y se manifiesta a través de ellos. El ideal humano es llegar a una unión tan profunda con el Tao, que se produzca el *satori*, la iluminación. Esa unión nos confiere la inmortalidad y la eternidad. Para los taoístas, el bien supremo no se alcanza tras la muerte, como para los cristianos, sino en el tiempo y en la historia, mediante una experiencia de no-dualidad y de integración en el Tao. Al morir, la persona se une al Tao.

Para alcanzar esa unión, es imprescindible sintonizar con la energía vital que atraviesa el cielo y la tierra, el *Chi*. El término *Chi* es intraducible, pero equivale a la *ruah* de los judíos, al

pneuma de los griegos, al *spiritus* de los latinos y al *axé* de los yoruba-nagó, expresiones que designan el soplo universal, la energía suprema y cósmica.

Por la fuerza del *Chi*, todas las cosas se transforman (cf. *1 Ching*, el *Libro de las mutaciones*) y se mantienen permanentemente en proceso. Fluye en el ser humano a través de los meridianos de la *acupuntura*. Circula en la tierra por las venas telúricas subterráneas, compuestas por los campos electromagnéticos distribuidos a lo largo de los meridianos de la *ecopuntura*, que se entrecruzan por la superficie terrestre. Cuando el *Chi* se expande, produce vida; cuando se retira, muerte. Cuando adquiere peso, se presenta como materia; cuando se vuelve sutil, como espíritu. La naturaleza es la sabia combinación de los diversos estados del *Chi*, desde los más pesados hasta los más ligeros.

El *Chi* asume la forma de los dos animales arquetípicos de la cultura china, el tigre y el dragón; representan la racionalidad y lo masculino (tigre) y la emoción y lo femenino (dragón). Cuando se encuentran en un cierto lugar, surge un paisaje apacible, con suaves brisas y aguas cristalinas, montañas sinuosas y valles frondosos. Es una invitación al ser humano para que instale ahí su hogar. La visión china del mundo privilegia el espacio, a diferencia de Occidente que privilegia el tiempo. El espacio, para el taoísmo, es el lugar del encuentro, de la convivencia, de las interacciones de todos con todos, pues todos son portadores de la energía *Chi* que impregna el espacio. La suprema expresión del espacio se realiza en la casa y en el jardín. Aunque en miniatura, éstos constituyen un resumen del universo, la armonización de los elementos, el encuentro sinfónico de las polaridades.

Si el ser humano quiere ser feliz, debe desarrollar la *topofilia*, el amor al lugar en el que vive y en el que construye su jardín. El *Feng Shui* es el arte y la técnica de construir bien la casa y el jardín. ¡

Feng significa «viento», y *Shui* significa «agua». Por tanto, *Feng Shui* sería «viento y agua». Esta expresión designa una técnica que permite orientar la propia vivienda según la armonía de las fuerzas arcanas que se liberan en el aire y en el subsuelo, entre el soplo de los vientos y el discurrir del agua.

Beatriz Bartoly, una de las mejores conocedoras de esta filosofía en el Brasil, escribe que «el *Feng Shui* nos remite a una forma de celo cariñoso –nosotros diríamos cuidadoso y tierno– con lo banal de nuestra existencia, que en Occidente, durante mucho tiempo, ha sido desprestigiado y menospreciado: cuidar de las plantas y de los animales, arreglar la casa, cuidar de la limpieza y del mantenimiento de sus habitaciones, preparar la comida, así como adornar lo cotidiano con la prosaica y, a la vez, majestuosa belleza de la naturaleza. Sin embargo, más que las construcciones y las obras humanas, el principal objetivo de esta filosofía de vida es su conducta y su acción, pues, más que a los resultados, el *Feng Shui* da importancia al proceso. Es el *ejercicio* de embellecimiento lo que importa, más que el bello escenario que se alcanza a través de él. El valor reside en la acción y no en la construcción, en la conducta y no en la obra».

Como se puede deducir, la filosofía del *Feng Shui* tiene por objeto el sujeto más que el objeto, la persona más que el ambiente y la casa en sí. La persona tiene que implicarse en el proceso, desarrollar su percepción del ambiente y captar los flujos energéticos y los ritmos de la naturaleza. Debe asumir una conducta que esté en armonía con los demás, con el cosmos y con los procesos rítmicos de la naturaleza. Entonces, una vez que haya desarrollado esa ecología interior, estará capacitado para organizar con éxito su ecología exterior.

Más que una ciencia y un arte, el *Feng Shui* es fundamentalmente una ética ecológico-cósmica acerca de cómo cuidar de la correcta distribución del *Chi* en la totalidad de nuestro ambiente.

Frente al abandono del cuidado y la grave crisis ecológica actual, la milenaria sabiduría del *Feng Shui* nos ayuda a restablecer la alianza de simpatía y de amor con la naturaleza. Esa conducta reconstruye una morada humana asentada en el cuidado y en sus múltiples resonancias.

Bibliografía

- Alier, J. M., *Da economía ecológica ao ecologismo popular*, Editora FURB, Blumenau, 1998.
- Attenborough, D., *Las palabras de Gandhi*, Bruguera, Barcelona, 1983.
- Boff, L., *Jesucristo el Liberador*, Sal Terrae, Santander, 2000.
- Boff, L., *Francisco de Asís: ternura y vigor*, Sal Terrae, Santander, 1995.
- Debray, R., *Vida y muerte de la imagen: historia de la mirada en occidente*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Drevet, G., *Gandhi: su pensamiento y su acción*, Fontanella, Barcelona, 1984.
- Fischer, L., *Gandhi*, Plaza & Janés, Barcelona, 1983.
- Gandhi, M., *Gandhi y la no-violencia: una selección de los escritos de Mahatma Gandhi*, Oniro, Barcelona, 1998.
- Maspero, H., *El taoísmo y las religiones chinas*, Trotta, Madrid, 2000.
- Guelman, L., *Univoverrssso Gentileza. A gênese de um mito contemporâneo*, Universidade Federal Fluminense/Pontuar, Rio de Janeiro, 1997.
- Leclerc, E., *El cántico de las criaturas*, Aranzazu, Oñati, 1977.
- Leloup, J.-Y. y Boff, L., *Los terapeutas del desierto*, Sal Terrae, Santander, 1999.
- Rosnay, J. de, *El hombre simbiótico*, Cátedra, Madrid, 1996.
- Sebba, A., *Madre Teresa de Calcuta. Más allá de la imagen*, Herder, Barcelona, 1998.
- Wong, E., *El libro completo de feng-shui: la ancestral sabiduría de vivir en armonía con el entorno*, Gaia, Madrid, 1997.



CONCLUSIÓN: EL CUIDADO Y EL FUTURO DE LOS DESPOSEÍDOS Y DE LA TIERRA

La categoría cuidado se ha revelado como la clave descifradora de la esencia humana. El ser humano es trascendencia, y por eso viola todos los tabúes, traspasa todas las barreras y no se contenta más que con el infinito. Tiene dentro de sí algo de Júpiter; no en vano recibió de él el espíritu.

El ser humano es inmanencia, y por eso está situado en un planeta, arraigado en un lugar y ha sido modelado dentro de las posibilidades del espacio-tiempo. Tiene algo de Tellus/Tierra; está hecho de *humus*, de donde deriva la palabra «hombre».

El ser humano está bajo el dominio del tiempo, que no es una mera sucesión de instantes, vacíos de contenido. El tiempo es histórico; está compuesto por la biografía del universo, por las acciones humanas, especialmente por la lucha de los oprimidos que buscan su propia vida y su liberación. Se construye paso a paso; por eso siempre es concreto, concretísimo. Pero, a la vez, el tiempo implica un horizonte utópico, la promesa de una plenitud futura para el ser humano, para los excluidos y para el cosmos. Sólo buscando lo imposible, se consigue realizar lo posible. En virtud de esta dinámica, el ser humano posee algo de Saturno, señor del tiempo y de la utopía.

Pero no basta con enumerar estas determinaciones que, en realidad, desgarran al ser humano. Lo someten a tensión, cruci-

ficándolo entre el Cielo y la Tierra, entre el presente y el futuro, entre la injusticia y la lucha por la libertad.

¿Qué misteriosa alquimia forjará el anillo de unión entre Júpiter, Tellus/Tierra y Saturno? ¿Qué energía articulará la trascendencia y la inmanencia, la historia y la utopía, la lucha por la justicia y la paz, para que construyan al ser humano en plenitud?

La fábula-mito de Higino* nos transmite la sabiduría ancestral: es el cuidado lo que vincula todas las cosas; es el cuidado lo que baja el Cielo a la Tierra y lleva la Tierra hasta el Cielo; es el cuidado lo que constituye el puente que permite ir de la trascendencia a la inmanencia, de la inmanencia a la trascendencia y de la historia a la utopía. El cuidado es lo que da fuerzas para buscar la paz en medio de todo tipo de conflictos. Sin el cuidado que rescata la dignidad de la humanidad condenada a la exclusión, no se inaugurará un nuevo paradigma de convivencia.

El cuidado es anterior al espíritu (Júpiter) y al cuerpo (Tellus). El espíritu se humaniza y el cuerpo se vivifica cuando son modelados por el cuidado. De lo contrario, el espíritu se pierde, en abstracciones y el cuerpo se confunde con la materia informe. El cuidado hace que el espíritu dé forma a un cuerpo concreto, anclado en el tiempo, abierto a la historia y orientado hacia la utopía (Saturno). El cuidado es lo que permite la revolución de la ternura al dar prioridad a lo social sobre lo individual y al orientar el desarrollo hacia una mejora en la calidad de vida de los seres humanos y de los demás organismos vivos. El cuidado hace que surja un ser humano complejo, sensible, solidario, amable y conectado con todo y con todos en el universo.

El cuidado ha dejado su huella en cada partícula, en cada dimensión y en cada recoveco del ser humano. Sin el cuidado, el ser humano se volvería inhumano.

; Todo lo que vive necesita alimentarse. Así pues, el cuidado, esencia de la vida humana, también necesita ser continuamente alimentado. Las resonancias del cuidado son su manifestación concreta en las diversas vertebraciones de la existencia y, a la vez, su alimento indispensable^ El cuidado vive del amor primor

dial, de la ternura, de la caricia, de la compasión, de la convivencia, de la justa medida en todas las cosas. Sin cuidado, el ser humano, como un tamagochi, languidece y muere. [

Hoy en día, en plena crisis del proyecto humano, descubrimos una clamorosa falta de cuidado en todas partes. Sus resonancias negativas se hacen evidentes en la escasa calidad de vida, en el sufrimiento de la mayoría empobrecida de la humanidad, en la degradación ecológica y en la exaltación exacerbada de la violencia.

No busquemos el camino del cuidado fuera del ser humano. El *ethos** está en el mismo ser humano, entendido en su plenitud que incluye el Infinito. Necesita volver sobre sí mismo y descubrir nuevamente su esencia, que se encuentra en el cuidado.

I ¡Que el cuidado aflore en todos los ámbitos, que penetre la atmósfera humana y que prevalezca en todas las relaciones! El cuidado salvará la vida, hará justicia al empobrecido y rescatará la Tierra como patria y patria de todos. (

GLOSARIO

- Androcentrismo.* Palabra de origen griego que designa la centralización del poder en la figura del hombre (*anér*), que domina, por ello, a la mujer.
- Andrónico, principio.* Conjunto de ideas basadas en la constatación de que estar aquí, y poder decir todo lo que decimos, sólo es posible porque el universo se constituyó con una simetría y evolucionó con un objetivo tales que culminó en el ser humano; de no haber sido así, no estaríamos aquí.
- Animus/ánima.* Expresión difundida por el psicoanalista C. G. Jung (1875-1961) para designar la dimensión masculina (*ánimus*) y femenina (*ánima*) presentes en cada persona y que se reflejan en los patrones culturales de comportamiento.
- Antropoide.* Grupo de primates superiores que incluye a los orangutanes, gorilas y chimpancés.
- Arquetipo.* Modelos de comportamiento existentes en el inconsciente colectivo de la humanidad, que representan las experiencias básicas vividas en su afán por orientar su propia vida. Emergen en la conciencia bajo la forma de grandes símbolos, sueños, utopías y figuras ejemplares.
- Autoorganización.* Organización espontánea de la materia y de las energías originarias que dio origen a los seres vivos, llamada también autopoiesis*.
- Autopoiesis.* Autocreación y autoorganización de los seres vivos.
- Biosfera.* Todo lo que vive en el aire, en el suelo, en el subsuelo y en el mar constituye la biosfera.
- Caos.* Comportamiento imprevisible de ciertos sistemas, especialmente de los vivos, que posibilita la aparición de órdenes nuevos o

diferentes; por eso se dice que el caos no es «caótico» sino generativo.

Cibionte. Microorganismo resultante de la simbiosis* y de la articulación de lo biológico con lo mecánico y lo electrónico. Las sociedades actuales constituyen un cibionte, porque coexisten y coevolucionan juntos seres humanos, sociedades, máquinas y redes de información, formando un todo que prolonga el proceso evolutivo, ahora pilotado por el ser humano.

Coevolución. Evolución conjunta de los ecosistemas con sus respectivos representantes, incluidos los sistemas sociales y técnicos.

Complementariedad, principio de. Principio enunciado por el físico cuántico danés Niels Bohr, según el cual la materia y la radiación pueden ser, simultáneamente, ondas y partículas. Las dos descripciones se complementan. Ese principio se aplica también en otros campos en los que se verifican oposiciones, entendidas como complementarias dentro del sistema global.

Corporeidad. Concepto que expresa la totalidad del ser humano como ser vivo, parte de la creación y de la naturaleza. No ha de confundirse con *corporalidad*, término de la antropología dualista que entiende el ser humano como la unión de dos partes distintas, el cuerpo y el alma.

Cosmología. Ciencia que estudia el cosmos, su origen, su evolución y su finalidad. Imagen de mundo que produce una sociedad para orientarse en el campo del conocimiento y para situar el lugar del ser humano en el conjunto de los seres.

Cosmológico, principio. Hipótesis según la cual el universo se rige por las cuatro fuerzas* originarias de la naturaleza, la de la gravedad, la electromagnética, la nuclear débil y la nuclear fuerte, y muestra similitudes en todas partes (es, pues, homogéneo) y en todas las direcciones (es, pues, isotrópico). Esto fue comprobado de manera extraordinaria por medio de la radiación de fondo, último eco del *big bang* que nos llega, por igual, de todas las partes del universo.

Disipativa, estructura. Mecanismos presentes en los procesos de autoorganización de los seres vivos mediante los cuales se disipa la tendencia natural al desorden (entropía*) y se mantiene su organización en el decurso del tiempo, gracias al flujo de energía y de información que los atraviesa.

Ecosfera. Conjunto de todos los sistemas, tanto de los naturales como de los técnicos proyectados por el ser humano.

Ecosistema. Ambiente natural caracterizado por un conjunto de elementos y de seres vivos que interfieren entre sí mediante intrcambios de energía.

- Elementos primordiales.* Elementos químicos que se formaron a raíz del *big bang*, durante los tres primeros minutos del universo. Se trata principalmente del hidrógeno, que compone las tres cuartas partes de la masa del universo, y del helio, que constituye la otra parte restante de la masa, además de pequeñas cantidades de deuterio y de litio.
- Entropía.* Magnitud física que caracteriza el estado de desorden de un sistema. Cuanto más elevada es la entropía, tanto mayor es el estado de desorden y menor la capacidad de trabajo. Cuanto más veloces y violentas son las transformaciones energéticas, mayor es el aumento de entropía, esto es, se camina más rápido hacia una situación en la que es imposible el trabajo; o, dicho de otro modo, se acelera la marcha hacia la muerte del planeta.
- Ethos.* En griego designa la madriguera del animal o la casa humana; es el conjunto de principios que rigen, transculturalmente, el comportamiento humano para que sea realmente humano, esto es, consciente, libre y responsable; el *ethos* construye el hábitat humano, personal y socialmente. Véase moral¹.
- Feng Shui.* Filosofía ecológica china que busca construir, del modo más adecuado posible, el ambiente humano ideal para vivir o trabajar, teniendo en cuenta el equilibrio de todas las energías que actúan en ese espacio.
- Fluctuación.* Oscilación que se verifica en un determinado orden de la realidad, dada la frágil naturaleza de su equilibrio, siempre por rehacer o crear. Los sistemas vivos y los sistemas sociales se encuentran siempre en estado de fluctuación.
- Fuerza electromagnética.* Fuerza que actúa exclusivamente sobre partículas que tienen carga eléctrica; cuando las cargas son opuestas, las partículas se atraen; cuando las cargas son del mismo signo, se repelen. De este modo se forman los campos electromagnéticos.
- Fuerza de la gravedad.* Fuerza de atracción que actúa sobre las masas; es la más universal de las fuerzas, si bien la más débil.
- Fuerza nuclear débil.* Es la fuerza responsable de la desintegración de los átomos y de la radioactividad. Sólo actúa en el nivel atómico (10^{-15} cm).
- Fuerza nuclear fuerte.* Fuerza que mantiene unidos los quarks (las partículas más elementales) para que formen protones y neutrones, y que mantiene unidos los protones y los neutrones en el núcleo atómico. No actúa sobre los fotones y los electrones. Es la más potente de las fuerzas de la naturaleza.
- Gaia.* Uno de los nombres de la Tierra en la mitología griega. El científico James Lovelock llamó Gaia a la Tierra porque tiene

reacciones y formas de equilibrio propias de los seres vivos. La Tierra sería un superorganismo vivo.

Higinio. Esclavo egipcio de César Augusto, después director de la Biblioteca Palatina, en Roma, y autor de la fábula-mito del Cuidado esencial, analizada en nuestro libro. Murió en el año 10 de nuestra era.

Hinduismo. Religión, con muchas ramificaciones, seguida mayoritariamente en la India. Es resultado de una evolución secular de la religión de los vedas y del brahmanismo, modificados por la especulación filosófica y la asimilación de cultos locales.

Holismo. Término que proviene del griego *bolos*, «totalidad». Es la comprensión de la realidad que articula el todo en las partes y las partes en el todo, pues considera todo como un proceso dinámico, diverso y único.

Homínidos. Grupo de la especie de los primates que incluye al actual ser humano (*Homo sapiens sapiens*) y a sus antepasados directos (*Homo sapiens*).

Logos. Espíritu, razón, estructura de sentido (lógica).

Masa invisible. Materia de naturaleza desconocida que no emite ninguna luz. La existencia de esa masa invisible se deduce del estudio de los movimientos de las estrellas y del gas en las galaxias. Se calcula que entre el 90% y el 98% de la masa total del universo puede ser masa invisible.

Matriarcado. Ver matrifocal.

Matrifocal. Dícese de aquella cultura que tiene en las mujeres (madres) el eje y el foco de la organización social. Se llama también «matriarcal» por contraposición a «patriarcal».

Mecánica cuántica. Teoría física desarrollada a principios del siglo XX que describe las propiedades de la materia y de la energía en el nivel subatómico. Según esta teoría, la materia y la luz pueden ser consideradas simultáneamente como partículas y como ondas, y sólo pueden ser descritas en términos de probabilidades. La partícula de luz se llama «cuanto de energía», de donde proviene el nombre de la teoría.

Moral. Formas concretas mediante las cuales el *ethos* se historiza; las morales son diferentes debido a que las culturas y los tiempos históricos son diferentes. Pero todas las morales remiten al *ethos* fundamental de lo humano, que es sólo uno.

Morfogenético. En la autopoiesis* de la vida, son importantes no sólo los factores físico-químicos, sino también las formas específicas que asumen los seres, mediante las cuales se distinguen de otros dentro de la misma y común tradición biológica común.

Noosfera. Término acuñado por Teilhard de Chardin para designar la

nueva fase de la humanidad que aparece después de la antroposfera y de la biosfera, fase caracterizada por la conciencia planetaria y por la responsabilidad para con el destino común de los seres humanos y del planeta Tierra.

Nucleosíntesis. Formación de los núcleos atómicos a través de reacciones nucleares, bien con motivo del *big bang* (nucleosíntesis primordial, responsable de los elementos ligeros como el hidrógeno y el helio), bien en el corazón de las grandes estrellas rojas (donde se crearon los elementos más pesados que el helio y menos pesados que el hierro), bien en las supernovas (término que indica la muerte por explosión de una estrella que ha consumido su carburante y en la que se han creado todos los demás elementos, más pesados que el hierro).

Ontológico. Relativo a la esencia, a la identidad profunda y a la naturaleza de un ser, como, por ejemplo, el Cuidado esencial en referencia al ser humano.

Panenteísmo. Literalmente, significa «todo en Dios y Dios en todo»; doctrina que afirma la presencia recíproca de las criaturas en Dios y de Dios en las criaturas; el panenteísmo supone la diferencia entre criatura y Creador, a diferencia del panteísmo, que niega esa diferencia y afirma que todo es Dios por igual.

Paradigma. Conjunto de principios, ideas y valores compartidos por una comunidad y que sirven de punto de referencia y de orientación; el cambio de paradigma tiene lugar cuando surgen nuevas visiones de la realidad, como está ocurriendo en nuestros días.

Pathos. Capacidad de sentir, sentimiento profundo; de aquí derivan los términos «simpatía», «patético» y «paciente».

Simbiosis. Asociación entre especies vivas mediante la cual éstas se benefician mutuamente. Por extensión, asociación entre seres vivos, sistemas sociales y máquinas; es lo que ocurre, concretamente, en el funcionamiento de nuestras sociedades actuales.

Sinergia. Interacción entre unidades estructurales dotadas de energía, que aumenta el rendimiento energético con respecto del que se obtendría tomando esas mismas unidades por separado.

Sintropía. Coordinación de energías cuyo efecto es la reducción de la entropía, es decir, minimizar la pérdida de energía y maximizar su utilización. Dicho de otro modo, consiste en optimizar la utilización de la energía.

Sistema complejo. Un conjunto de elementos conectados entre sí que forman un sistema; se denomina complejo cuando sus elementos son numerosos y cuando los tipos de relación entre ellos son variados.

Sostenibilidad. Se dice que una sociedad o un proceso de desarrollo es sostenible cuando permite satisfacer sus necesidades sin compro-

meter el capital natural y sin menoscabar el derecho de las generaciones futuras a ver satisfechas también sus necesidades y a poder heredar un planeta sano y con sus ecosistemas preservados.

Tao. Concepto central del budismo (taoísmo) de difícil comprensión. Puede designar el camino del universo, de las cosas y de las personas; la energía primordial que permite este camino, que lo penetra y lo orienta todo. Cuando la persona lo interioriza, implica transfiguración y unión con el Todo y con todo.

Termodinámica. Rama de la física y de la química que estudia el calor y sus transformaciones. Tiene dos leyes fundamentales. La primera afirma que la energía, en un sistema cerrado, esto es, aislado del exterior, se mantiene constante. La segunda afirma que sólo una parte de la energía térmica aportada puede convertirse en trabajo; esta parte de energía depende de la diferencia de temperatura entre las fuentes de calor y de frío. En un sistema cerrado, tiene lugar una progresiva reducción de saltos térmicos, es decir, se produce una uniformización (aumento de entropía) que conduce a la incapacidad para aportar trabajo, esto es, conduce a la muerte térmica.

Upanishad. Término sánscrito con que se designan los textos sagrados hindúes, considerados revelación divina, de finales del periodo védico (700-300 a.C.). Interpretando los Vedas, insisten en la necesidad de liberarse del ciclo de nacimientos a través del conocimiento de la ilusión de la realidad.

Vacío cuántico. Espacio repleto de partículas y antipartículas virtuales que aparecen y desaparecen en fracciones de millonésimas de segundo. Todo viene del vacío cuántico y todo vuelve a él, pues es la fuente originaria de todo lo que existe y puede existir en el orden del ser que conocemos.

Zen-budismo. Forma del budismo que surgió en China, a comienzos del siglo VI, con el nombre de *Chan*, fonema que retoma el término sánscrito *Dhyana*, que significa «meditación». La doctrina *chan* se basa en la meditación. A principios del siglo XIII, un monje llevó esta doctrina a Japón, donde el ideograma chino *chan* se pronuncia *zen*. Desde Japón se difundió, siglos más tarde, por el resto del mundo. Acentúa el valor de la meditación (*zen*) sin imágenes, así como el amor a la naturaleza y a la práctica de los trabajos manuales que ayudan al autodomínio y al autoconocimiento.

Leonardo Boff

Ha dedicado los últimos treinta años a la enseñanza de la teología, la espiritualidad y la ecología. Durante más de veinte años trabajó en Petrópolis, conjugando los ambientes académicos con los medios populares y pobres. De esa combinación nació la teología de la liberación, que él, junto con otros, ayudó a formular. En la actualidad es profesor emérito de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, asesora a comunidades de base, da cursos en universidades brasileñas y extranjeras, y escribe con asiduidad. De entre sus más de ochenta libros destacamos los más recientes, publicados en esta misma Editorial: *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres* ('2002), *Brasas bajo las cenizas* (€1998), *El águila y la gallina, una metáfora de la condición humana* ('2002), *La dignidad de la Tierra. Ecología, mundialización, espiritualidad* (2000), *El despertar del águila* (2000) y *Ética planetaria desde el Gran Sur* (2001).